I

OBRAS INEDITAS Y DESCONOCIDAS

Dirección y plan general:
Angel Rama

Horacio Quiroga

NOVELAS CORTAS TOMO I (1908 - 1910)

ARCA / montevideo

PROLOGO: Noé Jitrik
NOTAS: Jorge Ruffinelli

Carátula y colaboración gráfica: Manuel Espínola Gómez
Copyright by Arca Editorial S. R. L.
Colonia 1263. Montevideo
Queda hecho el depósito que marca la ley
Impreso en el Uruguay - Printed in Uruguay

PROLOGO

Las seis narraciones de Horacio Quiroga que ahora publica ARCA reunidas en dos volúmenes (novelas cortas o novelines o "nouvelles" o folletines, según designación del autor) ocupan un extraño sitio dentro de su obra o, mejor dicho, al margen de su obra. No se parecen temática ni estilísticamente a los cuentos misioneros ni tienen el sentido experimental que por lo menos tenían los cuentos modernistas o los de la época del delirio poeano; si en algo se diferencian de unos y otros es justamente en la propuesta de personalidad que unos y otros a su modo formulan y en virtud de la cual se puede establecer un pasaje, una evolución que es ya un resultado clásico en la crítica quiroguiana: del modernista al realista, del decadente al vigoroso autor de cuentos de monte, del señorito al hombre de la "experiencia y el riesgo". Al contrario, estas seis narraciones ofrecen un atractivo que no tiene nada que ver con aquella imagen que por suerte se ha establecido ya acerca de Quiroga. Un atractivo opaco, lleno de reminiscencias de la literatura decimonónica, el atractivo, que se trasfiere al lector de esos cuentos, en quien se desencadena el deseo de comprender qué relación existe entre ellos y esa evolución un tanto oficial de su obra, la mejor cifra hasta ahora de su inteligibilidad.

Está claro entonces: hay un Quiroga que nos propone una lección por medio de un proceso cuyas etapas son siempre aceptables pero he aquí que hay una fuertemente impregnada de clandestinidad; de clandestinidad subjetiva porque Quiroga consideró estas piezas como meros instrumentos de ganapán y de las que no valía la pena hablar, excrecencias de una habilidad que le permitía olvidarse de los verdaderos sentidos que perseguía obsesivamente; de clandestinidad objetiva porque se apartan en sí mismos, como estructuras significativas, de lo que un lector, en cuya interioridad se va reproduciendo el proceso de maduración de toda una literatura, espera y necesita: cuentos de entretenimiento, de suspenso, de misterio, de héroes casi inmortales cortados de una sola pieza, todo ofrece una cantarina e infantil perspectiva que nada tiene que ver con ese

Quiroga atormentado y sombrío, el adusto observador de una realidad tan cambiante como su propia relación con ella.

Y sin embargo, estos novelines, a partir justamente de esa alegría de lo intrascendente que proponen, empiezan a ser rescatables pero no sólo en virtud de una filosofía literaria especial, de un gesto artificialmente ingenuo, sino en relación con esos sentidos principales, con el proceso de fondo que ha hecho de Quiroga un narrador fundamental, ese denso escritor que nos place reivindicar dentro de la complicada y poco sólida tradición literaria rioplatense.

Desde esa perspectiva, ¿cómo se produce la presunta comunicación entre lo marginal y lo legal? ¿Cuáles son sus puntos de contacto? ¿Constituyen estos relatos de algún modo un microcosmos que permite recuperar un universo mayor? ¿Son esa frase notable que ilumina un discurso y, homólogamente, ese conjunto de formas y significaciones que se abren sobre una obra? Una respuesta trivial para todas las preguntas es no, de ninguna manera, por una elemental cuestión de calidad. Pero por todo lo que ya sabemos de Quiroga no podemos asumir una respuesta convencional, basada en lo aparente, no podemos resignarnos a esta condena de escisión, no podemos dejar de buscar en lo clandestino y aun en lo menospreciado por el autor mismo, aquello que estamos buscando en la zona luminosa de su obra. Es lo que precisamente vamos a intentar en este trabajo, a partir del examen de esos cuentos, persuadidos de que una expresión parcial y no muy elevada de un escritor totalizante y profundo encierra sentidos que se vinculan con lo central de una obra todavía productiva y perdurable.

Estos seis folletines fueron publicados entre 1908 y 1913, a uno por año, en la revista *Caras y Caretas* cinco de ellos y el último, *Una cacería humana en África*, en *Fray Mocho*, todos bajo el seudónimo de S. Fragoso Lima. En su interesante correspondencia con José M. Fernández Saldaña, única publicada por el Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios de Montevideo que cubre aquellas fechas, hay, al pasar, una sola alusión a ellos; es en la carta del 16 de marzo de 1911 y dice: "Agrega además $ 400 de folletines por año, y

la cosa marcha". Frente a las reiteradas menciones a la novela publicada en 1908, *Historia de un amor turbio,* con su complicada elaboración, y a las no menos frecuentes cavilaciones acerca de un cuento como *Las Rayas,* la economía de su referencia prueba por lo menos dos cosas: que no consideraba estos folletines más que como recursos para ganar dinero y que su elaboración no interfería proyectos que consideraba más trascendentes estéticamente hablando. Con independencia de esta inicial desvaloración, señalemos que seguramente los iba escribiendo sobre la marcha, por lo tanto tal vez en este orden: *Las fieras cómplices, El mono que asesinó, El hombre artificial, El devorador de hombres, El remate del Imperio Romano* y *Una cacería humana en Africa;* no obstante, puede pensarse que estaba maduro para concebirlos desde bastante antes, ya sea por el tipo de lecturas de las que estos cuentos traen reminiscencias y que constituyen su declarado alimento intelectual, ya sea porque algunos de ellos *(El mono que asesinó* y *El hombre artificial)* se inscriben en la oleada de literatura fantástica que tuvo una expresión soberana en 1906 con *Las fuerzas extrañas* de Lugones. Conviene aclarar, sin embargo, que ya antes Quiroga había hecho cuentos fantásticos: *Los perseguidos, El crimen del otro,* que difieren de estos nuevos, más emparentados con los de Lugones (por lo menos aquellos dos mencionados), en el positivismo de la concepción; en la etapa anterior, bajo la influencia de Poe, la fantasía era sobre todo alucinatoria y mental mientras que aquí hay operaciones físicas concretas. Ya lo veremos en particular al final de esta presentación.

Hay otro elemento, importante sin duda, para situar estos cuentos: el comienzo de la experiencia misionera y los primeros contactos con la selva que actualizan lecturas tal vez olvidadas reclamando temas que ahora se aprovechan, por ejemplo los relacionados con animales o formas de vida silvestres que localiza, respondiendo a la tradición del género, en el Africa. Ahora bien, acercándonos a las historias contadas, vemos que aparecen allí algunos temas que han de reaparecer en la obra misionera o más adelante: el peón humillado que se venga *(Las fieras cómplices* y *La bofetada,* casi contemporáneo, y *Los*

mensú), el animal domesticado *(El devorador de hombres* y *El león* — en *El Desierto—)*, la explotación de los obrajeros *(Las fieras cómplices* y *Los mensú)* como temas mayores, sin contar con elementos secundarios igualmente recurrentes: dinamitar a un hombre *(Las fieras cómplices* y *Van Houten)*, las hormigas devoradoras *(Las fieras cómplices* y *La miel silvestre)*, amar a los animales *(Una cacería humana en Africa* y *Cuentos de la selva)*, estar de parte del desposeído *(Una cacería humana en Africa* y *Los precursores)*.

Este último elemento mencionado es especialmente sugerente porque se liga con otros: en la época de los primeros folletines Quiroga estaba ya escribiendo cuentos de los llamados "de monte", resultantes más de la experiencia correntina que misionera pero de todos modos situados en su nuevo proyecto estético de alcance realista; al mismo tiempo, vivía en Buenos Aires donde empezaba a hacerse conocer como escritor; los tres datos están unidos por un común denominador, ya puesto de relieve: la habilidad que, al aplicarse a temas de una literatura de gran público, adquiere un matiz de divertimento, hacer lo que se quiere, vender un truco, seducir a un público ingenuo, con el oído hecho a los Kipling, London, Sienkievicz, acaso Verne. El divertimento consiste en que se elige una estructura temática y narrativa que, tal vez por su convencionalidad misma, invariablemente diverte, causa placer, como por ejemplo los finales milagrosos en los que el héroe se salva siempre y castiga al malvado (western sin saberlo); despreocupación —puesto que se trata de obras menores— pero no inadvertencia y, en cambio, la finalidad de hacer saltar una sonrisa que estaba en el autor y que el lector, al aceptarla, le devuelve corroborando una actitud que tiene su origen en un estado de ánimo o en una forma de vivir. Ahora bien, ¿placer en el Quiroga que se supone abrumado por las culpas, misántropo y hosco, barbudo y al borde de un destino trágico? ¿Ganas de reirse en el que está viviendo en Buenos Aires desde la muerte, provocada por él, de su amigo Ferrando? Pues sí, placer intelectual en primera instancia al construir estos relatos casi sin pensar y divirtiéndose con ellos, placer similar al de las epístolas en verso que descubrimos en sus cartas desde 1903 hasta 1907, dirigidas a sus amigos más queridos:

" Mi nacimiento, en suma, fue como el de cualquiera:
mi madre sonreía con su candor de cera,
la sirvienta prolija buscaba ropas blancas,
y el médico admiraba sus formidables ancas."

Habrá, entonces, que situar a Quiroga en este momento, gran paréntesis que va desde la muerte de Ferrando —abril de 1902— hasta la instalación definitiva en Misiones —enero de 1910.

A raíz de un desdichado duelo en el que debía participar su entrañable amigo Federico Ferrando, Quiroga lo mata al probar el arma. Esta desgracia corta la experiencia montevideana ("El Consistorio del Gay Saber") y Quiroga se refugia en Buenos Aires esperando la cicatrización del trauma. Lo imaginamos trágico y culpable, actualizando toda su vida, retraído como su barba lo exige; lo suponemos invadido por el hastío de la civilización y dispuesto a realizar experiencias límites; en efecto, poco a poco, se va internando en ellas hasta la que consagra su aspecto y su personalidad: Misiones. El viaje que hace con Lugones a esas tierras lo incita a volver a ellas hasta instalarse en Corrientes (Saladito) y liquidar una pequeña herencia; luego volverá en los veranos hasta la instalación definitiva, coincidente con su casamiento. Pero entretanto va viviendo ese proceso bajo el tiránico signo de un despertar frente a sus propias posibilidades, lo cual lo colma de alegría, de juego, de veneraciones y de avidez. Seis años en los que lo predominante es la necesidad de la autoafirmación en el logro y la conquista, historias de mujeres narradas con jactancia pueril y orgullosa exhibición de sus dotes, como un modo de entenderse con los demás, nada de asilamientos ni de esoterismos, al contrario un tono totalmente muchachil, mujeres entrevistas entre las alumnas de la escuela normal, las comprovincianas de Salto, ocasionales pasantes, amigas de amigas, una persecusión, pacatamente llamada "faunesca" por algunos, que se recorta sobre una elasticidad operante también en otros sectores de la realidad. La misma avidez y claridad reaparece en lo literario donde un principio de salud borra tanto decadentismo, del cual se acuerda con "horror"; son las grandes lecturas y la urgente comunicación de sus impresiones, es Dostoievsky,

Maupassant, Sudermann, Gorki, *Las 1001 Noches*, experiencias que le permiten juzgar el trabajo de los otros así como el suyo propio y que están ejerciendo de correctivo a una capacidad de producción inusitada; escribe cuentos hasta casi vivir de ellos; *Caras y Caretas, El Gladiador, Tipos y Tipetes* y otras revistas son el depósito de su decisión inquebrantable ya a esta altura de hacer de su arte un sólido instrumento, un arma imbatible. Pero nada dramáticos sus avatares, solo la falta de dinero y su obsesiva persecusión, tema que ahora vive desaprensivamente y con soltura y que, junto con los otros dos, mujeres y literatura, reaparecerá cada vez más dramatizado a lo largo de su vida. Pero ahora es como una absorción de lo que la vida puede dar y al mismo tiempo una toma de distancia frente a la vida para la conjugación positiva de lo que se le ofrece en lo que él puede aprovechar.

En las Cartas que escribe en ese período se desgrana tanto como sus intereses recurrentes un tono que señala precisamente esa capacidad de distanciamiento; es el breve juicio, la broma sobre sí mismo, la "formidabilización" de las proezas, la ponderación sobre lo que no tolera fantasismos, la clara asunción de los términos concretos de un vivir más saltarín que apesadumbrado o acongojado. Frente a un rechazo de una mujer no un lamento sino una maldición, frente a la dispepsia el chiste, frente a las obligaciones de trabajo (la cátedra) el guiño cómplice, frente a la solemnidad académica o el error la rectificación acerada en un esbozo de militancia literaria. Vive intensamente sus amigos, especialmente los uruguayos, y tiene en Lugones un protector, un amigo, un mentor y un guía: es quien le ha abierto el camino al modernismo pero también el que le ha hecho conocer Misiones y el que, si hay "un cambio político que alzara de nuevo al P. A. N. y sus secuaces", le haría obtener alguna canongía, aunque también, como se ha dicho, con sus cuentos fantásticos le ha suscitado una posibilidad. Levemente analiza sus maneras preporteñas de vivir y, levemente también, las condena como cuando recuerda el haschisch y el tipo de literatura a flor de nervios. Es claro que no hay una oposición frontal entre este Quiroga y el anterior pero sí la expresión de un dinamismo personal que lo hace

el receptor adecuado de la nueva realidad que está intuyendo como la más importante de su vida, la que le permitirá una transformación que anda buscando en un plano más entrañable de su ser. Poco a poco sobreviene la seriedad y la época de las decisiones: el hábil profesional del cuento se va despojando de artilugios y de recursos y se interesa por la trasmisión de lo esencial, el artesano va dando paso al artista y el paisaje se apodera de su cuerpo y de su alma; su obstinación será puesta al servicio de un modo de vida y un modo de literatura y desaparecerá, salvo episódicas recaídas, lo que lo distrae y que en el momento que estamos viendo puede convivir con lo esencial que está apuntando.

De todo esto se deduce que lo juguetón que hay en los folletines emerje de su propia disposición al juego típico de esta época y que, por más que Quiroga les hubiera dado a estos cuentos el caracter instrumental que les adjudica, se sitúan en un período transicional de su obra, son el tributo necesario a la búsqueda que seguramente estaba haciendo de una unidad más compacta y trascendente para sí mismo y para los demás.

Vamos a entrar a estos folletines de Quiroga armonizando y contraponiendo los elementos estructurales de la anécdota y la narración. La anécdota como el conjunto de tópicos que se entraman y la narración como el articulado específico de los tópicos o materiales; la anécdota como recurso a la realidad, la narración como conjunto de procedimientos para el reordenamiento de la realidad, como escritura. Sin duda, y vaya esto como anticipo, anécdota y narración no configuran aquí una unidad única, sólida y espontáneamente cohesionada, tal como ocurre en cuentos posteriores; si bien tanto materia anecdótica como materia narrativa participan de una fuente común que se constituye sobre la base del gusto del público o sobre ideas de eficacia (la habilidad) es flagrante la escisión por prevalencia de un aspecto sobre el otro; generalmente el que prima es el anecdótico y esa primacía tiene su causa en la circunstancialidad de la creación, en la reclusión a la marginalidad que de su propio proyecto hace el autor. Pero veamos cómo se dan las cosas en uno y otro campo. Por un lado, los elementos que componen la anécdota aparecen como apilados, acumulados,

crudos, como meros temas tomados del exterior y no traspasados por lo personal, como pura objetividad interesante para un lector situado; en ese sentido, la anécdota es pobre por su previsibilidad cuyas raíces se hunden en lo cuantitativo objetivo. Sin ser más rica, justamente por la acentuación puesta en lo temático, la narración ofrece en cambio un interés mayor en la búsqueda de sentidos propuestos por los cuentos. Antes de avanzar hay que decir, no obstante, que si los tópicos que componen la anécdota son en su mayor parte reminiscencias graciosamente actualizadas de lecturas clásicas (El remate del Imperio Romano — Sienkievicz—, el cachorro del gran rey de los tigres — Kipling—, los tres sabios que inventan un hombre — Holmberg—, etcétera) los recursos narrativos son también acentuadamente retóricos (el suspenso, el cierre, la calificación del narrador a lo narrado, personajes en blanco y negro). No se trata, pues, de originalidad en sí sino que, descartada ésta, el sector de la narración ofrece un campo de trabajo que no podríamos extender considerando una unidad inexistente ni radicándonos en el sector de la anécdota, rápidamente clasificable y agotable.

La primera estructura que se destaca en el sector de la narración es la del raconto, instrumentalización técnica del recuerdo. Existen en los seis cuentos distintos grados de raconto; el más elevado aparece en *El hombre artificial*: el narrador presenta a sus personajes en su trabajo y luego, haciendo una pausa, rompiendo la tensión, se narran las historias de cada uno de los tres; el menos elevado cuantitativamente se da en *El remate del Imperio Romano* donde el raconto es apenas algo más que una ubicación de las conductas, somero trazado exigido por la causalidad de las acciones; pero entre ambos términos se establece un pasaje que va de la necesidad casi obvia de explicación causal hasta la categorización de una manera de relatar; en *Una cacería humana en Africa* se raconta algo más que en *El remate* pero todavía con el mismo sentido; en cambio en *El devorador de hombres* el raconto cambia de nivel pues está ligado a sentidos y no meramente a conductas: el tigre recuerda una escena y *se siente* de determinado modo frente a lo actual mientras que cuando el narrador describe la

vida anterior de Donissoff, raconto amplio y lujoso, es como una explicación para el lector, no significa ninguna actualización interior para el personaje. Este cambio, de lo cuantitativo a lo cualitativo, se corresponde con el pasaje de raconto (como modalidad) a recuerdo (como motivador) que, en *El mono que asesinó*, cubre la totalidad del relato: esa historia del hombre que escucha una voz de un mono que le recuerda voces extrañas pero entrañables e indescifrablemente reales; tratará de inteligirlas secuestrando al mono tras lo cual todo le será revelado y aparecerá un recuerdo sepultado en la memoria de generaciones. Del raconto al recuerdo y del recuerdo a la memoria, sacudida, a la vez, por una efectista transferencia de personalidades basada en la idea de la trasmigración de las almas: el hombre es despojado por el mono de su envoltura física y su espíritu pasa a la miserable apostura del mono. Y la memoria, más allá de la fantasía hinduista, pero incluso a través de ella, remite al tema de la herencia, típico del naturalismo positivista. De donde estructura narrativa que se apoya en una clara posición filosófica explicitada temáticamente, por añadidura, en otro cuento de la serie, *El hombre artificial*. Pero esta veta, como lo he anunciado, será considerada por separado.

No menos interesante, aunque menos desarrollado, es el elemento de las explicaciones que surgen inicialmente como una voz de narrador que necesita ubicar acerca de meros acontecerés relativos al suspenso y que, por lo tanto, como en la mayor parte de los relatos clásicos, se atribuye el conocimiento de lo que ocurre en cada personaje así como de lo que liga o separa a los personajes unos de otros; voz que, al apelar a una información objetiva para recortar los hechos de la ficción, se vincula con la historia real diluyendo en el lector los límites de la narración ("Recuérdese solamente que en la construcción del ferrocarril de Mombasa al Victoria Nianza, costó al gobierno inglés millones la renovación constante de la tropa de búfalos diezmada día a día por el tse-tsé"); voz que se hace más insinuante y lleva al pináculo su omnipotencia cuando adopta el tono científico, es decir cuando le tiende al lector el brazo que lo conducirá al sentido mismo del relato ("Durante meses y meses los tres asociados habían luchado en la forma-

ción del tejido óseo. A pesar del éxito de prueba obtenido, siempre habían temido que los fosfatos no estuviesen bien fijados".) Explicar, crear una zona blanda entre relato y destinatario, acudir justo en el momento en que los hechos por sí solos no son suficientes, indica en el menor de los casos dominio y sujeción de lo narrado a través de una racionalidad que neutraliza el poder de los hechos, un poder dormido que no se juzga necesario avivar en la ocasión. Entonces, por un lado racionalidad que también hay que poner en la cuenta del positivismo cientificista, por el otro neutralización de lo literario. En todo caso, instrumento desafilado que espera el reemplazante que Quiroga está destinando a los otros cuentos, en los que la narración forma parte de la experiencia total que les da origen.

Pero el elemento central de la estructura de la narración reside en los personajes que son acentuados hasta el punto de hacer perder de vista toda otra posibilidad de elaboración, ya sea de lenguaje, ya de narrador, incluso de ritmo. Mediante los personajes Quiroga inflexiona sus anécdotas, es a través de ellas que las vehiculiza y en quienes centra todo el poder trasmisivo que pone en movimiento. Pareciera que siente a los personajes no en cuanto figuras que representan conflictos dramatizables sino como las formas imprescindibles en que se organiza la realidad: los personajes son entendidos como particularizaciones de la ficción para comprender la realidad. De este modo, si en un sentido general el valor narrativo es aglutinado por ellos, de entre ellos se destacan los protagonistas o, si lo preferimos, los héroes que a veces no son protagonistas. Se establece también una gradación que es importante esbozar como un camino de ingreso en lo particular. En *Las fieras cómplices,* Longhi y secundariamente Guaycurú, son protagonistas-héroes, en *El mono que asesinó,* Guillermo Boox es protagonista-idea, en *El hombre artificial,* Donissoff es protagonista-héroe con algunos matices de protagonista-idea, en *El devorador de hombres* la estructura es más compleja: un relator —el tigre— que es protagonista-paciente da lugar a la refulgencia de un héroe —Lord Aberdale— que no es protagonista; en *El remate* y *Una cacería* Paulo Emilio y Ruy Díaz respectivamente son protagonistas-héroes. Sea como fuere, cada

ino de estos protagonistas señalados, y cada uno en su cuento, mplican una culminación que exige por lo general contra- iguras explícitas: Longhi tiene su malvado, Alves; Boox tiene u mono que es una perfecta y amenazante irrisión; Donissoff a materia que se le niega; Aberdale el siniestro domador Kim- erley; Paulo Emilio su grotesco Didio Juliano; y Ruy Díaz os implacables oficiales negreros. Lo necesario es que estos éroes triunfen, si no materialmente, como ocurre con Lon- hi, Ruy Díaz y Aberdale, por lo menos en cuanto a la im- resión de grandeza que mediante ellos se quiere dejar: "Su orvenir entero estaba muerto ya, como había muerto el hom- re de las manos vendadas; como había muerto su creación bominable; como allí — criatura sublime, arcángel de genio, oluntad y belleza, estaba muerto Donissoff" *(El hombre ar- ificial)*, o bien: "Paulo Emilio pisó firmemente para asegurar l equilibrio, y recogiendo un pliegue de la toga, miró sereno los sicarios. Fue su última mirada. Los venablos partieron, se undieron en el pecho patricio, y mientras Paulo Emilio se esplomaba con los ojos cerrados, los sicarios, con un definitvo triunfal aullido, saltaban sobre su cuerpo" *(El remate del mperio Romano)*. Es evidente y casi obvio que ésta o la otra orma de triunfo tienden a consolidar la identificación que se romueve entre lector y héroes: para que el lector viva, me- iante la grandeza de los héroes, un instante de su propia e ndefinible y por lo general oculta grandeza. Precisamente, uscar este efecto con tanta homogeneidad se liga a la instru- entalidad con que las historias han sido realizadas y forma arte del general humor con que han seleccionado los elemen- os que las componen. Pero la cosa no termina ahí; los héroes on también, ya se ha insinuado, héroes positivos en todos los iveles: por lo que hacen, por lo que sienten, por cómo los resentan los narradores, por los sentimientos que engendran n los demás personajes; estos cuatro planos configuran héroes erfectos que actúan en el reino puro de los designios, no in- erferidos por apetitos ni mediatizaciones, del problema que la ealidad les tiende como celadas a la solución sin vacilaciones, in miedos, sin hambre ni frío ni cansancio, sin voluntad exual, con la complicidad de los elementos, sin espacio para a realización de los proyectos, aceptando una conminación

que procede del proyecto sin protestas ni agachadas de ninguna índole.

Pero uno de estos cuentos propone una variante: *El mono que asesinó*. El protagonista-idea, tal vez por este carácter no triunfa, no defiende ninguna positividad, no es un modelo ni un héroe, al contrario ejemplifica una rechazante perspectiva de degradación y, sobre todo, por la singularidad de lo que protagoniza, reduce la universalidad, se limita a la relación de un caso extravagante. Naturalmente, la extravagancia no constituye un valor, además se paga un tributo muy grande a una cierta moda temática, además el carácter caprichoso del material manejado exige del lector más excitabilidad que simpatía. Sin embargo, este cuento contiene una idea que lo hace el más sugerente de la selección, es la circularidad: el final recobra la imagen inicial pero invertida. Guillermo Boox empezó por sentarse y mirar al mono que le habló y ahora el mono, en el cuerpo y el espíritu de Boox, aparece sentado en el mismo banco mirando a Boox que está dentro de la jaula y del cuerpo y el espíritu abyecto del mono; es como si la historia no hubiese ocurrido, es como si la memoria, que constituye la sustancia del relato, quedara congelada en un presente que le impide verificarse; el cierre clausura también el tiempo del relato, puesto que todo es exactamente igual al comienzo de modo que el lector puede apartarse de lo especial, del "caso" de traspasamiento basado en la trasmigración hindú, de la rigidez de la "herencia", para ubicarse frente a algo que habiendo pasado no pasó, frente, en suma a la ficción y a lo que de ella puede brotar e invadirlo.

Un elemento narrativo tal vez complementario, emergente de sus iniciales contactos con la selva, es el animal como complemento y aditamento de las historias; permite lateralizar crear un interés accesorio muy vivo, presenta una zona más amplia de la acción del héroe; el animal ennoblecido que se entiende con el héroe y favorece su triunfo favoreciendo de este modo un triunfo de ciertos valores positivos. Es un recurso, por cierto, heredado de la literatura africanista y, como allí está investido de un sentido fundamental: el animal expresa la naturaleza pura, por lo tanto, al adherir leones, tigres, antílopes al héroe puro, la causa de este último obtiene su res

paldo nada menos que en la naturaleza. Se ratifica, así, un orden moral que cae sobre el lector impidiéndole toda distancia, empujándolo a la identificación. Lo cual para estos cuentos no es tan censurable en la medida en que, de alguna manera, alguna problemática de la realidad se ha filtrado y frente a ella el autor propone la toma de partido a través de al conducta que tiene su héroe: Longhi pelea contra la explotación de los mensúes, Ruy Díaz se juega la vida por salvar un negrillo perseguido por oficiales blancos, Paulo Emilio muere por sostener su palabra. Sin embargo, no se nos escapa el rudimentario humanitarismo dentro del que es embolsada esta toma de partido: Aberdale es un Lord, Ruy Díaz un científico formado en Londres, Donissoff un príncipe ruso, Paulo Emilio un patricio romano; cada uno está realzado por una gran dosis de idealización social que representa para Quiroga la sujeción al héroe extraordinario, típico de la novela romántica, el paso preliminar al héroe cotidiano que va a aparecer, que está apareciendo ya, en los cuentos misioneros y mediante el cual logrará dar una dimensión de la realidad.

En suma, por todos estos elementos que conforman la narración, estos divertimentos de Quiroga, no desgajados de su actitud vital de esos años, no desvinculados de cierto incipiente procesamiento y de una inicial temática que tomará caminos muy diferentes para desarrollarse, ejemplifican la idea de transición expresiva con la que se explica la totalidad de su obra; marginados y todo, estos cuentos muestran lo transicional, las diferentes operaciones que pudo empezar a realizar sobre procedimientos y formas de recaudar material que seguramente sentía como superables pero que, también, debía experimentar hasta sus últimas consecuencias.

Ya lo hemos dicho varias veces: *El mono que asesinó* y *El hombre artificial* se vinculan con la literatura fantástica en auge a principios de siglo. Quiroga tiene antecedentes en esta línea; los cuentos de *El crimen del otro* publicados en 1904 significan una culminación de una tendencia cuyo origen era doble, les lecturas, especialmente de Edgar Allan Poe, y las experiencias de drogas, realizadas alegremente en la época consistorial, después del retorno primero al Uruguay. En carta

a Fernández Saldaña del 1º de Mayo de 1906 dice: "Cuando a raíz del haschisch pesqué la amigdalitis, hacia el 4º o 5º (día) de ésta le dije a Brignole que trajera un bisturí y me hiciera unos tajos, cosa que efectuó una tarde, para ver de aliviar en algo con la hemorragia". En cuanto a la influencia literaria, después de *El crimen del otro*, Quiroga declaraba estar de vuelta del decadentismo y de Poe: "Poe era en aquella época el único autor que yo leía. Ese maldito loco había llegado a dominarme por completo...", pero, antes, naturalmente, el sentido de lo fantástico estaba dictado por una línea apoyada en la romántica idea del "desorden de los sentidos", la técnica del horror emergente de tremendos cataclismos de la conciencia, fenómenos espirituales, tensiones inauditas, nervios quebrantados por culpas sutiles y extrañas como venenos. Por cierto que la locura es un tema especialmente satisfactorio en estas búsquedas, es incluso un principio de explicación de tanto refinamiento y, simultáneamente, es el puente tendido a la otra línea de provisión de materiales fantásticos, la que en la Argentina es inaugurada por Holmberg y sus *Cuentos Fantásticos* y que, teniendo un especial auge a la vuelta del siglo, recibe su sustento del positivismo.

El positivismo postula ante todo la liquidación de la metafísica y, en su triunfal reemplazo, el pleno reinado de la ciencia que se propone un trabajo sistemático, verdadero y objetivo sobre la materia. Es una buena nueva que va a aventar siglos de oscuridad y que va a fundamentar la idea del "progreso", tan necesaria para las comunidades que, como las nuestras, con todo empuje se preparan a vencer el futuro. Por ese lado, concluído el período criollo de las guerras civiles y los conflictos políticos, iniciada la era de paz, de trabajo y de capitalismo, nada más lógico que la escuela positiva entrara al Río de la Plata y se convirtiera en la filosofía necesaria de una generación liberada y liberal. Este es quizás el aspecto más importante pero el positivismo tiene también apéndices, conductas secundarias del mayor interés. Se preocupa por la sociedad y la estudia mediante una ciencia llamada Sociología; todos los fenómenos sociales son sistematizados implacable, objetivamente, por esta disciplina que trata de establecer las leyes fundamentales del comportamiento social; se preocupa por

el individuo al cual somete a la misma rigurosa investigación: cobra auge la psicología experimental en general, con sus desdoblamientos más característicos (la psiquiatría y la criminología) y sus invenciones más pintorescas (la frenología, la fisiognomía) y sus sacerdotes más delirantes, como Lombroso, o más aplomados, como Charcot. Se preocupa asimismo la escuela positiva por la expresión literaria y funda el naturalismo basado en la experimentación, la ley de la herencia y la teoría del medio. Todo, de una manera u otra, puede ser computado y medido, la más férrea red de causas explica las más disímiles consecuencias, y, so-pretexto de un materialismo invencible, de una racionalidad sin resquicios, la razón del positivismo estalla y da lugar a delirios y fantasías tal vez más audaces que las que nunca pudo soñar el espíritu metafísico. Esta fórmula: todo es materia, preside la revolución positivista; pese a su claridad termina por enredar a sus cultores que mediante las explicaciones rigurosas de la ciencia determinan la materialidad de lo espiritual; de esta confusión surge la fantaciencia por un lado (en Lugones se ve muy bien: convertir en fuerza mortífera el sonido o la música; en Julio Verne se conecta con la anticipación) y el espiritismo por el otro. El espiritualismo, a través del método científico, se torna espiritismo y los viejos fantasmas vuelven a la escena, la trasmigración de las almas recupera vigencia e interés, viejas irracionalidades se ponen al día, el hiptonismo, la interpretación de los sueños y, por supuesto, el gran problema de la locura.

Se da todo junto; naturalismo en literatura al principio, psiquiatría, sociología, espiritismo, fantaciencia, literatura fantástica, constituyen el clima en los medios cultos tanto como en los populares. Es José Ingenieros *(La simulación de la locura, La psicopatología de los sueños según la psicología y la clínica, Interpretación científica del hipnotismo y la sugestión, Las doctrinas sobre el hipnotismo,* casi contemporáneamente a Lombroso *—Hynotismo e espiritismo—,* a Flammarion *—Les forces naturelles—,* y a Charcot — *Traité sur les maladies nerveuses—),* es José María Ramos Mejía *(La locura en la Argentina),* Enrique García Velloso *(Instituto Frenopático),* Rafael Barret *(El espiritismo en la Argentina)* y también Cosme Mariño y Pancho Sierra como un poco más adelante la

"madre" María, y también Lugones, Chiáppori, Eduardo Holmberg, más adelante Laferrere —*Jettatore*— y este Quiroga que juega sin duda, pero también se está verificando al mismo tiempo, y esto surge de estas conexiones, que se muestra hombre de su época.

Ya se ha dicho, Quiroga tenía una inclinación personal por este tipo de literatura; el contacto con Lugones y la frecuentación de Ingenieros tienen que haberla estimulado y ordenado según las pautas observadas; cede pues, a su momento, a lo que está en boga. Lo cual también es significativo en relación con lo que Quiroga debe romper para construir su obra, con lo que efectivamente rompe para hacerlo. Su punto de partida, el modernismo, quedó remoto y atrás y obtuvo un tono, una voz, una apertura sobre la realidad y en su literatura transformada se transformaba él mismo; pero en un momento determinado necesitó apurar todas las conexiones que lo seguían ligando con el punto de partida, todos los disfraces de esa ilusión de literatura que abandonaba; claro que ese abandono fue hecho a costa de concesiones y de desprendimientos. Hasta hallarse y, una vez más, volver atrás desde la culminación. Pero esta es otra historia, la que va de *Los desterrados* a *El más allá.*

noé jitrik

LAS FIERAS COMPLICES

1

En una noche tempestuosa de junio, un hombre caminaba con paso furtivo por una senda en las profundidades de las selvas de Matto Grosso. La noche estaba profundamente oscura. Los truenos rodaban uno tras otro, y a la intensa agitación del cielo, la selva respondía con el profundo rumor de sus árboles sacudidos por el vendaval. De vez en cuando la lívida luz de un relámpago cruzaba el cielo; el bosque surgía entonces negro, espectral, para ocultarse enseguida en las impenetrables tinieblas.

La selva, terrible siempre, aun de día, con sus acechanzas y traiciones, a esa hora y en la lúgubre soledad, llenaba de angustia el alma mejor templada. Una persona en la ciudad y en las más desesperantes situaciones, no se siente jamás sola; las vidas hermanas pululan a su alrededor, su inmediata presencia la sostienen. Pero en la selva es distinto. Allí todo conspira contra él: el aire quieto y pesado; el silencio hostil; las exhalaciones mortíferas de las plantas que infiltran la muerte en la fúnebre seducción de su voluptuoso aroma; las fieras agazapadas tras el tronco que miramos indiferentes a nuestro paso; las víboras, que hacen de ese paraíso terrenal un infierno, todo en la selva se confabula contra el hombre.

Nuestro viajero, sin embargo, a pesar del terror nocturno inherente a una noche de tempestad en el bosque, sin más amparo que el propio valor, no parecía sentir miedo. Su paso cauteloso indicaba preocupación, sí, prevención también, pero no temor. Para un ojo conocedor algo en él delataba a una persona habituada a la selva. Este algo era su modo de caminar. Levantaba las piernas mucho más de lo que aparentemente era necesario, como cuando se marcha con zancos, y esto con una natural elasticidad que denunciaba a la legua al hijo —natural o adoptivo— del bosque.

En efecto, el suelo de éste, erizado de troncos y ramas, obliga a elevar las piernas para no tropezar, y esta maniobra sumamente fatigante al principio, concluye por volverse inconsciente, y ligera por lo tanto. Por ello se puede conocer fatalmente la condición más o menos selvática del caminante.

Nuestro hombre era, pues, una persona habituada al monte. Los relámpagos que nos han permitido, con su fulgurante luz seguir su marcha felina, nos permitirán saber algo más.

Así, al lívido resplandor de un rayo seguido de un espantoso trueno, pudo verse que el viajero llevaba casco de corcho, blusa y pantalón azules rotosos y gruesas botas. El casco decía en seguida que el que lo llevaba no era peón; pero en cambio su visible despreocupación en lo que concernía al bosque, rara en un *patrón*, parecía afirmarlo.

¿Qué era, pues? ¿Dueño de obraje? ¿Y qué podía hacer

en esa noche, en plena profundidad del bosque, caminando como alguien que va alerta a algo, y todo esto sin escopeta? Es lo que pronto sabremos.

Los relámpagos, como fatigados del propio incendio que duraba desde el anochecer, habían disminuído. Pero la lluvia caía ahora torrencialmente, y la selva entera, herida sin tregua por las gotas monstruosas, redoblaba sordamente.

—¡Maldición! —murmuró el viajero, deteniéndose. —Solamente las pacas son capaces de salir con este tiempo.

Dijo esto en español, pero con marcado acento italiano. Levantó la cabeza, con esa inconsciente curiosidad de mirar el cielo cuando llueve furiosamente. Un fulgurante relámpago se abrió sobre su cabeza en ese instante. El viajero, deslumbrado, cerró los ojos. Durante un minuto los mantuvo así, para desvanecer el encandilamiento. Cuando los abrió, tenía ya la vista natural, y la hundió delante de él en las tinieblas.

—¡Y ese estúpido que no viene! —volvió a murmurar. ¿Qué extraña cita podría ser esa? El viajero continuaba inmóvil, mojándose aún más si esto fuera posible, porque de su casco corría el agua a hilos, como de paraguas.

Sin embargo, a pesar de su quietud, no pudo oír un rumor suave que se levantó detrás de él. Un trueno bramó en ese momento, y cuando el ruido cesó, cesó también el murmullo.

Las ramas, levemente agitadas, quedaron en completo silencio. No sé qué, no obstante, indicó a nuestro caminante que acababa de pasar algo. ¿Fue preocupación casual? ¿Intuición del peligro en las personas de monte, habituadas a una constante vida de alerta? Con todo, hemos visto que a la que nos ocupa no parecía hacerle ningún efecto la sombría visión de la selva en semejante noche. Pero esta vez no pasó así. Volvió rápidamente la cabeza, hundió su mirada de halcón en el profundo cañaveral que tenía a sus espaldas y quedó un rato inmóvil, prestando ese oído atento que sujeta y crispa todas las demás sensaciones del cuerpo, y en el cual el cazador de monte pone toda su alma, porque la vida pende como de un hilo, de él.

Nada sintió. Volvióse, inquirió de nuevo en las tinie-

blas y lanzando un juramento siguió adelante. En el lado del cañaveral brillaron entonces dos puntos verdes lúgubres. Avanzaron con una lentitud de muerte hasta la picada y siguieron inmóviles la marcha del viajero. Al rato los dos puntos verdosos comenzaron a moverse en dirección de aquél.

Entre tanto nuestro extraño caminante seguía su marcha cautelosa, cuando de pronto un lamento de agonía, largo, vibrante, desolador, ahogó el ruido del vendaval. Venía de la profunda lejanía de la selva. Al oirlo, el viajero se detuvo de golpe; pero en vez de terror, una radiante expresión de alegría se retrató en su rostro.

—¡Por fin! —gritó casi, corriendo. Mas un momento después volvió a detenerse, presa de viva inquietud.

—Me ha parecido a ras de tierra —murmuró sobrecogido de angustia.

Pasó un instante. Al fin, decidiéndose, extendióse la boca con el pulgar e índice de la mano izquierda y lanzó a la noche siniestra un grito largo, el mismo desolado quejido que había llegado hasta él. Un momento después, pero entonces mucho más cerca, sonó la sombría señal, y el viajero lanzó un profundo suspiro de desahogo.

—Tendré que decirle que no imite tan bien —murmuró sonriendo y avanzando.

El grito de agonía que ambos acababan de lanzar era imitación perfecta del que deja oir el oso hormiguero en las noches muy frías de invierno, y puede reproducirse por ¡a-hu! ¡a-hu! ¡ahu! ¡ahu! ¡ahhhúu!

Un instante después una sombra estaba al lado de nuestro conocido.

El recién llegado, por lo que permitían entrever los relámpagos, llevaba un gran sombrero de paja, con cinta roja. Sobre el busto una camisa de trabajo, a listones, que no debía de conservar ya muchos botones, a juzgar por la ancha abertura que dejaba sobre el pecho. Rodeaba su cintura, por encima de los calzoncillos y hasta las rodillas un trozo de arpillera sujeto a aquella por un cinto angosto. Tenía piernas y pies desnudos.

—¿Cómo has tardado tanto? —le dijo apresuradamente

nuestro viajero. —Hace ya una hora que me estoy calando hasta los huesos.

—Nada —respondió el recién venido. —El encargado me llamó para revisar las libretas. Dice que está cansado de arreglar todo el sábado.

El viajero se sonrió.

—Caldeira, ¿eh?

—Sí; dice que desde que vos no estás, patrón, todo anda mejor.

El viajero volvió a sonreirse sin decir nada. Pero al rato murmuró:

—¡Pobre Caldeira! Creo que *ella* desea verlo también.

Al oir *ella,* el indio, porque era un indio el que había llegado, se estremeció.

—Hace días que no la veo —murmuró.

—¿A quién?

—A *ella.*

—¡Oh! está muy bien.

El indio dirigió al viajero una mirada de respeto y terror.

—Cuidado, patrón...

El viajero tornó a sonreir.

—Patrón, me parece demasiado... —insistió con la voz baja el indio.

Su interlocutor le puso la mano en el hombro y clavó en sus ojos una profunda mirada de ironía y compasión.

—¡Pobre Guaycurú! —dijo lentamente. —¡Pobre indio! —repitió.

Seguramente esa sencilla frase evocaba cosas lúgubres, porque el aludido bajó la cabeza como bajo el peso de un recuerdo abrumador.

—¿Ya pasó todo? —le dijo con cariño el viajero.

—Sí —respondió el otro sordamente. Y agregó: —Cuando hace calor me quemo. Tengo veneno en la sangre —murmuró.

—Sin embargo la cara ya está bien —dijo su interlocutor. —A ver...

Acercó la cara a la del indio: y un relámpago rasgó en ese momento el cielo en una fosforescente cortadura.

El viajero se echó instantáneamente atrás.

—¡Maldición! —murmuró poniéndose pálido. —Ya no es cara humana...

En efecto, aquello no era cara, sino una cosa deforme, hinchada, desmesurada, acuchillada de fístulas casi cicatrizadas. La frente, el cuello, el pecho, todo lo que se alcanzaba a ver ofrecía el mismo monstruoso aspecto.

El viajero lo miró un rato, con una mirada en que se iban encendiendo por momento sombríos resplandores de venganza.

—¿Alves te ha visto así? —le preguntó.

—Sí —murmuró el indio.

—¿Qué te ha dicho?

—Se ha reído. Ayer de mañana, cuando fui al almacén a buscar grasa, me gritó riéndose...

La voz se le apagó y un rugido se escapó de su pecho profundo. El viajero se estremeció.

—¿Qué te dijo? —insitió.

—...que estaba muy contento de la leccioncita que me había dado y que iba a empezar otra vez... —concluyó bajando la voz poco a poco.

En el solo descenso de la voz hasta perderse, había un mundo de sufrimientos, de recuerdos de horror y pesadilla, de dolores intolerables.

—¿Y en los pies? —continuó el viajero— ¿puedes caminar bien?

—Sí, no mordieron mucho ahí...

—Alguna vez oí hablar de eso en Africa —murmuró el viajero, como hablando consigo mismo— pero nunca creí que fuera cierto... En fin —agregó después de un momento de silencio— ojo por ojo y diente por diente, Guaycurú. Presumo que se acordará algo de tí mañana.

—Y de vos, patrón.

—¿De mí?... ¡Bah! yo no tengo nada más que esto —repuso sonriendo y extendiendo la mano izquierda. Faltaban tres dedos, y los muñones estaban rojos aún.

—¿Pero en el pecho también? —agregó el indio.

—Sí, un poco; una costilla rota; ¿pero de mí no hablan nada?

—El otro día Juan oyó los tiros de su escopeta, pero pa-

trón Alves no cree que sea la tuya. Dice que te debe de haber comido algún tigre. Un perro trajo del monte la semana pasada un trapo con sangre. El encargado cree que es de tu camisa.

—¿Nada más saben?

—Nada más.

—¿Y de *ella*?

El indio volvió a estremecerse.

—No —murmuró con voz sorda.

El viajero iba a responder, y seguramente se hubiera sabido algo de *ella*, ese ser bastante terrible para que su sola evocación hiciera bajar la voz; disponíase a responder, decimos, cuando Guaycurú, echándose adelante, lo cogió bruscamente del brazo. Su interlocutor dio un paso atrás.

—¡Oí, patrón! —dijo rápidamente el indio.

—¿Qué hay? —respondió el viajero, volviéndose con una agilidad verdaderamente felina.

—¡Sentí, patrón! —respondió el indio...

Ambos quedaron en silencio. Entonces sobre el ruido de las hojas azotadas por la lluvia, un rumor lejano y profundo como si saliese de bajo tierra, llegó hasta ellos. Los hombres se miraron un rato en los ojos.

—Es un tigre —dijo sencillamente el viajero. No tenía el menor temblor en la voz, pues a la inquietud de lo desconocido sucedía un peligro real, formidable, sin duda, pero cuyo efecto, en hombres de verdadero temple, es serenar el alma, disponiéndola con todas sus fuerzas para la lucha.

El indio continuaba con el oído orientado a ese terrible anuncio.

—¡Oí, patrón! No es tigre —dijo de nuevo el indio.

Volvieron a quedar inmóviles y llegó otra vez el rugido sombrío.

—Cierto, es león. Viene al trote —dijo el viajero.

Un momento después añadió:

—Debe de estar cebado.

—Nos ha tomado el rastro. Viene por la picada —murmuró Guaycurú.

En efecto, esta vez el rugido se había sentido mucho más cerca. Un instante después sonaba otro, luego otro, y nuestros hombres, con la rápida decisión de pensaminto de los ca-

zadores y personas acostumbradas a conocer el completo alcance de sus fuerzas, comprendieron sin titubear que con ese animal no era posible luchar y que estaban perdidos.

—Para mejor, ni revólver... —murmuró el viajero con tono de fastidio, pero no de miedo. —¿Traes el machete?

—Sí; inútil... Es un león cebado.

—¡Ligero, patrón! —gritó de pronto, cogiendo a éste de un brazo. —¡Viene corriendo! ¡Subamos a este lapacho!

La selva acababa de vibrar con un sonoro bramido, próximo ya. La fiera aguijoneada por el hambre y el deleite de la carne humana, corría hacia la presa, lanzando su grito de ansia.

En un momento nuestros hombres estuvieron ahorquetados en las primeras ramas del frondoso árbol. El refugio era nimio, porque el león trepa con mayor empuje aún que el tigre.

Pero de todos modos, la defensa era así posible, mientras que en tierra hubieran sido destrozados en seguida entre las formidables mandíbulas de la fiera.

Los bramidos se sucedían cada vez más claros y el animal estaba ya sobre ellos.

—Viene corriendo —murmuró el indio, asegurando el mango del machete en su mano ejercitada. Efectivamente, a ellos llegaba ya un sordo rumor de ramas violentamente agitadas y un bramido, tan próximo esta vez que hizo latir tumultuosamente el corazón de aquellos predestinados a una horrible muerte, denunció la inmediata presencia de la fiera. Y ya nuestros hombres habían * hecho un último llamado a toda su serenidad, cuando el viajero que desde un momento atrás oía los bramidos con estupefacción, murmuró poniéndose pálido:

—Yo conozco eso... ¡Guaycurú! ¡Ese modo!...

Y antes que el indio tuviera tiempo de responder, el viajero lanzó un grito de alegría, golpeándose la frente:

—¡Somos unos estúpidos, Guaycurú! ¡No la hemos conocido!

Y se lanzaron a tierra.

2

El indio, más ágil, se lanzó desde su posición al vacío. Estaban a cinco metros de altura, y esto es en cualquier parte un salto arriesgado. Pero su increíble agilidad nativa lo salvó, no sacando más que un tobillo torcido.

Apenas en tierra, el viajero, con extraordinaria rapidez, llevóse las dos manos a la boca en forma de bocina y lanzó a la noche un grito ronco y prolongado que sonó lúgubremente en la selva, desafiando así en pleno dominio de fieras por una potente voz humana. Al grito respondió inmediatamente un formidable bramido, tan cerca, que los hombres, no obstante su valor, se estremecieron.

Un momento después las ramas se agitaban, dos ojos relucían en las tinieblas y una sombra enorme se lanzaba sobre ellos de un salto: pero el salto era de alegría.

—¡Quieta, Divina, quieta! —gritó el viajero, conteniendo con su voz imperativa los avances de su leona. Esta continuaba lanzando roncos bramidos de placer, y trataba por todos los medios de restregarse contra su dueño.

Es bien sabido que las caricias de un león son tan de temer como sus iras, y que la zarpa que se tiende hacia su amo con el muy gratulable objeto de acariciar, tiene cinco uñas, cinco perfectos puñales * árabes que por pequeño que sea el impulso de cariño que los anima, se clavan profundamente en la carne. El viajero, pues, por más contento que estuviera del amor que le demostraba su leona, tenía buen cuidado de evitar su aproximación.

—¿Y eso, patrón? —preguntó el indio, sorprendido y acercándose. Pero el animal volvió la cabeza hacia él y dejó oir un colérico y prolongado ronquido.

—¡Cuidado! —le gritó el viajero. —¡No te acerques! Cuando me vuelve a ver después de muchas horas, se pone horriblemente celosa... ¡Quieta, Divina!

En la vaga luz había visto colocarse horizontal y rígida la cola de la leona. Como esto es señal inequívoca de ataque, halló apenas medio de dominarla con la voz. Tuvo en seguida que llenarla de caricias, pues el animal, pasada ya la excitación del primer momento se frotaba ahora voluptuosa

mente entre las piernas de su amo. Aun consintió que Guaycurú le rascara suavemente la cabeza. Una vez conseguido esto, y como el placer que experimentaba era mucho mayor que sus pasajeros celos, reanudó su franca amistad con el indio. Cinco minutos después, los tres caminaban por la picada en fraternal compañía.

Lluvia, viento y truenos habían cesado. El silencio de la selva parecía entonces más profundo, como ahogado. Sólo los relámpagos proseguían encendiendo el cielo en silencio.

—¿Y esto? —volvió a preguntar Guaycurú— ¿Cómo se ha escapado?

El viajero examinaba en ese momento el grueso collar de la fiera que caminaba a su lado, y se incorporó, tras un infructuoso examen.

—No sé —respondió. —El collar está en perfecto estado. La cadena se ha desprendido, pero no me explico como ha podido zafar el gancho. Si se tratara de un perro, estaría dispuesto a creer que alguien ha sacado la cadena; pero no creo que haya ningún sujeto tan fundamentalmente enemistado con la vida a quien se le ocurra ir a desprender a este gato —concluyó sacudiendo una poderosa palmada sobre los flancos de la leona que runruneó a la caricia. La palmada esa, dada con la nerviosa energía del viajero, estaba muy lejos de ser una caricia. Pero seguramente la leona lo entendió así, porque alzó la cabeza a su amo con perezoso cariño en demanda de otra suave prueba de amor.

—¿No tendría hambre? — preguntó Guaycurú.

—No: esta mañana comió la mitad del venado que cazó ayer, y hoy al anochecer, como no sabía qué tiempo iba a estar afuera la solté para que fuera al monte, pero volvió al rato aburrida... Mejor —murmuró el viajero en conclusión.

La leona, como si comprendiera que hablaban de ella, miraba a uno y otro con sus ojos fosforescentes, mientras caminaba con el paso largo y rastreante de las fieras.

Hacía una hora que los dos extraños viajeros y su más extraño acompañante marchaban, y esa noche agitada parecía iba a concluir sin más trastornos, cuando de pronto la leona se detuvo en seco.

La advertencia de un animal que se para de frente en el bosque es siempre muy digna de ser tenida en cuenta. Mucho más en el caso presente, pues a su condición de animal, la leona añadía la de haber nacido en esa misma selva, que acababa de denunciarle algo anormal.

Los hombres se detuvieron.

—¿Qué hay? — preguntó en voz baja el viajero.

—No sé — respondió el indio en igual tono. — Ha sentido algo.

Prestaron atento oído, conteniendo la respiración pero nada oyeron. Sin embargo la leona continuaba inmóvil, las orejas en alto. Miraba a uno y otro lado de la picada, con esa profunda atención de ojos y oídos de los animales en acecho, para los cuales el débil crujido de una hoja puede ser decisiva señal de vida o muerte.

Pasó así un rato. De repente la mirada de la fiera se fijó en un punto a la vera del bosque. Irguió más aún la cabeza, como para dominar mejor lo que veía, y bajándola luego lentamente hasta ras del suelo, lanzó con el hocico pegado a tierra un bramido ahogado, triste, fúnebre, que puso un escalofrío de angustia en el corazón de los dos hombres.

—No veo nada — murmuró el viajero. — Debe ser un rastro.

—¿De gente?...

—No; no bramaría así... Sin embargo...

—Tiene miedo, patrón...

—Sí, y si fuera rastro no tendría... y mucho menos de gente — concluyó con una fina sonrisa que ya notamos dos o tres veces al hablar de ella.

Entre tanto la leona había empezado a avanzar con precaución, y sin despegar el hocico de tierra, y gimiendo sin cesar.

—¡Ya sé lo que es! — gritó de pronto el viajero. — ¡Divina, aquí, Divina! ¡La va a picar!

El indio se estremeció.

—¡Sí, es una víbora! Hace un mes le oí desde lejos este mismo quejido, y vino con el hocico horriblemente hinchado... ¡Divina!

Los dos hombres saltaron adelante, y de un empujón el

viajero apartó a la leona. Ya estaban sobre la línea misma del bosque y allí, sobre la tierra roja, vieron una ñacaniná, el cuello erguido y pronta a lanzarse sobre el primero que avanzara.

Las ñacaninás, serpientes de dos y aún tres metros son terriblemente agresivas y no temen a nada. En cuanto se sienten atacadas se lanzan sobre el agresor, sea hombre, perro o fiera. No es sólo esto: persiguen, corren con increíble velocidad tras el que las irritó, y como se ocultan sigilosamente, esta serpientes negras son el huésped más terrible que tiene la selva.*

A pesar de todo, la leona no quería abandonar la lucha. Su dueño la contenía apenas, muerto de angustia, pues un paso más y su Divina haría que la serpiente se lanzara contra aquella, y el veneno de las ñacaninás no tiene antídoto alguno.

—¡Guaycurú, el machete! ¡No puedo más!

El indio comprendió. Sacó el machete con la rapidez del rayo y de un salto estuvo entre el grupo y la ñacaniná. Entonces dio un paso adelante y el cuello de la culebra se crispó. La leona, entre los brazos de su amo que la sujetaba por el pescuezo, bramaba forcejeando.

—¡Ligero! ¡Se me va! — tuvo tiempo de gritar desesperado. Un segundo después la leona saltaba sobre la serpiente. Pero el indio, con una serenidad espantable, había dado otro paso hacia aquélla y en el momento en que la ñacaniná se distendía recta como un proyectil sobre él, había hecho un rápido movimiento con la muñeca, que apenas se notó. Cuando la leona cayó sobre la serpiente, sólo pudo verse un cuerpo negro que en horribles contorsiones se revolvía entre las patas de la fiera. Pero ya no tenía cabeza: el machete la había tronchado sin sacudidas, sin violencia alguna, únicamente por un prodigio de serenidad de alma y puño.

¡Por fin! Los hombres lanzaron un suspiro, libres ya de esa segunda angustia de su sombría marcha nocturna. La leona, con dos silenciosos mordiscos, había deshecho el cuerpo aun convulsivo de la enemiga. Tranquila ya, unióse a su amo, y los tres reanudaron el camino.

La tormenta había pasado, pero el cielo, nublado aún,

continuaba profundamente negro. Los sombríos caminantes no tenían en esas foscas tinieblas, más guía que la línea apenas visible de la picada, y sobre todo su agudo instinto montaraz.

Marchaban en línea recta, sin una vacilación; y de lejos quien hubiera estado observándolos, habría visto en el acongojante desamparo de la selva, dos luces verdosas, los dos terribles puntos luminosos de la selva, que guiaban la marcha nocturna del sombrío terceto.

Entretanto, y mientras la extraña aventura sigue su curso, digamos dos palabras sobre nuestros personajes, a fin de comprender el porqué del espantoso drama que se precipitaba.

3

Cierta tarde de verano, a las tres, en medio de una siesta abrumadora de calor, dos hombres sudorosos esperaban a orillas del río el vapor que remontaba la rápida corriente. Las dos personas eran Yuca Alves, dueño de un obraje de madera, a cuatro leguas de la costa, y su mayordomo.

Cuando el vapor hubo parado, desprendióse de su costado una chalana, a cuyo bordo subió un pasajero vestido de blanco.

Al llegar a tierra la embarcación, Alves se adelantó al encuentro del pasajero.

—¿Usted es Longhi? — le preguntó en español, pero con marcadísimo acento portugués.

—Yo soy — respondió el otro simplemente, mirando con tranquilidad la repulsiva cara del dueño del obraje.

—Me ha sido muy recomendado — agregó éste. — ¿Conoce bien su trabajo?

—Sí, he sido revisador de maderas catorce años en Misiones.

Alves observó con atención el rostro anguloso de su nuevo empleado, pero enérgico y que respiraba franqueza y decisión en la menor línea.

—Si no tiene muchas exigencias, creo que quedará contento.

—Así lo espero.

Cuatro horas después llegaban al obraje. El trabajo de revisar la madera labrada por las hachas, hundirse día a día en el monte, ir incesantemente de aquí para allí, aniquilarse de calor y mosquitos, es horriblemente pesado. El nuevo empleado, sin embargo, era de una energía a toda prueba y ocultaba, bajo un cuerpo flaco, extraordinario vigor muscular.

Las cosas al principio fueron bien. Pero poco a poco comenzó a darse cuenta de las atroces crueldades que imperaban en el obraje. Aquellos que saben lo que pasa en casi todos los obrajes, comprenderán perfectamente lo que aquí se oculta: para los que lo ignoran, mucho mejor es que lo ignoren siempre.

Alves era el perfecto tipo del déspota, iracundo, cobarde, miserable, cruel hasta el refinamiento y con una voluntad de hierro.

Al cabo del primer mes, Longhi comprendió que no duraría mucho allí. Al cabo del segundo, estuvo seguro de que Alves lo miraba mal y que algo serio iba a pasar. En efecto, el choque se produjo a propósito de unas vigas mal medidas según Alves.

—Me parece que usted prometía más al principio — le dijo éste secamente.

—Es posible — respondió el otro, tranquilo.

—Su deber es hacer las cosas bien — lo cortó Alves rudamente.

Longhi lo miró fijamente en los ojos, y se puso pálido.

—Mi deber es hacer lo que puedo — respondió con voz más tranquila aún.

—¡Su deber es callarse! — rugió Alves, encendiéndose en ira.

El revisador, lívido, se metió lentamente las manos en los bolsillos, pero con una pausa mucho más terrible que la cólera estallada, y le dijo, articulando bien:

—Me parece que usted se equivoca, señor Alves.

—¿...?

—Yo no soy un peón.

—¿Eh?...

—Ni un empleado como esos...

Alves hizo un ademán, pero Longhi agregó en seguida, sin dejar de mirarlo:

—...y le juro que al primer movimiento que haga de sacar el revólver, por la sombra de mi madre le juro que le levanto la tapa de los sesos.

El revisador no hizo ni siquiera ademán de coger el suyo para apoyar su amenaza: la mirada bastó. Alves comprendió que en efecto se había equivocado, y poniéndose verde murmuró algo y se fue. Pero Longhi comprendió a su vez que la lucha no estaba sino comenzada, y que Alves no quedaría allí.

En efecto, seis días después el terrible drama previsto caía sobre la cabeza de Guaycurú y del revisador, o sea nuestro nocturno viajero, como ya se habrá comprendido.

El drama se precipitó una mañana, a las 12, y tuvo por causa ocasional lo siguiente:

Entre los innumerables peones del obraje, había un indio llamado Guaycurú, abandonado moribundo por sus padres en el monte cuando era pequeño, y que un viejo hacheador correntino había recogido y criado. Al principio el indio —excelente obrajero, por otro lado—, había mirado con prevención al nuevo revisador. Esto es perfectamente explicable. Los revisadores, en general, miden de tal modo la madera, que siempre hallan medio de anotar de menos: en vez de 4 metros, 2.50; en lugar de 60 pies cuadrados, 50, y así por el estilo. Es inútil que el mísero hacheador defienda sus pulgadas que le han costado horas de suplicio, de calor, mosquitos y víboras en el monte; el revisador suelta la risa o le advierte que, si sigue molestando, se va a ver en la necesidad de hacerle volar los sesos. El hacheador baja la cabeza, entrega su madera sin decir una palabra y así hasta la viga siguiente. ¿Qué hacer? A veces hay desquites trágicos, pero el terror al "patrón" es demasiado grande.

Como se comprenderá, Longhi era demasiado hombre para prestarse a esos robos, tanto más viles cuanto que eran contra un pobre peón desamparado, cuyas penurias y rudo trabajo para conseguir una bolsa de grasa o porotos, él conocía bien. De modo que a los quince días había conquistado las simpatías de los peones, a despecho de ellos mismos,

pues, acostumbrados a la eterna mala fe y expoliación de los revisadores de madera, creían sencillamente que su justicia era aparente, ocultando algún engaño. Longhi se daba cuenta de la lógica desconfianza de esa pobre gente, compadeciéndolos desde el fondo de su alma.

El indio, sobre todo, había sido siempre la eterna víctima de los revisadores. En el gran desamparo de su raza y humildad, jamás había podido hacer admitir su madera por la mitad siquiera. Siempre hallaban que sus vigas estaban mal escuadradas, o tenían carcoma o habían sido tumbadas en época de lluvia, siempre algo en su contra. El indio reanudaba mudo su trabajo que apenas le alcanzaba para no morir de hambre, y ya hacía veinte años que duraba su violenta miseria.

De modo que su sorpresa al medir el nuevo revisador su madera, sin robarle un centímetro, no tuvo límite. Como los peones, creyó fatalmente que eso no era sino alguna treta, pero cuando entregó otra viga, y otra y otra, y vio todas justamente medidas, en el alma oscura del salvaje comenzó a entrar lentamente la divina luz de la confianza ciega en un ser humano.

No fue sólo esto. Una tarde, al concluir de medir Longhi un rollizo, y mientras el indio lo miraba, el revisador levantó los ojos y vio que el indio tiritaba, con la cabeza hundida en los hombros.

—¿Qué tienes? — le preguntó. — ¿Chucho?

—Sí — respondió el otro lacónicamente, apartando la vista. En su mirada había una tristeza amarga, fría, de enfermo desilusionado y solo como un perro.

—¿Por qué no tomas quinina?

El indio no respondió.

—¿No hay en el almacén?

—Sí, — murmuró el indio, — pero cuesta muy cara.

—¿Cuanto?

El indio dijo algo bajando la voz.

El revisador soltó un grito de indignación.

—¡Qué crimen! — exclamó mirando a ese ser humano condenado fatalmente a consumirse en su fiebre y sintiendo por el pobre paria una ternura que salía de lo más hondo

de su fortaleza de hombre. Al fin se fue, y Guaycurú lo vio alejarse con una mirada de dolorosa ironía.

—Como todos — murmuró.

Mas al día siguiente tuvo la sorpresa suponible cuando vio llegar a su cobertizo de paja en el fondo del monte, al revisador.

—Aquí tienes, —le dijo éste extendiéndole una gruesa caja— toma dos, una hora antes del chucho. Son cuarenta. Si no te pasa, me avisas.

El indio cogió la caja sin decir una palabra y sin mirarlo.

—Hasta mañana — dijo sencillamente el revisador, alejándose. Cuando había caminado ya una cuadra, sintió ruido de pasos, y vio al indio venir hacia él. Tenía el ceño contraído como si sufriera.

—Quiero saber qué cuesta esto — le preguntó con voz sorda.

—No cuesta nada — le respondió el revisador.

El indio contrajo más el ceño, observándose una por una las uñas.

—¿No es veneno? — murmuró mirándole de reojo.

El revisador comprendió toda la cantidad de sufrimiento, injusticias y desconfianzas que habían agriado esa alma hasta hacerla dudar del más sencillo acto de bondad.

—No, no es veneno — repuso gravemente.

Viendo que el indio continuaba con la cabeza baja, tornó a irse, pero al dar dos pasos, sintió su mano fuertemente oprimida contra una boca y oyó una voz quebrada por los sollozos que le decía:

—Vos sos bueno, patrón; vos sos bueno.

Longhi apartó la mano riéndose para disfrazar la profunda conmoción que sentía.

Desde ese instante, no hubo lealtad y fe más grandes que las del indio. El revisador era sencillamente un dios para él con la fidelidad absoluta de que sólo es capaz un salvaje cuando entrega su alma huraña.

Y esta devoción al revisador, añadida a las simpatías que su empleado inspiraba a los peones, fue el motivo que Alves halló para vengarse hasta las heces de la bilis que le había hecho devorar Longhi. Su hostilidad al revisador, que había

comenzado por celos del respeto que le tenía su gente, se encendió del todo al saber cuánto lo quería Guaycurú y, sobre todo cuando se enteró de que no robaba a sus hachadores. Claro es, lo natural parece que echara sin trámite a un empleado que no le hacía ganar bastante: pero, aparte de que lo que pagaba Longhi era mucho menos de lo habitual, Alves quería sencillamente vengarse.

Así fue que una tarde, el más insignificante pretexto dio pábulo a su emponzoñada venganza.

Volvía Alves del puerto a caballo, cuando cerca del obraje encontró a Guaycurú. Alves detuvo su cabalgadura.

—¿Qué haces a esta hora, haraganeando por la picada? — lo increpó.

—Nada; voy al almacén a buscar harina — respondió el indio deteniéndose tembloroso.

—¿Harina? ¿Y no llevaste el sábado?

—Sí, pero se me mojó.

—¡Se te mojó! ¡Maldito seas! ¿Entregaste madera?

—Sí.

—¿Cuánta?

—Un lapacho.

—¿Cuánto?

—Doce pies.

Alves dio un violento golpe con el puño en la cabezada del recado.

—Claro, catorce pies. ¡Que no te vuelva a ver en la picada a estas horas, bandido!

El indio murmuró, con la cabeza más baja aún:

—Entregué el sabado también...

—¡Qué me importa tu sábado y tu madera! Lo que quiero es que trabajes. ¿Eh? ¡Ven conmigo! Vamos a ver tu estúpida viga.

Se pusieron en marcha; Alves no hablaba, pero su rostro innoble continuaba contraído. Cuando llegó, bajó del caballo, tiró violentamente las riendas al suelo, seguro de que había allí diez personas que se iban a precipitar sobre la rienda del "patrón" Alves, y fue a la planchada con el indio. Observó la viga labrada por aquél, y al fin levantó la cabeza,

fijando en Guaycurú su mirada animada de fuego sombrío que anunciaba una tempestad de ira.

—¿Y esta es la madera que traes? — dijo dando un ligero golpe a la viga con el pie.

El indio, helado, no despegó los labios.

—¿Quién recibió esta madera?

—Patrón Longhi.

—¡Aquí no hay más patrón que yo, bandido! — clamó Alves, poniéndose rojo. — ¿Oyes? ¡Yo soy el único patrón aquí, yo, yo! ¡Todos los demás son unos bandidos, todos! ¿Entiendes? ¡Todos!

Esto último lo dijo dirigiéndose a los peones y empleados que oían a corta distancia. Tal era el tiránico dominio que tenía Alves sobre su gente, que ninguno levantó la frente. Los peones se miraron de reojo; los empleadores hicieron como si no se tratara de ellos. Pero los truenos eran demasiado violentos para que el rayo no estuviera cerca.

—¡Patrón Longhi!... —prosiguió Alves incapaz ya de contenerse. — ¡Yo no sé si es patrón en su maldito país! ¡Pero el que ha recibido esta maldita madera es un bruto! ¡Sea Longhi o quien sea! El que...

Iba a continuar, pero Alves notó que las miradas de todos se dirigían a la gran picada que quedaba a sus espaldas, y volviéndose, vio a Longhi que llegaba del monte con tranquilo paso. Aunque estaba a media cuadra aún, era imposible que no hubiera oído, dado el silencio del paisaje. Los empleados cambiaron una rápida mirada entre sí. Pero ya Alves había llegado al rojo blanco. Al ver a Longhi se detuvo y durante dos segundos pudo verse retratada en su semblante la lucha entre su temor y su odio a Longhi. Este último triunfó.

—¿Quién ha recibido esta madera? — preguntó dirigiéndose a los empleados, como si lo ignorara.

—Yo fui — respondió Longhi, seguro de que esta vez era decisiva y metiéndose desde ya las manos en los bolsillos para contenerse más.

—¿Usted? — preguntó Alves, volviendo a él desdeñosamente la cabeza. — ¡Usted no sabe lo que es madera entonces!

—Creo que sí, sin embargo — repuso tranquilo Longhi. — ¿Qué tiene? — añadió acercándose a la viga.

—¡Nada! ¡Completamente comida por dentro!

Longhi se agachó y golpeó la viga con los nudillos en distintas partes.

—No me parece — dijo.

—¡No le parece! ¡Lo que me parece es que usted me ha estado robando el sueldo: eso me parece!

Los empleados, recordando el incidente anterior entre Alves y Longhi, se estremecieron y abrieron bien los ojos para no perder detalle de lo que iba a pasar.

Pero Longhi se había agachado de nuevo, como para examinar más de cerca aún la viga. Cuando se incorporó estaba pálido todavía.

—¡Además — prosiguió el brasileño — eso no es escuadra! ¡En su tierra tal vez, pero entre gente honrada, no!

Esta vez parecía haber pasado el límite del profundo dominio que de sí mismo tenía Longhi; pero todavía volvió a doblarse sobre el extremo de la viga, puso su ojo a ras de un canto y confrontó un rato. Se irguió de nuevo. Esta vez estaba lívido.

—Perdón — dijo con una calma espantosa—, esta viga está bastante a escuadra.

—¡Ah! ¿*vosé* cree que está a escuadra? — exclamó, olvidándose, en su ira del *usted* español. — ¡Usted es tan ladrón!...

Pero no pudo concluir. Longhi, con un grito ronco en que había explotado toda su indignación contenida hasta ese momento por un formidable esfuerzo de voluntad, había lanzado su mano seca y nerviosa sobre la cara de Alves. El golpe fue recio y sonó como un estallido. Alves tambaleó, llevándose la mano a la boca ensangrentada, y un segundo después daba un salto atrás, revólver en mano. Apuntó al pecho de Longhi y lanzó una carcajada sarcástica, estridente.

—¡Ah, ah! Parece que ahora se acabó todo, ¿eh? Parece que tenemos los instantes contados, ¿eh? ¡Ladrón! ¡Ladrón!

Longhi, las manos de nuevo en los bolsillos, estaba inmóvil, blanco como el papel, mirando de hito en hito a su agresor.

—¡*Vosé* es un cobarde! — rugió Alves, a quien la nueva prueba de serenidad encendía más en ira. — ¡Lo voy a matar como a un perro! ¡Ladrón!

Al oir por triple vez este insulto, los brazos de Longhi hicieron un movimiento convulsivo, al que respondió Alves instantáneamente con el suyo en que esgrimía el revólver. Pudo verse claro, por la contracción de su semblante, que apretaba el gatillo; y ya iba el tiro a salir, cuando Guaycurú cayó con un salto de tigre sobre Alves, y de un golpe en la muñeca le hizo volar el revólver.

Pero esta vez las cosas cambiaban; ya no se trataba de Longhi.

—¡Agarren este bandido! — rugió Alves.

Los peones, que hubieran titubeado tratándose del revisador, se lanzaron en tropel sobre el indio. En un momento estuvo derribado y agarrotado.

—¡Ese otro ahora! ¡Agárrenme a ese otro! — rugió de nuevo, señalando a Longhi, que continuaba con las manos en los bolsillos. Ninguno se movió.

—¡Canallas! — gritó, con los ojos brillantes por lágrimas de impotente ira, y precipitóse sobre su revólver que había caído a un paso de Longhi.

Pero en el momento en que se iba a apoderar de él, el revisador, con un movimiento tranquilo, puso su pie encima, y cogiendo a Alves de un hombro, lo apartó violentamente de sí. Alves giró y cayó de espaldas.

Es imposible describir la expresión del brasileño cuando se incorporó. Lágrimas de rabiosa exasperación caían de sus ojos.

Longhi, tranquilamente, se bajó, cogió el revólver, y lo tiró a los pies de Alves, que se precipitó sobre él con un ronco grito de triunfo y apuntando al grupo de peones:

—¡Agarren a ese hombre! ¡Al que no se mueva le levanto la tapa de los sesos!

Los peones, dominados, se dirigieron a Longhi, pero éste, encogiéndose de hombros, sacó su revólver y les dijo tranquilamente:

—No sean chicos, quédense quietos. No tienen...

Un estampido cortó sus palabras, al que siguió un grito de dolor de Longhi. El revólver se le cayó, mientras de su mano corría un torrente de sangre. Alves, cuya puntería no

se había desmentido en ese momento, acababa de troncharle tres dedos de un balazo, desarmándolo.

—¡Ligero, átenme a ese hombre! — rugió, volviendo el arma a los peones.

Antes de que Longhi pudiera bajarse, se vio rodeado, sofocado por veinte brazos y sólidamente atado.

—¡Llévenme esos dos bandidos al pozo viejo!

Los peones, aterrorizados, cargaron con los dos prisioneros y se pusieron en marcha.

—¡Ya nos vamos a ver, *seu* Longhi! — gritóle sarcásticamente Alves. — No tenga miedo, *vosé*: no hay agua en el pozo... pero hay otras cosas mejores. En cuanto al otro... ¿Está siempre el hormiguero grande allí? — preguntó Alves a los peones.

Al oir esto, una profunda expresión de espanto se retrató en el semblante de todos.

¿Qué suplicio reservaba Alves a sus dos víctimas, para llegar a detener * a peones acostumbrados a sus venganzas? Es lo que vamos a ver. La gente, con los prisioneros, siguió por la picada grande hasta la primera bifurcación, a 400 metros del obraje.

—¡Alto! — ordenó Alves. — ¡Dejen en el suelo a esos dos!

Los peones tendieron a Longhi y al indio sobre la tierra roja de la picada, y esperaron nuevas órdenes de su patrón. Preciso es decir que desde que el revólver de Alves se había fijado por segunda vez sobre sus pechos, había desaparecido todo titubeo,** rastro de conciencia o de humanidad de sus almas. La amenaza y la voz iracunda bien conocida de Alves, había despertado la fibra de esclavos que había en ellos, y eran ahora diez autómatas de cara embrutecida, apagados, abyectos, que obedecían ciegamente a la voz de Alves.

Había concluído ya en ellos toda simpatía a Longhi, no había ya nada en el mundo fuera de las órdenes de su patrón, y de este modo se aprestaban a ser cómplices y ejecutores del horrible suplicio.

—¡Vean si hay agua en el pozo! — ordenó el brasileño. — Si hay, sáquenla y sequen con arena. No quiero que se resfríe *seu* Longhi.

Los peones se dirigieron al pozo, un pozo abandonado

a los cuatro metros, por falta de agua. Cuando llovía, claro es, recogía unos cuantos litros. Inclináronse sobre su boca pero estaba seco.

—Muy bien — dijo Alves. — Menos trabajo—. Y dio órdenes en voz baja a los peones. Cuatro de éstos fueron al obraje, volviendo al rato con picos, palas y una caja rectangular. Alves abrió ésta y retiró dos cilindros oscuros, dirigiéndose al revisador, tendido de espaldas.

—¡*Seu* Longhi !— le dijo dándole con el pie en la cabeza. — ¿*Vosé* no conoce esto?

Longhi, que tenía los ojos cerrados por el sol, no hizo un movimiento.

—¡Hace mal, *seu* Longhi; hace mal! ¡Si *vosé* se dignara abrir sus ojos, vería que esto es dinamita... dinamita, *seu* Longhi! — apoyó con cortesía.

—Bueno; después abriremos los ojos... ¿y el hormiguero está lleno?

—Sí, patrón — respondió un peón.

—Perfectamente; ahora me toca a mí.

Y diciendo esto descendió al fondo del pozo.

—¡Corten una tacuara gruesa! — gritó de abajo. — ¡Diez pulgadas alcanzan!

Un momento después el trozo descendía. Alves manipuló en el fondo y al rato subió, sudando.

—¡Muy bien! Ahora echen todas esas piedras... las grandes primero... ¡Cuidado!... Perfectamente.

Cuando todo estuvo concluído, Alves volvió a descender solo, colocó los cartuchos de dinamita dentro de la tacuara, ajustó la mecha y trepó de nuevo. Bajo su vigilancia los peones concluyeron de echar piedras, tapando cuidadosamente el trozo de caña, y media hora después la mina estaba pronta.

—¡Ahora el otro! — dijo Alves. — ¡Desnúdenlo!

En un momento el indio estuvo desnudo.

—¡Armen el hormiguero!

Dos peones fueron a éste, y en el instante en que iban a operar, Alves los detuvo.

—¡Un momento! Vayan a buscar la botella grande que está en el depósito; la que tiene etiqueta verde.

Cuando el peón volvió con la botella, Alves se dirigió de nuevo a Longhi con una sonrisa de triunfo.

—¡Vea, *vosé*! Esto que está aquí es trementina... La trementina — añadió, dando suaves palmaditas a la botella — les gusta mucho a las hormigas... solamente que ellas se equivocan y se enojan mucho, *seu* Longhi... Su muy estimado amigo Guaycurú se acordará un poco de esto.

Entonces los peones hundieron sendos palos en el hormiguero, revolviendo violentamente en todas direcciones. El aspecto gris de aquél se transformó instantáneamente en negro profundo; millones de hormigas surgían furiosas, buscando al enemigo que las deshacía. Alves regó al formidable batallón con trementina y los peones reforzaron las ligaduras del indio.

De pronto Longhi, que desde hacía un momento no oía una voz, sintió un alarido horrible de dolor y se estremeció violentamente. Otro alarido sonó, más intenso aún, en que se desgarraba todo el sufrimiento de que es capaz una criatura humana.

—¡Muy bien, *seu* Guaycurú! ¡Muy bien! — oyó que decía Alves. — Esto es muy útil para aprender a respetar a los patrones...

A pesar de su indomable energía, un sudor frío empapó la frente de Longhi.

El suplicio había comenzado. El indio, arrojado desnudo en medio de trillones de hormigas enfurecidas, se enloquecía de dolor. Su cuerpo era una masa monstruosa y negra de hormigas; parecía de carbón. La trementina, matando a muchas, había exasperado a las demás, y sus formidables tenazas devoraban vivo al indio.

Al cabo de un minuto — un minuto es horriblemente largo en tales circunstancias — Longhi oyó de nuevo la voz de Alves:

—¡Un momento de tregua, ahora! ¡Sáquenlo!

El indio fue retirado y sus gritos disminuyeron poco a poco, hasta concluir en sollozos ahogados, sollozos de impotencia y dolor sobrehumanos, de hombre cuya resistencia se quiebra al fin.

Longhi tenía siempre los ojos cerrados; permanecía sin

mover un dedo. Pero dentro de su alma agitábanse como un mar, cuanto de indignación y rabia generosa cabe en un pecho viril. Mas había llegado su turno.

—Ahora, *seu* Longhi, — le dijo Alves, volviéndose de nuevo a él, — ahora voy a enseñarle una cosa que usted ignora. ¿Usted no sabe volar, verdad?

Longhi no respondió.

—*Seu* Longhi, por favor, ¡no sea mal educado! — le reconvino Alves, dándole con el pie en la cabeza. — ¡Le estoy hablando!

El rostro del revisador permaneció impasible; sólo su palidez, esa terrible palidez que ya conocía Alves, invadió su semblante. El brasileño, al notarlo, tuvo una sonrisita de alegría.

—Bien; eso me prueba que usted me oye, por lo menos. Ahora, *seu* Longhi, se trata de volar. Dentro de media hora su protectora persona volará, cosa que no estaba en sus generosos cálculos. Volará tan bien que acaso nunca vuelva, ¿oye? Entonces, como no es justo que viejos conocidos se separen así, sin despedirse, despidámonos, *seu* Longhi.

Y levantando bruscamente su fusta, cruzó de un terrible latigazo el rostro del revisador.

—¡Esta es mi despedida, canalla! —rugió violentamente, olvidando su cortesía, mientras una línea sangrienta surgía sobre el rostro de Longhi.

—¡Lleva este recuerdo mío! ¡A ver, ustedes, — gritó a los peones — coloquen a este sobre el pozo!

Los peones alzaron a Longhi y lo pusieron sobre la mina cargada. Al llenar el pozo de piedras, habían dejado un hueco para que el revisador no pudiera rodar, una especie de ataúd en que fue colocado Longhi. Tumba viva, por decirlo así, en que Longhi iba a contar segundo por segundo sus últimos momentos de vida antes de ser proyectado en pedazos.

Una vez pronto todo, Alves acercóse al pozo y encendió la mecha, que chisporroteó un momento y luego se fue consumiendo lenta, silenciosa y fatalmente.

—Luego de un cuarto de hora — dijo Alves, sacando reloj —cuando falten cinco minutos, coloquen de nuevo al otro

sobre el hormiguero. Es justo que el señor Longhi tenga música.

Unos tras otros, lentos, eternos, Longhi sintió que se iban deteniendo los últimos golpes de péndulo de su vida.

De pronto, el mismo alarido horrible que indicaba el suplicio del indio, rompió el aire puro.

—Faltan cinco minutos aún — murmuró Longhi.

Los gritos continuaban, cada vez más desesperados. Oyó luego ruido de pasos que se alejaban.

—Se van — se dijo. — Dentro de un minuto no viviré más.

Y por primera vez sintió un nudo de angustia en la garganta, al pensar en su madre.

—¡Pobre madre! — murmuró. — ¡No se supondrá la situación en que se halla su hijo! Si ella...

Una formidable explosión desgarró el aire. Un furioso vómito de piedras surgió del pozo, y el cuerpo del revisador, lanzado oblicuamente, cayó sobre la red de lianas vecinas, desgarrándolas, y se desplomó pesadamente en tierra.

4

Eran las once de la noche. Una fresca brisa corría por la picada, y el bosque, lúgubre, se animaba con el maullido de los gatos, la fuga de los venados, el gruñido de los jabalíes. Un gemido humano, sonando inesperadamente, apagó bruscamente el concierto. Al rato una voz quebrada llamó en voz baja:

—¡Patrón Longhi!

Nadie respondió.

—¡Patrón Longhi! — repitió la misma voz quebrada, ronca, deshecha por el sufrimiento, lo único que quedaba de una potente voz de hombre. Lentamente, invisible casi, en la oscuridad de la noche, una sombra se fue arrastrando hacia el pozo. Se detuvo allí media hora, y luego avanzó hacia el linde del bosque. No es posible dar idea de las torturas y horribles dolores que suponía ver a un ser humano arrastrándose de ese modo. De

pronto tropezó con una mano y se estremeció violentamente. La mano estaba fría, rígida, helada.

—¡Patrón, patrón Longhi! — sollozó el indio, dejando escapar de su pecho todo su amor a la única persona que lo había querido. Palpó la cara, el cuerpo noble y yerto del revisador, y abandonándose a su desesperación, lloró en la noche desolada.

Al día siguiente, de madrugada, un peón fue a decir a Alves que ni el indio ni el revisador habían muerto. Alves fue con él y los halló tendidos uno al lado del otro. A pesar de su vileza de alma, un escalofrío recorrió sus nervios al fijar los ojos en el indio. Aquello era una masa hinchada, sanguinolenta, deformada. La fiebre lo devoraba y deliraba en voz baja. Alves se acercó más y observó el cuerpo lívido de Longhi.

—Ese hombre está muerto — dijo.

—No, no está muerto — repuso el peón. — Le late el corazón.

—¿Cómo se puede haber salvado?... — murmuró Alves para sí.

—¿Qué tiene?

—Parece que tiene las costillas rotas.

Alves meditó un momento y volvió al obraje.

—¡Vayan a traer a esos dos individuos! — ordenó.

Cuando vio delante de sí a los dos moribundos, dos vigorosos hombres que su crueldad de déspota había convertido en dos horas en miserables tasajos humanos, un rayo de triunfo, de voluntad omnímoda, encendió su mirada. Las violentas sacudidas de la carreta, exasperando el delirio del indio, habían hecho volver en sí a Longhi, que miró un instante a Alves y cerró los ojos.

—¡Bueno! — dijo Alves con calma. — Ya ha tenido su lección, *seu* Longhi. Espero que le aproveche y aprenda en adelante a respetar un poquito a los hombres que no le han hecho daño alguno. Supongo que algo le habrá pasado cuando las piedras le empujaron y que tal vez se muera. Pero es el caso que no tengo deseos ninguno de vivir bajo el mismo techo con revi-sa-dor la-drón; así, *seu* Longhi. De modo que ahora mismo

lo haré llevar al puerto y dejar en la barranca, y si antes de ocho días pasa un vapor, mejor para usted.

Un instante después, Longhi era subido de nuevo a la carreta, desmayado, y bajado no en el puerto, sino en el rancho del carrero que tuvo compasión de él, a riesgo de arrostrar las iras de Alves. Cuando le contó lo que había hecho Alves se encogió de hombros.

—De todos modos no va a vivir dos horas más.

Pero Longhi vivió, y seis meses más tarde, día por día, tocábale a Alves medirse de nuevo con Longhi, mas esta vez en circunstancias menos favorables para él.

¿Cómo? Lo veremos en seguida.

Salvado milagrosamente de la explosión, Longhi había salido de ella con una costilla rota y horribles contusiones en la espalda. A más los tres dedos tronchados por la bala del brasileño. El viejo hachador cuidó de él como un padre, y Longhi pasó veinte días entre la vida y la muerte. Pero su robusta constitución triunfó, y al fin una espléndida mañana pudo salir afuera, sentándose en un tronco. Estaba muy débil aún, mas la tibieza del ambiente, y el sol que doraba el monte, llegaron a él como un bálsamo de nueva vida y por primera vez después de dos meses de fiebre, delirio y letargo, pudo meditar claramente.

En sus pesadillas de esos dos meses, la figura siniestra de Alves había ocupado un lugar preminente.

Veíase atado sobre la mina y al brasileño riéndose y golpeándole la cabeza con el pie. Y luego el cobarde latigazo, el clamor del indio devorado vivo, toda esta tortura de un hombre que ha pasado dos meses reviviendo profundas afrentas, había amargado profundamente su alma. En vano quería olvidar; una implacable sed de venganza crispaba su ser entero. ¡Ah! ¡Hacerle sufrir un minuto, un segundo nada más, lo que había sufrido dos meses! Soñaba para Alves algo monstruoso, mucho más desesperante que el infernal hormiguero, algo que arrancara a su carne y a su alma torturadas, gritos de animal...

Aquí se detuvo bruscamente en sus pensamientos.

—Sí — murmuró. — ¿Por qué no?... Gritos... ¡Ah, ya nos

veremos! ¡Juan! — llamó al hachero que esa mañana tenía chucho y tiritaba junto al fuego.

—¡Patrón!

—Dígame: ¿usted ha visto alguna vez un tigre manso?

—Nunca; no se puede. El león, sí.

—Sí, ya sé. ¿Pero usted ha visto un león amansado?

—He visto. No uno, muchos. ¿Para qué quiere saber?

—Por nada; curiosidad.

El obrajero lo miró atentamente.

—Mi compadre Cipriano tiene uno — agregó.

Longhi hizo un brusco movimiento, y aquella terrible palidez de antes, cuando era el hombre que hizo bajar los ojos a Alves, invadió su semblante.

Pero esta vez la palidez de Longhi era por debilidad física. Bajó la cabeza y al rato preguntó indiferente:

—¿Es grande?

—No; cachorro todavía.

—¡Ah!

Nueva pausa. De pronto, el ex revisador de madera se levantó, y caminando con esfuerzo hacia el obrajero, le puso la mano en el hombro.

—Oiga, Juan. Necesito que su compadre me venda el león.

Su voz estaba quebrada aún pero su mirada firme y tranquila era la de antes.

—No tengo nada para darle ahora; usted bien sabe. Pero le doy mi palabra de que se lo pagaré.

—Ya sé, patrón — murmuró con profundo respeto Juan.— No necesita decirme eso.

—No importa. Mejor es decirlo. ¿Quiere verlo a su compadre y decirle que me lo venda?

El hachero levantó a el los ojos de severo cariño y de confianza en Longhi.

—Ni mi compadre ni yo le vendemos nada a usted. Usted ha sido con nosotros distinto de los demás. El león es suyo.

—Gracias — repuso Longhi gravemente. — ¿Cuándo lo puedo tener?

—La semana que viene. Tiene que hacerlo él mismo.

El lunes siguiente llegó el león. Era una leona, pero de

poderosa alzada ya. Longhi había preparado una sólida jaula; instaló en ella al animal que rugía al verse separada de su amo.

Esto pasaba en febrero. En junio, la hermosa fiera, ya completamente desarrollada, no se separaba ni un instante de su nuevo dueño.

Son increíbles los prodigios de paciencia, de voluntad y de serenidad que Longhi tuvo que emplear para llegar a aquella domesticidad. La leona se había transformado bajo su cariño e incontrastable carácter en un gran perro lleno de docilidad y ternura para con su amo. Había conseguido Longhi lo que casi todos los domadores obtienen: imponer silencio a la fiera. Un severo chistido hacíala enmudecer, pero preciso es decir que en esta terrible prueba de dominio contra el cual se rebela fatalmente el felino, Longhi estuvo dos veces a punto de dejar la vida. En el hombro tenía cinco profundas huellas de las garras de aquél. Empero, al fin, había logrado dominarla.

¿Qué fin se proponía Longhi, empleando su terrible voluntad, en enseñar a la leona una cosa que no es de ningún modo indispensable, y sí peligrosísima?

Una noche de agosto, vale decir, seis meses después del día en que Alves hizo pagar a Longhi del modo que sabemos su real justicia con los peones, Longhi estaba parado en la picada central, esperando visiblemente a alguien. Al rato, a lo lejos, sonó un lastimero grito de agonía, al que respondió en seguida un rugido ahogado a su izquierda. Longhi se volvió rápidamente al monte y chistó. El rumor se apagó.

Un momento después Guaycurú aparecía en la picada. El indio, salvado por el pánico que en las hormigas había puesto el estampido de la explosión, había tardado mucho más tiempo que Longhi en reponerse. Habían sido cuatro meses de dolores inacabables, llagas que se reabrían sin cesar, pústulas que lo devoraban vivo, una convalecencia atroz, para volver, apenas restablecido, a su mudo trabajo de siempre, y con la amenaza de Alves de recomenzar el asunto de las hormigas a la menor falta.

Longhi no había querido ir a verlo por prudencia. Pero

ahora que tenía un plan maduro, érale indispensable verlo. Lo había mandado llamar por el obrajero.

Apenas se vieron juntos, ellos que habían sufrido la más abominable de las torturas, un turbión de emociones levantó el pecho de ambos. Se miraron bien, y un momento después Longhi sentía de nuevo en su mano los labios fervientes del indio. Ahora había entre ellos un fondo común, indesarraigable: el haber sufrido juntos y arder en la misma sombría ansia de represalias.

Apenas habían comenzado a hablar, un espantoso rugido a dos pasos de ellos hizo saltar a Guaycurú.

—¡Maldita seas! — gritó Longhi con rabia, volviéndose al monte. — ¿Qué te pasa?

—¿Qué es, patrón?

—Nada, una leona que tengo. Esta estúpida...

Y se internó en los árboles. Guaycurú oyó en seguida la voz colérica de Longhi que reprendía. Un instante después salió con la leona.

Y ahora volvemos a la primera parte de esta historia, a la noche tempestuosa en que Longhi, Guaycurú y la leona marchaban hacia el rancho del obrajero.

El ex revisador había encargado a Gauycurú que le enviasen noticias, por el obrajero, del primer viaje al puerto que Alves hubiere de emprender. En la tarde, el hachador lo comunicó a Longhi y la reunión nocturna tenía por objeto concluír el plan de éste.

Llegados a su rancho, hablaron largo rato, y ya de madrugada Guaycurú regresó al obraje. A la noche siguiente volvió a la picada, donde ya le esperaba Longhi. Alves debía pasar por allí, en dirección al puerto.

El tiempo, frío y claro, favorecía los proyectos de Longhi. La luna brillaba sobre la picada, marcando una franja blanca y silenciosa entre el sombrío bosque.

—¿Estás bien seguro de que dijo a la una de la mañana? — preguntó Longhi.

—Sí, a la una. El vapor subió anteayer de tarde, y pasará

hoy de madrugada. Dijo también que no quería perder por nada el vapor.

—¿Con qué peones vendrá?

—Con Raimundo, nada más. El le lleva la valija...

—¡Silencio! — le cortó Longhi en voz baja. — Siento ruido.

Ambos contuvieron la respiración para oír mejor.

—No es nada — murmuró al rato. — A más falta media hora aun para las tres. No pasará por aquí antes de las tres.

La leona, entumecida por el frío, pugnaba por las disparadas locas que su amo contenía.

—Ya entrarás en calor — murmuró.

Lentos, unos tras otros, pasaron los minutos, y llegó el fin del drama. A lo lejos, muy a lo lejos, habían sonado sobre las piedras los pasos de un caballo.

—¡Pronto! — gritó Longhi prestando oído atento — y escóndete en el monte. Si el caballo no lo tira, sal en seguida. Yo me quedo aquí.

El indio, como una sombra fantástica, corrió por la picada y desapareció en la selva. Longhi, después de hablarle un rato a la leona, cogiéndole el hocico entre las manos, como siempre que quería hacerle comprender algo bien, se hundió a su vez con ella en el bosque.

Por la picada, al paso del caballo, marchaba Alves, oculto hasta las orejas en su grueso poncho. Detrás de él seguía un peón, llevando en la cabezada del recado una gruesa valija.

—¡Maldito frío! — murmuró Alves, sintiendo en las orejas las agujas del aire helado. — Con tal que el vapor pase pronto... ¡Vamos! ¡apuremos el paso! — gritó al peón. Y la pareja avanzó al trote.

De repente, un rugido formidable, espantoso, tronó en la selva, al lado de ellos. Alves y el peón dieron un grito. Los caballos, enloquecidos de terror, se levantaron de manos, agitándolos desperadamente en el aire.

—¡Raimundo! — gritó Alves con la voz ronca de miedo y tratando de dominar a su caballo.

—¡No puedo, patrón! El...

Otro espantoso bramido hizo estremecer la selva, poniendo en el alma humana todas las angustias que le comunica la carne a punto de ser devorada.

—¡Patrón! ¡Está ahí! ¡está ahí! ¡Va a saltar! — gritó el peón.

Y Alves sintió en seguida la carrera desenfrenada del caballo de aquél que, enloquecido por el inminente ataque de la fiera, volvía bridas, precipitándose por la picada. Alves lanzó un juramento y trató desesperadamente de desprender su revólver. Pero en ese instante otro bramido sacudió la tierra, en seguida otro, luego otro, y el caballo de Alves, los ojos fuera de las órbitas y empapado en sudor de miedo, dio una formidable espantada, lanzándose a la carrera. El brasileño, desazonado por su ademán, cayó.

—¡Cobarde! — rugió Alves, levantándose.

—No es cobarde, ha hecho bien— oyó una voz tranquila que le respondía.

Alves sintió que sus cabellos se erizaban:

—¡Esa voz!...

—Es la mía, nada más — oyó de nuevo.

Y el brasileño vio de pronto delante de él, con las manos en los bolsillos del pantalón, la silueta inmóvil de su ex revisador.

La frente de Alves se empapó de sudor.

—¡Ah, los muertos no hablan!... — murmuró, buscando furtivamente el revólver. Pero oyó otra vez la voz tranquila:

—Mejor es que no lo saque.

Alves miró y vio brillar al lado de Longhi dos luces verdosas, la lúgubre luz verde de la selva. Un grito se escapó del pecho del brasileño y quedó paralizado de terror.

—Tire el revólver, señor Alves — oyó de nuevo.

Alves, inconscientemente lo tomó para arrojarlo. Pero al tenerlo libre, una mueca horrible torció su boca y su brazo se extendió.

—Tírelo, señor Alves, es mejor.

Por el tono impasible de la voz, Alves comprendió que todo estaba perdido. Tuvo la seguridad plena de que su hora había llegado irremisible e implacablemente, y una explosión de injurias explotó de su boca.

—¡Bandido! ¡Ladrón! ¡Yo tengo la culpa por no haberte hecho desollar vivo! ¡Ladrón! ¡Ladrón!

—¡Guaycurú! — llamó Longhi, como si no hubiera oído.

El indio acudió corriendo por en medio de la picada y se colocó detrás de Longhi.

—Señor Alves, — se dirigió aquél al brasilero, en una voz tranquila en la que el paraje, la luna y la situación daban sombría solemnidad. — Señor Alves, óigame. Hace cinco meses llegó a su obraje un hombre fuerte, sano, que no pedía sino trabajar en paz y vivir lo más tranquilamente posible. Usted, señor Alves, le impidió hacer el poco bien que un hombre honrado puede hacer en su obraje. Usted lo ofendió, lo persiguió, lo torturó, y si este hombre vive aún, es porque seguramente tiene otra misión que la de robarlo, como usted dice. Ese hombre era incapaz de vengarse. Pero hay cosas que amargan demasiado, y si después de una horrible agonía de media hora, hecha con toda cobardía, y dos meses de sufrimientos, ese hombre desea evitar para siempre la tortura diaria de doscientos peones, ese hombre no hace sino su deber. Le queda un minuto de vida, señor Alves.

El brasilero, despavorido, cayó de rodillas.

—¡Perdón, perdón! — gritó.

—Lo mismo le pedía Guaycurú.

—¡No lo voy a hacer más!

Longhi se sonrió imperceptiblemente.

—Guaycurú — dijo al indio. — Acércate que te vea bien la cara.

Pero Alves se levantó de un salto.

—¡Bandidos! — gritó. — ¡No estoy muerto aún! ¡No me importa nada del indio! ¡Esto es para el ladrón de mi madera!

Y echando rápido la mano al revólver, que había guardado inconscientemente, lo descargó sobre Longhi. La puntería, desviada por la precipitación de Alves, falló.

—Señor Alves — dijo Longhi con la voz temblorosa. — Vaya al medio de la picada.

Había tal indignación y voluntad incontrastable del otro mundo en la voz de Longhi, que Alves obedeció como un autómata.

Y en un segundo estuvo derribado. La leona, a una señal

de Longhi, había caído en un salto sobre él y lo sujetaba bajo sus potentes garras. Longhi, con las manos en los bolsillos, se detuvo a su lado.

—¡Me mata, me mata! — clamó Alves.

—Todavía no — repuso Longhi tranquilo. — Dentro de un cuarto de hora, sí.

Alves, bajo las garras de la fiera inmóvil, cuyos ojos lúgubres, fijos en los suyos, a diez centímetros, le enloquecían, vivió un millón de siglos de terror en ese cuarto de hora.

—Falta un minuto — dijo Longhi.

Alves, ronco, no podía gritar más.

—Faltan diez segundos — repitió la misma voz inexorable.

En cada segundo final, Alves purgó hasta las heces sus treinta años de pillaje. De pronto Longhi dio una imperceptible palmada en el lomo de la leona y en el silencio se propagó claro por la picada, fría y blanca de luna, el crujido de la cabeza de Alves que acababa de partirse entre los dientes de la leona.

A una nueva palmada, el animal abandonó su presa, gruñendo. Longhi, inmóvil, miró un rato el cadáver de Alves, y luego, con un suspiro, se alejó. Guaycurú y la leona iban con él.

En la barranca del río, Longhi y Guaycurú esperaban que llegara el vapor. Cuando se divisó de lejos el humo de una chimenea, Longhi se internó en el monte y ató a su leona. ¿Qué le dijo? ¿Qué removidas ternuras no había sentido al dejar a su animal, a cuya vida íntimamente ligada a la de él cinco meses, acababa de sellar la suya con sangre?

Salió del monte con la cara contraída. El vapor llegaba ya, y Longhi le hizo seña de que parara. Desprendióse la chalana, y Longhi se aprestó a subir.

—Adiós, patrón... — dijo Guaycurú con la voz ronca y bajando los ojos.

Pero Longhi, profundamente conmovido, lo abrazó estrechamente. Ya nunca más se verían. Subió. Un momento después llegaba al vapor y éste partió.

Longhi tuvo los ojos fijos en la costa, donde el indio continuaba mudo, desesperado, hasta que la distancia lo borró. Entonces, recostado en la borda, mientras el vapor descendía el río, revivió, mirando la lúgubre selva, todas las angustias de esos últimos meses en que había dejado muchas esperanzas que ya no recuperaría, un oscuro y fiel amigo, y una leona que, ronca ya, rugía desesperada a su amo que la abandonaba.

EL MONO QUE ASESINO

1

La terrible aventura comenzó en el Jardín Zoológico, una mañana en que nuestro hombre se paseaba bastante aburrido de una jaula a otra. Sus pasos lo llevaron ante el puerco espín, personaje tan espinoso como modesto, pues casi nunca se lo ve fuera de su gruta: arrancáronlo de ahí para detenerlo ante las víboras adormecidas, y luego, pisando una rama seca aquí, mirando distraído allá, Guillermo Boox se detuvo en la jaula de los grandes monos, justamente ante la del pseudo gibón ceniciento al que acompañaban dos pequeños monos

de Gibraltar, llamados "monas" con gravísima ofensa para los machos de la especie.

Este gibón, que se sentaba cruzado de piernas en el borde de la jaula, serio, aburrido, filosófico, murió en 1907, atribuídamente de pulmonía, como Sayán. Ocupaba la jaula oeste del redondel, y era el único mono que valía algo en el Jardín, pues solamente en su jaula se leía: "Precio de este animal $ 600."

Ahora bien: este mono, durante los veinte días que duró su presunta enfermedad, no estuvo en la jaula por la sencilla razón de que había sido robado. Y quien fue a morir en ella, con una feroz puñalada en el cuello, sin conservar de hombre más que el alma, fue Guillermo Boox.

Todo esto en circunstancias tales, que lo que al principio fuera entre Boox y el gibón un extrañísimo episodio, convirtióse después del robo en muy otra cosa.

Así, nuestro hombre habíase detenido ante la jaula del gibón. El mono, cruzado de piernas como de costumbre, y sujeto de los barrotes de la jaula, miraba hacia afuera con una expresión si no de observación, por lo menos de aburrimiento; y como el aburrimiento viene siempre en pos de la mucha observación, el mono observaba en verdad.

Nuestro hombre así lo supuso, y como él estaba también fatigado de eso y de caminar, diose vuelta para sentarse. Y en ese momento oyó:

—*El río está creciendo.*

Instantáneamente, Boox sintió una agitación extraordinaria, como si esta frase suelta hubiera respondido a alguna preocupación suya, agudísima, pero tan vaga y lejana que apenas fue un relámpago. Boox se detuvo, y aunque tenía idea de que estaba solo, volvió la cabeza atrás, y se sacudió de arriba a abajo; no había nadie. No había nadie, a excepción del gibón que continuaba mirando vagamente el aire.

Y recién entonces recordó el timbre especial de la voz. Nuestro hombre quedóse un rato estremecido, observando fijamente al mono. Al fin, sin apresurarse, cambió de lugar y se colocó en la visual del cuadrumano, interceptando su mirada con sus ojos. Durante un minuto ni el uno ni el otro

pestañeó. Boox concentraba en su mirada todo cuanto de voluntad, experiencia y potencia adivinativa cabe en el hombre; pero el mono, sin las pretensiones filosóficas del otro, devolvíale impenetrable su mirada.

Boox se irguió, bastante acalambrado; retrocedió de espaldas sin perder de vista al gibón y se dejó caer en el banco, la cabeza agitada por un huracán de ideas. El mono, el gibón, el diablo ese, había hablado; de ello no tenía la menor duda. Pero ¿por qué: *El río está creciendo*? ¿Qué quería decir?...

Y tuvo que interrumpirse; en el fondo de la jaula apareció una mona, que tras rápido examen del paisaje, desgraciadamente igual al de todos los días, comenzó a entretenerse con las pulgas del gibón. Éste, siempre impasible, hizo:

—Iu... iu... iu...

Así al menos lo entendió Boox. La mona, de un salto, cayó sobre los barrotes del centro, y fijando los ojos en Boox, lo observó un largo rato levantando las cejas sin cesar. Luego volvió al lado del gibón, apelotonóse contra él y comenzó entonces el diálogo más precipitado que haya oído Boox en su vida. La mona gesticulaba, volviéndose a cada instante a Boox: éste mirando siempre al aire, respondía con parcas palabras.

Esto estaba muy bien: pero la frase aquélla, dirigida a *él*, ¿qué era? ¿Por qué él había sentido?...

Y de golpe oyó:

—*Abran la puerta.*

Boox saltó sobre el banco, y como la primera vez, sintió una angustia intensa y también asombrosamente lejana. Quedóse crispado tratando desesperadamente de recordar. Del fondo, del más recóndito hueco de su memoria surgía un no sé qué que respondía en un todo a esa orden. Tenía la sensación nítida de que él debía hacer algo, algo urgente que lo angustiaba. ¿Pero qué?

Miró a todos lados: las jaulas, el puente, el Jardín Zoológico, Buenos Aires... ¿Qué tenía que ver un *río que crece* y una *puerta* con él? Y sin embargo, él sabía, sabía bien que *debía haber tenido* que hacer algo...

Dejóse de nuevo caer en el banco, la cabeza entre las manos.

Y oyó otra vez:

—Ibango el león.

—Sí, sí; ¿pero dónde? —gritó Boox fuera de sí, dando un salto. Durante cinco minutos se mantuvo alerta de terror, presto a una desenfrenada carrera. Y recién entonces se dio cuenta de lo que hacía: había respondido al mono; su vida entera habíase sacudido hasta lo más íntimo por lo que el mono dijo. Y ahora precisaba: no era de uno de los leones del Jardín de quienes había sentido miedo; era de los *otros* porque el río *crecía*...

Como se comprende, lo que pasaba a Boox era suficiente para trastornar la cabeza más sólida. Y con este agravante: los monos vecinos no parecían oir al gibón; él sólo lo oía y comprendía... Tornó a sentarse, y durante dos largas horas no se movió, mirando obstinadamente al gibón. Pero el animal, siempre cruzado de piernas y la vista vaga, no volvió a hablar.

Boox se fue al fin, alejóse paso a paso, pues llevaba esta verdad rotunda: había un mono, un mono cualquiera de Jardín Zoológico, un mono comprado en cualquier parte, que el público veía indiferente todos los días porque era tan estúpido como los demás. Y este mono tenía sobre él una influencia poderosísima.

Para deducir la luz posible de esta extraordinaria cosa, Boox planteóse el problema de este modo:

1º Había un mono que hablaba.

2º Hablaba para él sólo. (Jamás, por lo menos, había oído decir que un mono de nuestro Jardín hablara).

3º Decía frases sin sentido.

4º Y estas frases sin sentido tenían para él un profundo significado, del cual no alcanzaba a darse clara cuenta, pero que sacudían lo más remoto de su memoria...

¡Su memoria! ¡Pero éste era el punto directamente herido! Sí, él había hecho algo antes, pero muchísimo antes, que respondía en un todo a la frase del mono. *El río está creciendo... abran la puerta...* Boox se detuvo, y trató, hundiéndose en el abismo de su memoria, de recordar qué era eso...

No, no sentía nada ahora. Había visto crecer a los ríos y abrir muchas puertas; pero no eran ellos. Al reanudar la marcha advirtió que se había detenido frente a la jaula de los leones. *¡Ibango el león!*

Tampoco eran esos los leones que lo habían aterrorizado. Y entonces cayó de pleno en lo más extraño de todo: él sabía qué quería decir *ibango,* puesto que había respondido en seguida: "Sí, sí: ¿pero cómo?"

Es de suponerse, ahora, lo que —para un hombre sensato— puede significar este pequeño misterio: entender una lengua que no se conoce, expresada por un mono, y sentirse agitado como un títere por lo que éste dice.

Pero si, como se ha dicho, Boox era una persona sensata, hay cosas muy superiores a la cuerda razón. El estado de Boox, subordinado a un cuadrumano, no era alentador. E insistiremos en lo que para nuestro hombre tenía de más chocante la aventura. Si se tratara de un mono especial, rarísimo, ello podía acaso halagar a un bimano; pero sentir su vida ligada a un gibón cualquiera, manoseado por peones y cuidadores, porque era un mono como todos los demás, es profundamente denigrante.

De este modo Boox hizo cosas de las cuales jamás se hubiera creído capaz. En pos de cuatro días de lecturas enseñadas en cuanto puede decir Brehm* sobre monos, y de otras tantas noches repletas de sueños, y éstos de monos, monos y monos, perdió Boox el último resto de sensatez que le quedaba con esa historia, y fue la quinta mañana a ver a un amigo suyo, asiduo de círculos espiritistas.

—Necesito que me des una recomendación para doña María.

El amigo, extrañado, pues siempre había dudado Boox de esas cosas, lo observó temiendo una burla. Pero como la expresión de un sujeto que ha soñado la noche entera con monos no debe ser común, el amigo repuso inmediatamente:

—Cuando quieras.

—En seguida.

—Si no hay urgencia, mejor es el domingo: el fluído...

—No, no: necesito ir en seguida. ¿Puedes darme una tarjeta ahora mismo?

El amigo escribió dos líneas, y una hora después Boox sometía a la intérprete espiritual, este problema:

"¿Qué relación hay entre la vida *pasada* de Guillermo Boox y *el río est creciendo, abran la puerta* e *ibango el león*?"

Al cabo de diez minutos llególe la respuesta. La primera frase significaba el rápido desarrollo que había tenido el cuestionante en su juventud (el río era la vida); la segunda significaba la buena instrucción que el mismo Boox había recibido (la puerta de la ciencia) y la tercera más difusa, quería decir, que los espíritus, fuertes de poder (león: fuerza), velaban siempre por Boox.

Boox quedó bastante iluminado en lo que concierne a las buenas intenciones que para él tenían los espíritus, y muchísimo más a oscuras que antes sobre aquel misterio. Pagó, con todo, y el tormento recomenzó. ¿Cuándo, cuándo podría saber eso?

Tan bien lo hizo, que el gibón el maldito mono cenciento, concluyó por echar afuera sus otros pensamientos. Pasábase nuestro hombre las horas escribiendo frases similares a las que oyera a aquél: "el arroyo baja..." "cierren la ventana..." "la tormenta llega..." "ibango diez tigres...".

La cosa es ridícula, bien se ve; pero entendemos que nada es ridículo para explicar por qué lo que dice un mono nos hace desmayar de angustia.

Todas las frases lo dejaban frío. Hízolas componer a un amigo. El amigo se rió de ese capricho y le dijo en un momento cien historias de ríos, puertas y leones; igual resultado. El amigo, sin embargo, lo miró al final con suma atención, porque quien así propone cosas de locos, está a un paso de serlo. Esta era también la modesta opinión del mismo Boox.

Entre tanto, iba todas las mañanas a sentarse frente a su gibón, y allí pasaba las horas inmóvil, observándolo. Durante cuatro días consecutivos el mono no había pronunciado ni una palabra. Algunas muecas, eso sí; mucho aire filosófico a pierna cruzada también; pero nada de frases.

Y un sábado de mañana, mientras Boox, meditabundo, hacía con el pie correr la arena de un lado para otro, oyó al mono:

—*¿Cuántos quedaron?*

—¡Cuatro! —repuso instantáneamente Boox. E instantáneamente también saltó, a punto de gritar. ¡Había vuelto a responder al mono! Le había respondido sin darse cuenta de lo que hacía, pero sintiendo que él *sabía* qué cosa preguntaba el gibón; la prueba es que había respondido ¡cuatro! *¿cuatro* qué? Y de nuevo el recuerdo lejano de haber hecho algo... ¿Qué, por Dios?

Las manos crispadas en la baranda, ahora, devoraba al gibón con los ojos; pero el maldito torturador, sujeto de los barrotes, continuaba mirando el enrejado porque estaba delante de su vista.

Boox comprendió sencillamente que era imposible seguir viniendo mientras no desentrañara esa horrible cosa. Y como ello no era fácil mientras no tuviera al mono consigo, decidióse apoderarse de él, comenzando por el medio más obvio: comprarlo. Fue pues a hablar con el director del Jardín. Hallólo en compañía de las jirafas, a las cuales regalaba con tortas de cebada y azúcar.

—Desearía saber —comenzó Boox con la voz del mono aún en los oídos— si se venden los animales del Zoo.

—Algunos, sí; los ejemplares repetidos.

—Me refiero a un mono ceniciento, el gibón de la jaula circular.

—Ese no es gibón.

—No importa. ¿Hay otro ejemplar?

—No, señor, es único.

—¿Entonces no?...

Es de creer que el director no tenía esa mañana grandes deseos de hablar. Miró a Boox de soslayo, y para cortar la conversación y proseguir con sus jirafas:

—No se vende.

Boox dijo entonces con la garganta bastante seca:

—Daría setecientos pesos.

El director apartó de nuevo sus ojos del hocico de la jirafa y repuso con entonación un tanto admirativa, para que el importuno comprendiera que quedaba roto todo trato:

—¡No se vende, señor!

Boox, confuso, se retiró. Al cruzar el puente echó una ojeada al gibón, y ante el recuerdo del lazo profundo y misterioso que lo unía con el maldito cuadrumano, resolvióse, ya que no se lo vendían, a un medio tan eficaz como el otro: robarlo.

Robar un animal del Jardín Zoológico es tarea sumamente difícil, tan difícil, que considerados los deseos que de ello habrá habido más de una vez, nunca se ha llevado a cabo. Al decir nunca, exageramos, pues Boox robó el gibón, lo robó en persona, sin dejar de él más que su recuerdo y un inequívoco olor a gibón en la jaula que ocupó.

2

Una tarde, veinte días después de la entrevista de Boox con el director, éste recibió una carta así concebida:

"Señor Director:

Creo deber mío participarle que se va a robar uno de los grandes monos de la jaula circular. Supongo que ésto es suficientemente explícito. — *N. N.*"

Por una asociación de ideas bastante feliz, el director, apenas leída la carta, recordó al individuo que cierta mañana le propuso comprar al gibón. Hum... se dijo. Dios me perdone si el comprador intempestivo no tiene mucho que ver con esto.

Sin embargo, un director de Jardín Zoológico conoce bien a su personal. Estaba seguro de él, y sobre todo de los cuidadores de monos. ¡Robarle un mono! ¡Tendría que ver! A pesar de todo, y aunque riéndose de tan ridícula probabilidad dirigió sus pasos a la jaula en cuestión. El sol caía ya, y los peones se ocupaban en ese momento en encerrar a los monos.

Entró en el recinto y echó una ojeada certera a puertas y rejas, y se sonrió: no había que temer. Pero los anónimos son cosa más fuerte que la sonrisa de un director de Jardín Zoológico, y éste fue también el parecer del aludido. "—Por algo

sin embargo me han hecho la denuncia– se dijo pensativo. –Podría tratarse de un loco, pero ni el estilo ni la letra son de loco. Y en cuanto a un bromista, no los hay con esta concisión"

En consecuencia y so pretexto de higiene, hizo a los peones dos o tres preguntas. Los hombres tenían la cara de siempre; pero no en balde se reciben anónimos. Parecióle –vaguísimamente– que uno de ellos no lo miraba bien a la cara. Con todo, había a los dos días logrado olvidarse de todo, cuando recibió otra carta:

"Creo debo comunicar por segunda vez al señor director que uno de los monos, el ceniciento, va a ser robado antes de cinco días. – *N. N.*"

"¡Hum!... –tornó a murmurar el director–; esto tampoco huele a burla; un sujeto que escribe así, ha pasado ya de la edad y del espíritu de la broma". Y dado que para el director era lógicamente imposible una tentativa de robo que no surgiera de adentro, su desconfianza del peón de mirada esquiva se acentuó. Sería menester vigilarlo y ordenar especial atención a la ronda nocturna.

Y esto tanto más, cuando al día siguiente un amigo suyo envióle una tarjeta así concebida:

"Muy estimado amigo:

Tengo el placer de enviarle al portador de ésta, un pobre hombre cargado de hijos y de quien tengo los mejores informes, por si pudiera darle usted cualquier ocupación ahí.

El amigo que me lo recomienda parece que ha sabido, por haberlo oído accidentalmente a los peones, que se trata de robar uno de sus monos y se va a aumentar la guardia. Si llega a servirle para el caso, colmará los deseos de su amigo.

R. Martínez."

–Perfectamente –murmuró el director una vez concluída la lectura. –Perfectamente. Por algo me había parecido que el cuidador aquel evitaba mirarme. Y tras una rápida ojeada al

portador, personaje que no le importaba por el momento ni poco ni mucho, le dijo:

—Tenga la bondad de esperarme un instante.

Y fue a la jaula de los monos.

El pobre diablo de recomendado quedóse inmóvil; pero cuando el director se hubo alejado, una sonrisa sutil dilató sus labios.

—No me ha reconocido —se dijo—. Tenía un miedo horrible de eso. Ahora va a estar seguro de que los peones piensan robarle el mono, pues como él no ha hablado a nadie de eso, si algo se ha sabido afuera es porque lo han conversado entre ellos. Los peones se van a enojar, él creerá entonces legítimas sus dudas, y se redoblará la vigilancia nocturna, para lo cual estoy yo. Y como también desconfiará de mí, haremos de modo que hoy mismo termine la historia.

Entretanto el director había llegado a la jaula, e interpelaba bruscamente a los cuidadores.

—¿Quién de ustedes ha dicho que se piensa robar un mono aquí?

Los cuidadores quedaron con la boca abierta.

—¡Abrir la boca no es responder! —prosiguió el director irritado. —Se ha sabido por ustedes que se piensa robar un mono. ¿Quién lo ha dicho?

—Yo no he dicho una palabra; no sé nada —contestó uno.

—Yo no he hablado a nadie de eso —agregó otro.

—¡Muy bien, muy bien! ¡No acuso a nadie! Pero les advierto que no quiero chismes de ninguna especie.

—Aquí no ha habido chismes —murmuraron los hombres malhumorados.

—Chismes o no, de aquí ha salido eso. ¡Y vuelvo a repetirles que no quiero historias ni de monos, ni de nada, les advierto!

El director se fue; convencido más que nunca de que si algo había, ello se tramaba en las inmediaciones de la jaula. No creía en la culpa directa de los peones, pero sí en su complicidad. Dispúsose a reforzar la vigilancia nocturna, pues sólo de noche era posible un robo.

Y se acordó entonces del sujeto que le recomendara su

amigo. La tarea que le podía encomendar no era de las más honorables, si se quiere, pero no disponía de otra cosa.

Abordó pues a nuestro hombre, que esperaba tranquilo. Pero al mirarlo más detenidamente, el director tuvo una ligera sacudida: esa cara tenía algo que ver con el cuento del robo.

—¡Se acabó! —se dijo Boox. —Me ha reconocido.

Y su expresión de desolación ante la inminencia de una catástrofe fue tan visible, que el director la atribuyó al efecto que causaba al pobre hombre su propia expresión aún irritada por el asunto de los peones.

—El pobre diablo cree que lo voy a despedir —díjose compadecido.

Por todo disfraz de rostro, Boox no había hecho sino quitarse los anteojos. Pero ya se sabe cómo cambia ésto la fisonomía de una persona miope. A más, barba de diez días. Y sobre todo, Boox recordaba bien que durante su entrevista anterior con el director, éste había observado mucho más el hocico de sus jirafas que su propia cara.

La fugitiva impresión del director se desvaneció del todo delante del pobre hombre ese, padre de muchos hijos y recomendado por un amigo.

—Muy bien —le dijo rompiendo la tarjeta—. Por el momento no tenemos puesto vacante en el jardín. Algo se podría hacer, mientras hallamos cosa mejor...

—Sí señor; cualquier cosa —repuso Boox.

—Perfectamente; se trata de vigilar de noche cierta jaula. ¿Le conviene?

—Sí señor: ¿desde cuándo?

—Desde esta misma noche.

Una hora después, Boox recibía órdenes, un revólver y un palo.

—De este modo —se dijo el director ya en la cama— mis amiguitos los cuidadores meditarán un momento antes de aproximarse a la jaula. Y si el nuevo guardián nocturno resulta un pillastre, a pesar de sus ocho hijos y la recomendación de mi amigo, mañana lo estudiaremos bien.

No tuvo tiempo, pues Boox había previsto perfectamente que, dada la falsificación de la tarjeta y otros detalles, no podría estar más de una noche. Pero una noche basta a un in-

dividuo que cuenta con la casi complicidad del objeto a robar.

Su plan, en dos palabras, había sido éste:

El mono no podía ser robado sino por un guardián nocturno. No pudiendo Boox ser guardián, por no existir vacante, era preciso hacer crear un puesto especial para él que le permitiese íntimo contacto con la jaula circular .

Entonces urdió el complot. Fue él quien escribió al director las dos cartas sobre tentativa de robo. El simple objeto era hacerle desconfiar de los peones — una pequeñísima desconfianza, si se quiere. Habló luego encarecidamente a un amigo, que a su vez lo era mucho del director, de la desesperada situación de un pobre hombre conocido suyo, padre de ocho hijos de cuya honradez respondía. Había oído decir que se aumentaría la guardia del Jardín, pues se intentaba un golpe contra uno de los monos más valiosos.

Leyendo la alusión al robo, el director, que ya estaba prevenido por sus dos anónimos, no podía menos que desconfiar de peones y guardianes, y emplearía con ese objeto al pobre diablo. Cuando un amigo recomienda calurosamente, difícilmente se duda de la honradez del recomendado, y éste había sido el caso con Boox.

El director, cierto es, algo había temido esa noche: pero no entraba en los cálculos de Boox permitirle una segunda reflexión.

Todo esto en lo que se refiere a la primera parte del complot. Sobre la segunda, sobre el robo mismo, tenía ideas mucho menos definidas. Contaba sobre todo con dos cosas adversas: los chillidos del gibón, porque indudablemente no dejaría de gritar, y el posterior paseo con un mono a través de la ciudad. Pero Boox sabía que en la Plaza Italia hay coches nocturnos, y que los cocheros suelen dormir en el pescante hasta que se los despierta desde adentro. No verían nada, por lo tanto. Quedaban los gritos. Y para eso Boox confiaba en lo que tenía a su favor: la complicidad del mono. Cuando un animal tiene la facultad de hablar únicamente delante de un individuo, y lo que dice conmueve profundamente el alma y la carne del ser extraordinario que oye, cabe suponer un lazo profundo entre esos dos seres. Y Boox, estremeciéndose aún al recordar sus angustias, se preguntaba: "—¿Querrá venir con-

migo? ¿gritará?" No lo creía. Pero lo que tampoco creía Boox, es que ese lazo extraño que lo unía al mono, pudiera llegar a acarrear la enloquecedora consecuencia que tuvo.

3

Eran las dos de la mañana. La noche estaba oscura y sumamente fría. El jardín dormía en silencio. De vez en cuando el chillido de un águila, el rugido de un león rompían aquél. Allá en el extremo opuesto, otro animal contestaba, y al rato todo volvía a caer en profunda paz. La ronda sobre todo era denunciada con graznidos de inquietud, gruñidos sordos, que se apagaban en cuanto la ronda proseguía adelante.

Boox, con su sobretodo grandísimo que le tapaba las manos y dejaba al aire el cuello —no hay cosa que dé mayor sensación de pobreza que un sobretodo así— paseábase frente a la jaula circular. Tres veces había llegado hasta él la ronda nocturna.

—¿No hay novedad?

—Ninguna, había respondido Boox.

Ahora esperaba a aquélla que debía llegar de un momento a otro. Pasaron sin embargo veinte minutos, que a Boox parecieron diez horas, pues tenía los pies helados. Llegó al fin la ronda, tampoco había novedad, y los hombres se alejaron hacia la pagoda de los elefantes. Cuando los pasos se perdieron y hubo corrido un minuto, Boox pasó la barrera y con una ganzúa forzó la cerradura de la puerta.

Ya estaba adentro, pero no veía nada. Mas por mínimo ruido que hubiera hecho, un mono lo sintió y lanzó un brusco chillido. Boox quedóse inmóvil, conteniendo la respiración y los latidos de su corazón. Sentía que los monos todos se habían despertado, y con el oído atento escuchaban. Pasaron así cinco, diez, quince minutos de angustia. Y de pronto Boox comprendió su error: había entrado sigilosamente, provocando un natural terror en los monos. Debía a costa de todo mostrarse. Bruscamente encendió un fósforo, haciéndolo girar alrededor de su cabeza. Y en seguida una serie de golpes sordos le anun-

ció su éxito: los monos se habían lanzado adelante y estaban con la cara pegada a los barrotes, muertos de estupefacta curiosidad.

Sin apresurarse fue a la jaula de su gibón, descorrió la llave y apagó el fósforo. Quedóse de nuevo inmóvil. Alrededor de él, en las tinieblas, sentía siempre a los monos, atentos. Un cinocéfalo comenzó a bramar sordamente. Boox no se atrevía a encender otro fósforo por temor de que se pudiera ver el reflejo de afuera. Pero debía ahogar otra vez el creciente espanto de los monos. Y se decidió a hablar:

—¡Cuidado con hacer barullo! —ordenó en voz baja, suponiendo que los monos estuvieran acostumbrados a esta frase. Mas el efecto que le hizo a él mismo su propia voz, dirigida en la oscuridad a los monos, fue bastante fuerte.

Abrió temblando la puerta de su jaula, y antes de que su mano se hubiera introducido en ella, sintió en su garganta las dos férreas manos del gibón.

—¡Maldición! —rugió Boox ahogándose. Y mientras con sus manos cogía las muñecas velludas, hundió violentamente el puño en la dirección del gibón.

El golpe fue brutal: las manos se desprendieron de la garganta y el mono se estrelló contra los barrotes. Durante dos minutos, dos largos minutos, la jaula quedó en silencio. Boox sentía a su alrededor la respiración jadeante de los monos; y a sus pies la del gibón precipitándose cada vez más.

Tenía que irse sin perder un momento. Bajóse, cogió al gibón de la mano y salió con él afuera. Lejos, allá en el templo de los osos, oyó los pasos de la ronda que resonaban sobre el foso. Cerró suavemente la puerta tras de sí, y se encaminó con el mono hacia la verja.

El enérgico modo con que Boox había repelido el extraño ataque del mono, parecía haber llenado a éste de profunda sorpresa. Así es que no sólo había cruzado el jardín llevado dócilmente de la mano, sino que no había opuesto la menor resistencia a trasponer la verja. Con un salto formidable, sin asirse casi a ella, había cruzado el aire, cayendo al lado de Boox.

Estaban ahora en la calle, en la avenida Sarmiento, desierta y helada. Boox miró a todos lados. Allá, en la plaza Ita-

lia, frente a la estación del A. B. y B., brillaban los faroles de un coche, pero no se veía al cochero en el pescante.

—Debe de estar dentro —murmuró Box. — No me conviene.

Mas el tiempo urgía; de un momento a otro podía retornar la ronda a la jaula circular y notar su ausencia, alarmando a todo el Jardín. A más tiritaba de pies a cabeza, y en su mano sentía el temblor del cuerpo del gibón. Una pulmonía era inminente si permanecían un momento más allí; pero si avanzaban hacia la plaza eran fácilmente descubiertos. Nuestro hombre jugó entonces sus pulmones en favor de la aventura. Quitóse el sobretodo y se lo puso al gibón, subiéndole el cuello hasta las orejas. Los faldones arrastraban por el suelo y el sobretodo entero, ya bastante grande para Boox, parecía caminar solo, lleno de aire.

Así avanzaron hacia la plaza, deteniéndose en la casilla de la venta de boletos. En el costado sur, contra el nuevo ensanche del Jardín Botánico, había tres coches. Dos de ellos estaban solos, pero en el pescante del último el cochero cabeceaba dormido.

Boox echó una ojeada al reloj de la estación.

—Las tres y media... dentro de diez minutos la ronda llegará a la jaula — y decididamente esta vez siguió por la vereda del Zoo, pasó frente al portón de entrada y cruzó la calle hacia el Botánico. Pero, en el silencio de la noche, sus pasos resonaban demasiado. Si cualquiera de los cocheros se despertaba, estaban perdidos. Detúvose, en consecuencia, quitóse los botines y las medias sin sentir más ruido que el de su propio corazón, pasó ante los coches dormidos y se insinuó sigilosamente en el tercero.

El gibón se apelotonó en el asiento, y Boox lo tapó casi con su cuerpo. Entonces tocó en la espalda al cochero. Este se volvió sobresaltado.

—¡Serrano, veintidós cuarenta y cuatro! —oyó que le decían de adentro.

El auriga, semidormido aún, trató de mirar por bajo la capota, más para oír mejor que por curiosidad.

—¿Cuánto?...

—¡Veintidós cuarenta y cuatro!

Un momento después rodaban por la calle sonora. Pero

el cochero tenía mucho sueño todavía y dos o tres veces estuvo a punto de lanzar el carruaje sobre la vereda. Boox pensó llamarle la atención sobre esta maniobra peligrosa, pero se contuvo.

—Mejor —se dijo—. Así mañana acaso no se acuerde del número.

Llegaron. Boox pagóle la carrera desde adentro, y bajaron precipitadamente.

Boox tuvo la sensación de que el cochero los miraba y no se equivocó. Al sacar la llave del bolsillo trasero del pantalón, echó una fugitiva ojeada a su hombre. El auriga, cargado de sueño y a punto de dormirse, tenía la vista estúpidamente fija en aquella forma extraña envuelta en el sobretodo.

—Por suerte no alcanza a darse cuenta —se dijo Boox, haciendo jugar la llave.

—¡Bueno, ya hemos llegado! —alzó la voz dirigiéndose a la cara del cochero, a fin de que comprendiera bien que estaba de más.

El auriga se sacudió enderezándose, fustigó a los caballos y se alejó.

Boox lo siguió con los ojos, y cuando aquel estuvo a media cuadra, quitó la llave de la cerradura, cruzaron rápidamente la calle y doblaron en Guatemala. Quince metros más y Boox entraba por fin en su casa.

Como se comprende, Boox no había cometido la tontería de llegar en el coche hasta su casa, solucionando así en un momento la pesquisa que al día siguiente se haría. Si el cochero conservaba memoria del número, cosa poco probable dada la torpeza somnífera que lo poseía, indicaría Serrano, veintidós cuarenta y cuatro, en la cual casa había visto entrar al pasajero de la plaza Italia, y donde la pesquisa buscaría en vano rastros de ladrón y mono. Y si a esto se agrega que Boox habíase mudado veinte días antes bajo un nombre cualquiera, sin dejar la menor indicación de su nuevo domicilio, fácil es comprender que nuestro amigo no tuvo la menor inquietud a este respecto.

4

La preocupación de los postreros días sobre el robo, y sobre todo la sobreexcitación nerviosa de la última noche, habían adormecido en Boox la causa misma de su trastorno. Ahora tenía a su lado, en íntimo contacto, al gibón, al mono que desde un pasado remoto ejercía un fatal imperio sobre él. Sentía sordamente, sin embargo, que tras ese sombrío fenómeno había algo que acaso no le conviniera saber, una de esas terribles cosas de la India que convierten en dos segundos un hombre en un ser abyecto que se arrastra gritando en cuatro patas. Pero él quería saber a toda costa, porque no hay vida humana posible cuando ella misma está ligada a la lengua y los dientes de un animal del Jardín Zoológico.

¡Cosas de la India!... El mono ese era de la India. Y de súbito un rayo de luz cayó perpendicular sobre su cerebro oscuro.

¡Era un caso ancestral, un caso de herencia remota! Miles de años antes sus ascendientes, un ascendiente suyo había vivido en la India. Y el mono, el gibón *descendía* de un hombre que había habitado con su antecesor en la misma llanura, a orillas del mismo río que, como todos los de la India norte crecen cinco metros en una noche, arrollando plantaciones, casas, ganados.*

El río está creciendo... ¡Sí, sin duda! Boox, millonésimo nieto, había reencontrado en las antiquísimas tinieblas de su alma, la angustia del remoto abuelo ante la creciente del río que lo arrebataba todo.

¿Cómo resurgía en él, después de siglos y siglos, la emoción del antecesor muerto miles y miles de años atrás? No lo sabía; pero sabía en cambio el caso de una sirvienta francesa que vivía en Tours, y a quien una noche en que soñaba en voz alta oyeron hablar un idioma extraño. Resultó que era el griego antiguo, que se ha dejado de hablar hace más de diez siglos.

Abran la puerta... Ibango el león... Sí, el agua subía y era menester abrir urgentemente la puerta del empalizado para que los búfalos pudieran huir y salvarse. Y la creciente que llegaba en paredones de agua, arrastraba bosques enteros,

y sobre ellos un león rugiendo de pavor, acababa de arribar a la costa... ¡Ibango el león! ¡Cuidado!

¿Pero cómo, cómo un vil mono podía descender de aquel hombre, amigo de su antecesor, que había dado la voz de alarma ante la creciente? Que la humanidad descienda del mono, todavía, pero que toda la franca y noble naturaleza humana se transforme en una bestia peluda y mordedora...

No había empero otra solución. Ante la súbita presencia de Boox, quien sabe qué células habíanse removido en el petrificado cerebro del animal, y las palabras pronunciadas por su antecesor que entonces era un hombre, surgían de golpe en la garganta bestial. Ahora se explicaba perfectamente Boox su angustia al oír aquellas frases.

Eran las cuatro de la tarde. Había encerrado al gibón en una pieza desnuda para aquietar al animal y razonar él a solas. Hallada ya la solución del problema, fue al cuarto cerrado y abrió con precaución la puerta.

En el fondo, contra la pared blanqueada, estaba el gibón de pie, doblado sobre la cintura e inmóvil. Al oír ruido volvió la cabeza a medias, pero no cambió de actitud.

Boox acercóse rápidamente. Un profundo temblor recorría el cuerpo del mono. Boox le tomó la mano y la notó ardiente. Muerto de inquietud arrancólo de la pared y abriendo de par en par los postigos cogió entre sus manos la cabeza del gibón. Entonces notó el castañeteo de sus dientes. Boox clavó su vista en la del mono. Allá, desde el fondo de las órbitas, los ojos de reflejo verde pálido, los ojos velados de agónico, lo miraban...

En un minuto Boox acostó al gibón, lo arropó y salió, cerrando la puerta con llave. Corrió a casa de un médico amigo suyo.

—López, vengo a buscarlo para un caso urgente... y sumamente raro. ¿Puedo fiar en usted? Se trata de algo que no debe ser sabido por nadie.

—Entonces...

—No, no; necesito que venga; pero quiero tener su palabra de médico de que no se sabrá nada por usted... ¿Consiente?

Fueron. Aunque prevenido al llegar de lo que se tra-

taba, el médico abrió inmensamente los ojos ante la cama baja en que la bestia, arropada, tenía la vista clavada en el techo, respirando precipitadamente.

Al rato cogió sin embargo la muñeca hirsuta y la pulsó.

—Arrime el oído, ¿quiere? — rogóle en voz baja Boox. — No se va a mover.

El médico auscultó.

—Sí, tiene pulmonía — murmuró. Y añadió ligeramente sin mirarle:

—¿Es el Hulman de la jaula circular?...

—Sí, el mismo... — repuso Boox apresurado. — ¿Está mal?

—Tiene una fiebre terrible ahora.

El hombre se había vuelto a Boox, y de pronto oyó a sus espaldas:

—¡Ligero! ¡Ha entrado en la pieza!

El médico dio un salto y se volvió, pálido como la muerte. Durante diez segundos quedóse rígido, con la más profunda expresión de espanto que es posible concebir. Boox se estremeció violentamente, como si hubiera sentido en la espalda, bajo la camiseta, la introducción de algún animal frío. Tornóse lívido y su frente se empapó en sudor.

El médico volvió lentamente la cabeza a Boox.

—¿Usted no ha hablado? — le preguntó con la voz ronca. Boox tardó un instante en responder.

—No, no fui yo — articuló al fin, mientras lanzaba alrededor de él frenéticas miradas de angustia.

Pasaron otros diez segundos en profundo silencio.

—¿Usted sabía que hablaba?

—Sí...

El médico clavó otra vez la mirada en la cama.

—Es espantoso... — murmuró. Sintió en el hombro los dedos crispados de Boox.

—Váyase... es mejor.

—¡Ahí llega, ahí llega! — surgió de la cama.

—¡Cuidado! — gritó Boox, dando un salto atrás y señalando con el brazo extendido bajo la cama. —¡Ahí está! ¡Cuidado!

El médico se echó violentamente a un lado, tropezó con una silla y cayó. En el suelo aún y antes de que hu-

biese tenido tiempo de darse cuenta de nada, vio a Boox precipitarse y apagar la lámpara de un soplo.

En la profunda oscuridad que sucedió no oyó el más leve ruido. Lentamente, temblando de pies a cabeza, se levantó sin atreverse a encender un fósforo.

—¡Boox! — llamó en voz baja. El mismo silencio de muerte.

—¡Boox! ¿Qué le pasa?... ¿qué le ha pasado? — alzó más la voz para animarse. Igual resultado. No se sentía el más leve rumor. Y de pronto se levantó un chillido agudo, áspero, crispante y salvaje, como una rama que se raja en lo alto. Y tras él, otro, y otro, y otro.

—¡El el mono... se ha enfurecido con el delirio! — se dijo aterrado el médico. Y con un violento esfuerzo de desesperación, saltó atrás. Encendió bruscamente un fósforo, y apenas encendido lanzó un grito; contra la pared, acurrucado, retorcido, delirante, estaba Boox gritando, con los ojos fuera de las órbitas y la boca estirada hasta las orejas. El era el que chillaba de ese modo horrible; el mono dormía pesadamente.

Al ver la llama tranquila del fósforo, Boox se calló, miró al médico y quedóse estupefacto. Poco a poco fue recobrando su expresión normal, mientras se enderezaba sin apartar los ojos del otro. Un momento después, sin pronunciar una palabra, encendía la lámpara.

—Vamos un momento al escritorio, ¿quiere?; le voy a explicar este absurdo.

¡Por fin! Esto ya era de hombre cuerdo. Y el médico lo siguió profundamente sacudido aún. Caminando tras él, volvía sin embargo a evocar la postura extraña en que había hallado a Boox. El había visto esa extraña flexión de articulaciones; ¿pero dónde? No era de *hombre;* eso sólo sabía.

Boox contó todo a su amigo: su paseo casual por la jaula, las palabras del mono, su angustia, el robo (sin decir cómo), la explicación que había hallado esa misma mañana, y la pulmonía del gibón.

—Ahora comprenderá por qué hace un momento me puse fuera de mí al oír al mono. Seguramente antes, hace miles de años, el antecesor del mono y el mío vieron entrar en la casa un peligrosísimo animal que se arrastraba, una cobra capelo, qué sé yo. Y el recuerdo ha sido tan vivo al

oír la voz de alerta del mono, que no he podido menos de angustiarme como si viera a la bestia arrastrándose.

El médico lo oía con profunda atención. Algo, no obstante, olvidaba Boox.

—¿Y sus gritos, dígame, por qué?...

—¿Qué gritos? — interrumpió Boox sorprendido.

—¡No se ha dado cuenta!... ¡Lo ha hecho inconscientemente! — murmuró el médico.

Y de golpe, como un rayo, recordó la postura de Boox: ¡esa postura de mono! Cuando levantó la vista, vio la de Boox clavada en la suya y un largo escalofrío le heló la médula.

—¿Qué va a pasar? — se dijo aterrado.

La mirada de Boox acababa de fijarse en el médico con una intensidad dura y abalanzante, la misma mirada de un animal acorralado ante el cual nos hemos detenido con el palo en alto. No había en ella reflejo de alma humana más o menos encolerizada, sino el brillo lacrimoso y fijo de la bestia que va a lanzarse. Y la impresión de tener ante él un *animal* tornó angustiosamente al médico.

Este se levantó con toda la tranquilidad que pudo aparentar, y crispado, sintiendo que sobre el escritorio pesaba algo terrible, recostóse en el respaldo de su silla.

—Está loco, loco furioso —se decía— va a explotar de repente...

Pero Boox habíase recobrado ya.

—Lo que le aseguro —se dirigió a su amigo sonriendo con esfuerzo—, es que esta historia del mono me ha causado ya más inquietudes de lo que usted se imagina. Y ahora él, enfermo... ¿No se salvan los monos de la pulmonía, no?

—Generalmente, pero cuidándolos bien... Encienda un calorífero en la pieza.

—Sí... De todos modos, esto queda entre nosotros... ¡Ni una palabra a nadie, López! — añadió mirándolo en la cara.

—No, ya se lo prometí.

—¿Quiere venir mañana?

La primera intención de López fue rehusarse; aún se estremecía recordando los alaridos de Boox. Pero la profunda

rareza de la cosa, la agudísima curiosidad por este sombrío drama de folletín, pudieron más que su temor.

—Sí, vendré mañana al anochecer.

Salieron juntos hasta la puerta.

—Óigame: —le dijo Boox estrujándole la mano— ¿Usted cree que es posible vivir tranquilo cuando *ese* habla y nos...?

—¡No, no! ¡Creo que no! — se despidió López sintiendo aún un escalofrío.

No creía equivocarse el médico: el mono, su portentosa facultad de hablar, el robo, todo eso llevaba a Boox vertiginosamente a la locura. Comenzaba imitando al gibón, y acabaría quién sabe en qué. Un mono trágico y un loco juntos...

De pronto recordó la mirada de Boox fija en la suya en el escritorio.

—Eso no se imita — murmuró estremeciéndose.

5

Boox volvió a su cuarto, encendió el calorífero y fue con él a la pieza del enfermo, colocándolo en el centro. Acercóse al gibón y constató que la fiebre continuaba altísima. El mono jadeaba, con los ojos siempre abiertos, fijos en el techo. Boox arrimó una silla a la cama y se sentó, mirando obstinadamente al enfermo. Poco a poco sintió que su cuerpo se helaba. Haciendo un profundo esfuerzo logró arrancarse a su sopor, y yendo a su cuarto, cayó desplomado sobre la cama, sin tiempo para devestirse.

Al día siguiente se levantó a las diez, con la cabeza pesadísima. Dábale trabajo coordinar las más simples ideas, y aún notó que estaba singularmente torpe para hablar. Parecíale que en muchos años no había pronunciado una sola palabra.

Pidió café, pero al probarlo dejó violentamente la taza en el plato.

—¿Qué tiene este café?

—Nada, don Guillermo; es el de siempre — repuso su

sirviente, un pobre viejo indio del sur, que se había criado en la casa paterna de Boox.

—Está horrible. No sé por qué diablos se me ocurre tomar café. ¿Yo te pedí café?

—¡Claro, don Guillermo!

—Dame otra cosa, tengo hambre.

Como Boox, cuando se despertaba con apetito, solía comer un bife con huevos, Fortuno llegó al rato con él a la mesa. Pero apenas Boox lo hubo probado, repitió su gesto anterior de profundo asco.

—Pero, ¡por todos los demonios! ¿Qué porquería es esta? — gritó.

—¡Pero, don Guillermo, si es del carnicero de siempre: lo acaba de traer!

—¡Llévate eso, ligero! — exclamó levantándose.

Fortuno salió, volviendo en seguida. Boox, con la expresión radiante, estaba devorando bananas. El sirviente se quedó estupefacto.

—Está sentado de un modo raro... Huele a cada momento la banana... Pestañea sin cesar... ¡come la banana de costado!... ¡La tiene con las dos manos...! ¡Come como un mono!

—¡Don Guillermo! — murmuró temblando.

Con la rapidez de un relámpago, Boox se lanzó sobre todas las bananas que quedaban y saltó sobre la silla, mientras de su garganta brotaba un horrible remedo de lengua humana.

—¡Abará - bará - bará - bará - !...

—¡Don Guillermo! — gritó el indio con el pelo erizado. Boox callóse de golpe, y mortalmente pálido bajó lentamente. Las bananas caían deshechas por ambos lados de su puño cerrado. Pestañeó aún vertiginosamente, tomó un vaso de agua, y cuando lo dejó era el hombre de siempre.

Fortuno lo vio alejarse, entrar en el cuarto del mono, y salir al rato.

—Voy a salir un momento, Fortuno. Volveré a las cinco.

El indio quedóse con el corazón profundamente oprimido. Levantó la mesa, cabeceando, mientras que al recuerdo

de su amo, cuando era chico y jugaba con él, las lágrimas caían una a una de sus ojos.

Boox caminó hasta Santa Fe y allí se detuvo, esperando un vendedor de diarios. Compró uno al fin y lo recorrió apresuradamente. Como suponía, no hacía la menor alusión al robo de la antevíspera en el Jardín Zoológico. El director había creído más conveniente ahogar el acontecimiento. Boox se sonrió, tiró el diario y minutos después entraba en el Zoo.

La tarde, templada, favorecía a los visitantes habituales y el Jardín estaba lleno. Boox siguió a lo largo de los ciervos del Chaco, del casoar, de los coatíes y entró en el pabellón de los leones. Las fieras asoleábanse afuera; pero Boox quería ver la cara de los guardianes y cuidadores.

—Sería extraño —se decía— que no vigilaran atentamente la cara de los visitantes.

Pero no parecía notarse nada anormal en aquéllos y Boox avanzó. Los tigres estaban adentro, y ocho o diez personas contra la barrera, seguían pacientemente el vaivén de los felinos. Boox se detuvo. Las criaturas comentaban muy bien la zoología presente.

—¡Tiene patilla blanca, papá!

—Baja la cabeza al llegar a los hierros para no lastimarse y se da vuelta.

—¡Se ha parado, está oliendo!

—¡Huele para aquí, papá!

—¡Los otros se han levantado de golpe!

—Se mueven para todos lados... ¡Nos huelen a nosotros, papá!

Era evidente que algún olor hostil agitaba a los tigres. El padre aludido, aunque confiado en la solidez de la jaula, creyó más prudente apartarse un poco con su hijo, pues ellos parecían la causa de la inquietud. Al retroceder tropezó con Boox, lívido y temblando. El padre lo miró sorprendido, y Boox se alejó silenciosamente; los tigres se sosegaron.

Dio un largo rodeo, deteniéndose al fin ante la jaula de los monitos del Brasil, mezclado con la multitud. Los monos trepaban alegremente por las cadenas, hasta que de pronto uno lanzó un chillido agudo y la banda quedó de golpe inmóvil. Miraban espantados a las barreras.

—Se han asustado... ¿qué será? — empezaron los comentarios.

—Tienen miedo de nosotros.

—Todos disparan al fondo... tienen miedo de alguno de nosotros.

—¡Oh, oh, oh, los otros! ¡Los de la jaula redonda, atrás! Están locos! ¡Quieren romper la jaula! ¡Braman todos!

En un instante llegaron cuatro guardianes.

—¡Qué hay! ¿Por qué hacen enojar a los monos?

—¡Qué!... ¡Está loco usted junto con los monos! Nadie les ha hecho nada.

Pero el terror de los unos y la rabia de los otros proseguía.

—Es con nosotros — arguyó un espectador. — Alguno de los que están aquí ha de ser mono sin saberlo — se echó a reir.

Los guardianes, con gran inquietud, que para uno de los espectadores, por lo menos, tenía perfecta explicación, hicieron despejar las barreras.

Boox se alejó confundido entre todos, y volvió a su casa, ahora encendido en fiebre y con las ideas en revuelta confusión. Era aún temprano y el médico no debía llegar hasta el anochecer. Entró en el cuarto del mono, y como estaba rendido hízose llevar un diván y se tendió de espaldas. No se sentía el menor ruido adentro. La pantalla de la lámpara proyectaba toda la luz sobre el velador, dejando en suave penumbra la pieza entera.

Pasaron diez minutos. Boox yacía inmóvil, con las manos bajo la cabeza. De pronto creyó notar que el cielo raso giraba a todo escape.

—Raro, muy raro — se dijo. — Debo tener mucha fiebre.

Se oprimió la muñeca, y en efecto el pulso galopaba vertiginosamente. Además sentía el pecho oprimido y una fuerte puntada a cada respiración. Tornó a ver girar el cielo raso, y estando así oyó el ruido de pasos levísimos que se acercaban a él por detrás.

—¡Ah, perfectamente! — dijo Boox en voz alta, presa del delirio. — Es el señor mono que viene a visitarme.

Prestó oído, pero los pasos habían cesado; no se sentía el más leve ruido.

—¡Hum!... —se sonrió Boox—, tiene más miedo que yo el maldito Hulman del maldito director.

Imperceptibles casi, oyó de nuevo los pasos. Pero se detuvieron de nuevo.

—¡Vamos, monito! — tendió Boox la mano hacia atrás, por sobre el respaldo del diván. Y su mano oprimió una cosa *horrible*.

—¡Esto no es él! — gritó Boox saltando violentamente. El cuarto estaba en completa paz; en la cama yacía el gibón, mirando inmóvil el techo.

—Tengo demasiada fiebre — murmuró Boox, pasándose la mano derecha por la frente. — Había creído...

Tendióse de nuevo, y de nuevo los pasos avanzaron hacia él; pero esta vez quedó indiferente. Y parecióle que su cabeza se abría y quedaba completamente hueca y que algo le arrancaban en su cuerpo de adentro a afuera, a través de la piel.

Lanzó un grito y saltó de nuevo; nada, el mismo silencio.

—Estoy delirando, — se dijo Boox. — ¡Qué pesadilla! Y lo peor es que creo sentir cierta dificultad para cerrar la boca... y el pecho me duele horriblemente.

Acababa de tenderse, por tercera vez, cuando el médico entró.

—¿Y mi cliente? — preguntóle avanzando hacia él.

—Ahí está... no sé — repuso desde la penumbra, sin levantarse.

López se acercó a la cama, y cogió la muñeca del gibón. Pero al cabo de un instante sus ojos se abrieron con sorpresa y le colocó la mano en el sobaco. Cada vez más inquieto, inclinóse, auscultó detenidamente el pecho del mono y se incorporó al fin bastante pálido.

—Este animal no tiene nada.

Boox se aproximó lentamente, con los ojos vidriosos fijos en los del médico.

—¿Cómo? ¿Y la pulmonía?

—Nada de pulmonía: no tiene absolutamente nada. Pero usted, ¿qué tiene?

Los ojos de Boox brillaban como dos carbunclos. Abrió la boca pero apenas lo hubo hecho, López se estremeció violentamente.

—¡¡Los dientes, Boox!!

—¿Qué dientes?

El médico sintió que un hilo de hielo corría por su médula: los caninos de Boox se cruzaban como los de un...

—Tengo mucha fiebre —murmuró Boox—. Me duele el pecho...

El médico lo examinó, y al acabar se levantó pálido.

—Tiene que acostarse en seguida, Boox, en seguida.

El mono no tenía nada ya; pero Boox tenía *exactamente* la pulmonía del otro...

—Sí, me voy a acostar... ¿El mono se puede levantar, entonces?

—Es claro. — Y cogiendo al animal de la mano lo puso de pie.

López y Boox no pudieron contener un grito. El mono era del alto de ellos. Quedáronse inmóviles, estupefactos, empapados en frío sudor ante aquella sombría figura. Pasado el primer momento de estupor, el médico avanzó, le puso las manos en los hombros y clavó sus ojos en los del mono. Durante veinte segundos se mantuvo así; y Boox detrás de él, notó el violento temblor que iba invadiendo el cuerpo de López.

—Boox, óigame — oyó que le decía sin volver el rostro, para que aquél no pudiera notar la espantosa palidez de su rostro.

—¿Qué?

—¿Ya no habla más el mono?

—No.

—¿Y sabe por qué no habla más?

—No.

Hubo una pausa.

—Bueno, fíjese en esto. El mono hablaba en *español*, no en indostano... ¿Comprende?... no es un caso de herencia, es... ¿me oye, Boox?

Como no obtenía respuesta, volvió rápidamente la ca-

beza. Hacia él, cautelosamente, los ojos encendidos, avanzaba Boox en cuatro patas.

—¡Boox, Boox, se está degradando! ¡Se está...! — gritóle López levantándolo violentamente. Boox se estremeció, miró fijamente a su amigo y lanzó un profundo suspiro.

El médico insistió en que se acostara en seguida.

—Sí... aquí... en el diván... — tartamudeó Boox.

—Sí, sí, perfectamente. Un momento, Boox.

Y salió afuera.

—Fortuno, —le dijo al sirviente en voz baja—, esta noche nos vamos a quedar usted y yo levantados.

—¿Que hay, don Guillermo?...

—No, no hay nada, pero pueden pasar cosas demasiado terribles.

El indio alzó sus ojos espantados y notó el semblante lívido del médico.

—¿Tiene revólver, Boox? — continuó López.

—No, señor.

—Bueno, vaya a comprar uno en seguida.

Fortuno, lleno de angustia, salió a la disparada.

Al cuarto de hora volvió Fortuno jadeante y entregó temblando el arma.

—Perfectamente —le dijo López en voz baja—. ¿Tiene balas, supongo?

Fortuno lo miró atontado.

—No... no sabía...

—No importa; vuelva corriendo y traiga balas.

Fortuno tornó a salir, y cuando estuvo de vuelta temblaba convulsivamente de fatiga llevada al exceso. Pero el doctor, demasiado preocupado para compadecerse del pobre viejo, hizo jugar concienzudamente el tambor del revólver, cercioróse de que la aguja caía bien, y cargó el arma. Dejóla entonces sobre el escritorio y fue al cuarto del mono. Boox, envuelto en mantas hasta la barbilla, yacía en el diván. El gibón había tornado a acostarse, y en la blancura de la almohada se destacaba su cabeza negra, ahora del tamaño de la de un hombre.

López se aproximó a Boox y le cogió cariñosamente la mano.

—Boox, óigame —le dijo en voz muy baja—. Sería mucho mejor que fuera a acostarse en su cama. Es mucho más fácil mantener en su cuarto una buena temperatura que aquí... Estaría más tranquilo.

Boox abrió sus ojos vidriosos que la fiebre había rodeado de un ancho círculo negro.

—No —le respondió con la voz seca y entrecortada—. Mejor estoy aquí. Déjeme tranquilo — concluyó malhumorado volviéndose al otro lado.

López arrugó el ceño, recordó una por una las rarezas de Boox —*los caninos desarrollados*— e insistió:

—¡Boox, óigame!

Boox no respondió.

El médico se inclinó hasta ponerle los labios en el oído:

—Boox: si le parece bien, llevaríamos al mono de aquí... ya está sano.

Apenas lo oyó, Boox se dio vuelta violentamente y clavó sus ojos febriles en los de López.

—¿Qué? ¿Qué hay?... ¿Por qué quieren llevar al mono de aquí?

—Sería mejor, Boox... Usted quedaría tranquilo.

—¿Por qué?

—¡No sé... Boox, por favor!...

Boox abrió la boca, y López se estremeció de arriba a abajo. Tras los caninos desmesurados, acababa de entrever la lengua negra. Sin apartar sus ojos amenazantes de los del doctor, Boox se incorporó en un codo.

—Le prohibo —le dijo con una voz extraña, áspera— que haga salir al mono de aquí... Y quiero dormir; déjeme.

López se incorporó con un gesto de desesperación, clavó de nuevo los ojos en el gibón acostado e inmóvil, y salió. Tras la puerta le esperaba Fortuno.

—¿Cómo sigue, doctor? ¿Qué hay?

—Nada, nada por ahora... pero más tarde habrá algo — añadió como para sí, estremeciéndose. Pero Fortuno lo había oído y lo detuvo temblando.

—¡Doctor, doctor! ¡Dígame por favor qué va a pasar!

—¿Acaso lo sé yo mismo? Si lo supiera con seguridad, lo evitaría... ¡Pero cuánto hubiera dado por sacar el mono de

allí! —tornó a murmurarse—. Vea, Fortuno, —añadió—. Vamos al escritorio y pasaremos la noche. Trate por su parte de oír el más insignificante ruido. Si algo oye, cualquier cosa, dígamelo en seguida.

Acto continuo fueron al escritorio. López sentóse en el diván, y Fortuno en una silla, tras el escritorio.

Durante una hora, dos, tres, reinó en la pieza el más absoluto silencio. López revolvía sin cesar en su cerebro el horror que entreveía; Fortuno, agobiado, traspasado de angustia, no apartaba la vista del revólver que brillaba sobre el escritorio, mientras su oído estaba dolorosamente atento al menor ruido que pudiera llegar de adentro.

Hacía en el escritorio un frío glacial. Los dos asechantes tenían el cuerpo y los pies helados, pero no se atrevían a moverse. Cuanto más tiempo pasaba, más aguda era su inquietud; y llegaban ya a ese estado de angustiosa sobreexcitación en que los oídos comienzan a zumbar y sentir los propios ruidos que temen horriblemente oír, cuando Fortuno dio un salto sobre la silla. López sintió que su corazón se detenía, y las miradas de los dos hombres se cruzaron.

—He creído sentir... — murmuró Fortuno temblando.

—¿Qué?...

—Un ruido sordo sobre el piso...

Se callaron, y durante un minuto el silencio, la más absoluta sensación del silencio, hubiera podido ser hallada allí, en el escritorio.

López rompiólo al fin con una voz que él mismo no se reconocía:

—¿No ha sentido más?

—No...

Enmudecieron de nuevo. Y de pronto ambos saltaron: un grito, un grito horrible de hombre había resonado en la casa entera.

—¡Corramos, corramos! — exclamó López con todo el pelo erizado, apoderándose del revólver.

En un instante cayeron sobre la puerta, pero se estrellaron contra ella.

—¡La han cerrado! —clamó López—. ¡La han cerrado con llave! ¡Boox, Boox!

Otro grito resonó adentro, un grito agudo de *bestia*.

—¡Boox! ¡Maldición, el mono! — rugió López abalanzándose con Fortuno sobre la puerta. Pero ésta resistía, y sólo después de un formidable empellón, las hojas se abrieron violentamente.

En el cuarto donde estaban acostados Boox y el mono, y que López acababa de abandonar, reinaba también el más absoluto silencio. Boox habíase vuelto de espaldas, con los ojos abiertos, y la alta fiebre que lo poseía hacíale de nuevo ver girar el cielo raso. Pero ahora el blanco lienzo se cargaba de figuras, seres deformes, monstruos instantáneos que aparecían y se apagaban sin cesar. En seguida eran víboras rapidísimas, ovillos de víboras que se enredaban y desenredaban con velocidad vertiginosa. Y todos esos fantasmas del delirio descendían girando siempre, se acercaban a Boox, lo envolvían, le quitaban el aliento, para ascender de nuevo, y de nuevo bajar hasta él en un vaivén de pesadilla.

Así durante una, dos, tres horas. Boox continuaba jadeando de fiebre, con los ojos inmóviles en el techo, enormes, brillantes, rodeados de un círculo negro. El delirio proseguía cada vez más intenso.

De este modo parecióle de pronto que en el cielo raso, entre los ovillos vertiginosos de víboras, aparecía una cara enorme y sombría de mono. Y la ronda lúgubre descendía cada vez más enloquecedora de velocidad girante, y con ella el mono que lo miraba fijamente. Y cuando el remolino llegó hasta él, lo envolvió, le quitó la respiración y ascendió de nuevo, Boox notó que sobre su pecho, hincado y las manos peludas clavadas en sus hombros, quedaba el mono inmóvil, devorándolo con los ojos.

—Boox: —oyó que le decía—. Hace tres mil años yo era un *hombre*, un hombre como tú, y vivía en la India, en el mismo pueblo que tu *antecesor*. Solamente que yo era entonces un Maestro, un elegido de Brahma, y tu abuelo era un simple pastor de búfalos. Yo lo había colmado de bondades y hecho por él lo que nadie en el mundo. Yo fui quien dio la voz de alarma cuando sobrevino la inundación, y que tú

me oíste hace veinte días: *El río está creciendo... abran la puerta,* etc. ¡Y hace de esto tres mil años! Pocos días después, tu antecesor pagó mi bondad y mi cariño asesinándome al vadear el río. Yo era, como te he dicho, un maestro, sin aparentarlo, y debía reencarnar en seguida en una forma más perfecta en virtudes que la que me había arrebatado tu antecesor. Pero Brahma vio que mi alma había quedado manchada: yo deseaba, ignorándolo yo mismo, vengarme de ti. Y pasaron cien años, mil, dos mil, sin que pudiera purificarme: siempre, por bajo de mis grandes virtudes, aspiraba a la venganza. Hasta que llegado el momento fatal de la reencarnación, hícelo, pero mi espíritu estaba enfangado: retrocedí, convertíme en un ser abyecto, encarné en mono, y en millones de millones de años no llegaré a ser lo que fui. Pero, entre tanto, Boox, descendiente del que enlodó mi alma con su monstruosa injusticia, estás aquí, bajo mi cuerpo que vas* a encarnar ahora.

Boox había escuchado jadeante a esa creación de su delirio, hincada sobre su esternón. Cuando la voz se apagó, un súbito descenso de temperatura dio paso a la razón de Boox, y éste cerró por fin los ojos, fatigado.

—¡Qué pesadilla! —murmuró—. Tuve la sensación completa de que sobre mi pecho...

Abrió los ojos y lanzó un grito de terror, el primero que habían oído en el escritorio. ¡Allí, sobre su pecho, mirándolo fijamente, estaba realmente el gibón, el mono! Durante un segundo su vista se nubló, y cuando la recobró de nuevo, vio al mono de pie, en medio del cuarto, interpuesto entre él y la lámpara. Pero antes de que hubiera tenido tiempo de abrir la boca, el mono se había convertido en hombre.

—¡Soy yo! —murmuró Boox, loco de espanto—. ¡Se ha convertido en mí mismo!...

—¡Sí, miserable, soy *tú*! ¡Y tú, fíjate en lo que eres!

Boox quiso gritar, pero sintió en ese instante un horrible y helado vacío en todo su ser; un hondo y sucio olor de su cuerpo entero subióle a las narices, y vio con horror que ya no era más hombre; ¡se había transformado en mono, en gibón!

Entonces lanzó el segundo grito de horror que habían

oído afuera. Y en un acceso de desesperación contra la triunfante e inmunda bestia, que de pie en medio del cuarto le había arrebatado su figura humana, se lanzó contra él con un ronquido de odio.

El mono (conservaremos, para evitar horribles confusiones, los nombres que habían tenido hasta entonces) tambaleóse ante el rudo golpe y sintió en su cuello las uñas asesinas de Boox, mientras su brazo izquierdo crujía entre los salvajes colmillos. Pero esto duró lo que un relámpago. En el momento en que Boox se lanzaba contra él, el mono caía a su vez sobre el cortapapel en forma de agudo puñal que yacía sobre el velador. Y de un golpe, de un solo golpe lo hundía hasta el mango en el cuello de Boox.

Boox se desprendió, y lanzando un alarido se precipitó contra la puerta, en el preciso instante en que ésta saltaba... López, que pálido como la muerte y revólver en mano se lanzaba adentro, tuvo apenas tiempo de ver una bestia que huía en cuatro patas dejando un reguero de sangre.

—¡Fortuno, cierre la puerta de calle! — gritó López, descargando su arma tras el animal, y lanzándose él también al patio. Pero no tuvieron tiempo de llegar; el mono había desaparecido en la calle oscura.

Volvieron precipitadamente. El animal (no olvidemos que se había transformado en Boox) estaba parado aún en medio del cuarto, pálido.

—¿Qué hay, Boox? ¿Qué le ha pasado? ¿No le decía yo?... ¡El mono!

—No, no fue nada... Me quiso atacar.

—¡Es lo que justamente temía! Por eso... ¿Quiere que le diga lo que temí más que todo, Boox?

El mono se sonrió:

—¿Un caso de metempsicosis?... ¿Que el mono se transformara en mí?... ¿no es cierto?

López lo miró hasta el fondo y se estremeció.

—Sí, eso mismo... ¿Pero usted no tiene fiebre?...

—¡Bah, no! Ese maldito mono me sobreexcitaba... ¿Pero temía eso, verdad? — agregó sonriendo de nuevo.

—Sí —respondió López con un profundo suspiro de desahogo, secándose la frente empapada de sudor—. Sí, temía

eso, pero no me atrevía a suponerlo *posible*. ¡Figúrese!... en pleno Buenos Aires, una transformación así... ¡Y con un estúpido mono cualquiera!...

Entre tanto, Boox corría por la calle desierta. Conservaba toda su razón humana, pero su voluntad de hombre estaba profunda y completamente abolida. Sentíase, a pesar suyo, arrastrado a correr, a correr hacia el Jardín Zoológico, sin que toda su fuerza razonante lograra evitarlo. Perdía sangre sin cesar y sus fuerzas se debilitaban cada vez más.

A los doscientos metros de su casa un transeunte trasnochador lo vio pasar corriendo y se volvió de golpe. Le había parecido un perro muy raro, sin alcanzar a deducir más. Pero en la plaza Italia, un agente semidormido lo vio galopar sobre el adoquinado y lo reconoció. El animal entró en el Jardín y el agente corrió tras él.

-¡Ronda, ronda! –gritó desde la puerta–. ¡Anda suelto un mono!

La ronda salía del pabellón de los leones y oyó las voces. Acercáronse apresuradamente y un guardián, que tenía la linterna caída, vio el rastro de sangre. Todos con las luces proyectadas al suelo, siguieron la huella sangrienta, y tendido ante la jaula que había ocupado antes, hallaron al gibón, desangrado, desmayado, al mono dentro del cual el alma, la vida y el destino de Boox estaban encerrados para siempre jamás.

Despertaron al director, y Boox fue recogido y prolijamente cuidado. La herida, aunque profundísima, no había interesado ningún vaso, y sólo la gran hemorragia comprometía la vida de Boox. Pero a la mañana siguiente el director constató que la pulmonía, la terrible pulmonía de los monos, caía sobre el gibón, creando un pronóstico por demás sombrío.

Fácilmente se suponen las cavilaciones del director sobre la trágica vuelta del mono. Había en todo eso algo extraño, sombrío, que lo hacía estremecer sin querer.

Como el fugitivo estaba de nuevo en su jaula, púsose un cartel: ENFERMO. Algo, sin embargo, de su resistencia

humana a la pulmonía parecía acompañar a Boox. Cada día que pasaba, la fluxión cedía un grado más, hasta que al cabo de los ocho días clásicos, sin crisis alguna, pudo considerarse a aquélla completamente disminuída. Y como las tardes subsiguientes fueron sumamente templadas, el director hizo sacar al mono a la jaula exterior, a fin de que tomase un poco de sol vivificante.

Boox sintió en su cuerpo de mono la suave caricia de la luz, y miró largo rato el cielo, mientras su alma, su vieja alma perdida ya para la humanidad, lloraba por dentro su espantosa ruina.

Pasó así un largo rato. De pronto bajó los ojos, y un sacudimiento de toda su alma le heló la sangre como una profunda puñalada.

En el banco, en el mismo banco donde él, cuando era *hombre,* había estado sentado, estaba ahora el mono, el ladrón, mirándolo con una vaga e infernal sonrisa.

Boox sintió que algo se iba de él para siempre, mientras una cosa inmensamente negra corría a toda velocidad contra su vista.

Cuando media hora después el director llegó, halló al gibón con la herida del cuello completamente reabierta y sangrando aún: muerto.

EL HOMBRE ARTIFICIAL

1

La rata yacía inmóvil, patas arriba, entre las blancas manos de Donissoff. Los tres hombres, con la respiración suspendida, estaban doblados sobre el animal tendido sobre la mesa.

—¿Y?... — exclamó Ortiz, ansioso.

Donissoff tardó un rato en contestar. La belleza angelical de su rostro había adquirido un tono duro, implacable, como si la terrible voluntad que se albergaba dentro de aquella cabeza gentil, hubiera traspasado el semblante.

—Nada, todavía; —respondió al fin— no es tiempo aún.

De pronto un centelleo fugaz cruzó por sus pupilas.

—¡La temperatura baja! ¿Qué hacer, Ortiz?

El interpelado salió corriendo, y desde el laboratorio se pudo oír el golpe seco de las chispas eléctricas en los conmutadores. La mirada de Donisoff no se apartaba del termómetro suspendido frente a la mesa.

—¿Sube? —gritó Ortiz desde la pieza contigua.

—Sí... 39º... 39º10... 39º30... ¡Basta!

Ortiz volvió en seguida. Entre tanto, la rata, preocupación intensa de los tres hombres, continuaba inmóvil. A ambos lados del grupo, dos grandes mesas ostentaban los más complejos aparatos de química, anatomía y bacteriología. En el laboratorio inmenso y casi todo él en penumbra, a excepción de las ocho lámparas eléctricas con pantalla verde, que proyectaban su luz sobre la mesa, los tres experimentadores ofrecían un aspecto poco común y aun sombrío, inclinados y con el alma en suspenso, sobre una simple rata. El calor era asfixiante, pero ellos no parecían darse cuenta. Doblados sobre el animal, el ansia retratada en sus rostros, continuaban devorando con los ojos el inmundo animalucho entre las manos de Donissoff.

—¡Sivel, la jeringa! ¡Ya comienza la reacción! —exclamó de pronto Donissoff. Sivel dio un salto, recogió de la gran mesa el objeto pedido, y extendiéndolo al joven sabio, sujetó entre sus manos la cabeza de la rata. Frío, seguro, a pesar de la inmensa ebullición de su alma y la de sus compañeros, Donissoff inyectó al animal el rojo líquido de la jeringa.

Pasaron diez segundos, quince, veinte, un minuto. Lo que aquellos tres hombres han sentido en ese interminable tiempo, no es fácilmente apreciable. Ni uno habló; ni uno se movió; apenas pestañearon. Por eso, cuando en el silencio angustiante sonó la voz de Donissoff, algo como un inmenso suspiro levantó los tres pechos.

—Se mueve... —había dicho Donissoff, cuya mano, colocada sobre el corazón de la rata, acababa de temblar.

Su voz también temblaba. Sivel y Ortiz, con el rostro radiante y el cuerpo entero sacudido por la más violenta emoción, se miraron. ¡Luego era cierto! ¡Ellos, sólo ellos *habían*

hecho eso que estaba allí! Todos los trabajos, todas las horribles inquietudes de esos tres años se desvanecían para siempre. ¡Y ellos, nada más que ellos!

Dobláronse de nuevo sobre la rata, y de nuevo quedaron inmóviles, mientras la fina mano de Donissoff continuaba sobre el corazón que había latido.

—Sigue... —murmuró Donissoff después de un largo rato. — Esperemos más...

Esperaron aún otro interminable minuto. Al fin la mano de Donissoff se apartó lentamente del corazón de la rata; alzó el rostro transfigurado de emoción, en que los ojos brillaban con el más alto orgullo que quepa en mirada humana, y en voz clara dijo a sus compañeros:

—Han pasado dos minutos... Los glóbulos viven ya... Ya está *viva*.

Entonces se vio la cosa más asombrosa, tratándose de un sabio en la más honda acepción de la palabra.

De un salto trepó sobre la mesa próxima, y bailó allí la más desordenada danza de los mundos posibles e imposibles. En seguida arrojóse al suelo, y se envolvió en el linoleum, girando sobre sí mismo. De allí dentro, surgió su voz, ronca y:

—¡Hurra por Donissoff! ¡Hurra por Sivel! ¡Hurra por Ortiz!

Al fin el loco delirio calmóse, y quedó rendido.

Entre tanto, Sivel había sonreído de aquel muchacho. Donissoff, sentado en una mesa con las rodillas entre sus brazos, se mantenía inmóvil, la vista perdida. Como suele acontecer a menudo, el formidable prodigio que acababan de realizar, gracias a su genio y con la ayuda de sus compañeros, acaso su triunfo no hacía sino recordarle todos los fracasos, todas las amarguras de su vida anterior. Además sus nervios, siendo capaces de una altísima tensión, estaban también expuestos a caer en una extenuación equivalente, y eso era sin duda lo que le pasaba.

—Bueno, Donissoff, —le puso Sivel cariñosamente la mano en el hombro.

—Estoy rendido; tengo una sed horrible. Vamos a descansar un rato. ¿Sabe qué hora es? ¡Las cuatro! Y no nos hemos sentado desde las seis de la mañana. Y ese personaje —añadió

volviéndose de reojo a la rata tendida de lomo— comienza con un buen sueño su iniciación en la vida... Pero no tengo hambre; sí, sed.

—Yo tomaría té —apoyó Ortiz. — Pero con la condición de que lo haga Donissoff. ¿Donissoff?...

—Vamos —repuso simplemente éste y los tres sujetos que habían asociado su profunda capacidad científica, los tres magos a quienes trescientos años antes la Inquisición hubiera quemado sin perder un segundo, se dejaron caer quebrantados en los divanes del comedor.

2

Estos tres individuos que acababan de "hacer" un ser vivo, se llamaban Nicolás Ivanovich Donissoff, Luigi Marco Sivel y Ricardo Ortiz.

Donissoff era ruso, y último descendiente de una de las más nobles familias del imperio. Perdió a sus padres siendo muy niño, y fue encargado de su educación y la administración de su inmensa fortuna, un viejo amigo de la familia, el príncipe Dolgorouky.

Donissoff se formó en un ambiente de profunda adhesión al zar. Su familia, desde tiempo inmemorial, había participado íntimamente en la administración del imperio moscovita, y entre los baluartes de la reacción contra las agitaciones de los últimos tiempos, el zarinato contaba al padre de Donissoff. Se explica así la veneración del niño por todo lo que suponía gobierno imperial. Su alma se iba formando también en ese ambiente de autocracia, y esto duró hasta que el joven tuvo diociocho años. En esta época, o lecturas o lo que es más posible, sentimientos que despertaban haciéndole ver de otro modo las cosas, transformaron completamente su espiritu.

Una noche, ya de madrugada, el príncipe Dolgorouky, que volvía de una recepción en palacio, extrañóse de ver luz en el cuarto de su pupilo, y yendo allá encontró a Donissoff tendido en la cama, vestido y de frac aún, leyendo uno de esos libros que cuestan el cuello a quien los escribe.

Quince días más tarde Donissoff fue sorprendido por agentes de policía secreta en un café que frecuentaban estudiantes. Si se hubiera tratado de otro noble cualquiera, el joven hubiera concluído sus días en Siberia. Pero no era posible ese proceder con el hijo de Alexis Donissoff.

No obstante, las reconvenciones llovieron sobre él, y aún el gran duque Iván se dignó detenerle una tarde a su salida de palacio.

—¡Mucho cuidado! — le dijo sonriendo. — Acuérdate de otro príncipe como tú, que también ha escrito libros como el que leías.

El gran duque aludía al príncipe Kropotkine.*

—Ignoro a qué libro se refiere Su Alteza —respondió Donissoff, poniéndose colorado.

El gran duque lo miró atentamente.

—¿Por qué mientes, príncipe? —le dijo.

—Con perdón de Su Alteza, yo no miento —repuso Donissoff, mientras el rubor y la indignación le abrasaban el rostro.

Esta vez el gran duque tuvo compasión de él, y con una nueva sonrisa lo empujó suavemente del hombro.

—Bien, Nicolás Ivanovich. Si no leíste esos libros, no los leas ni vayas a cafés de estudiantes, aunque "no" hayas ido nunca. Sigue en paz.

Durante días enteros Donissoff bebió hasta las heces el remordimiento de su mentira. Sentíase envilecido, y en especial porque había mentido de miedo. "He tenido miedo de decir eso; soy un cobarde" —se decía— "un miserable cobarde. ¡Y esto, que a cualquiera de "ellos" hubiera costado tanto como ponerse la mano en el bolsillo, ha sido demasiado para mí! ¡He tenido miedo de decir que había leído "aquel" libro!"

Al final de esos diez días, Donissoff tuvo una conferencia con su tutor, a quien quería entrañablemente. Resultas de ella, Donissoff renunciaba a las prerrogativas de su posición y a su inmensa fortuna. Y si un curioso se hubiera asomado, seis meses más tarde, a una helada bohardilla del más sórdido barrio de San Petersburgo, hubiera visto a un joven, tiritando

de hambre y escasez de ropa, de codos sobre sus libros de medicina.

Para vivir había comenzado por cargar baúles en la estación; meses después limpiaba tubos en un instituto de Bacteriología, y como el genio que debía más tarde llevarlo a donde sabemos, comenzaba ya a flamear en su cabeza, muy pronto pasó a preparador, y muy pronto llegó a ser la cabeza dirigente del célebre instituto.

De tarde en tarde iba disfrazado a su ex palacio a reconfortar su alma filial con aquel puro cariño.

Entre tanto proseguía sus estudios académicos, frecuentando al mismo tiempo a los revolucionarios. Los violentos sentimientos de justicia no tardaron en llevarlo a las más avanzadas filas, y cuando en enero de 1902, el Comité Central de la revolución rusa discutió la muerte del príncipe Dolgorouky, Donissoff denunció como más nefasta la influencia del príncipe Dolgorouky. Nadie ignoraba la veneración que Donisoff guardaba, pura e inmaculada, para el viejo príncipe.

Al oírlo, sus compañeros quedaron un momento inmóviles; a ninguno escapaba la grandeza de ese sacrificio.

—Creo —dijo alguno después de un momento— que la influencia de Galitzine es mayor.

—Creo que no —repuso Donissoff.

—Estoy bien informado, arguyó el primero.

—Y yo estoy seguro.

El otro lo miró largamente.

—Pero tú lo quieres mucho...

—Inmensamente —repuso Donissoff, mortalmente pálido.

Sus compañeros bajaron la cabeza para no ver dos lágrimas, lágrimas de sangre, lágrimas surgidas de lo más hondo de un alma abrasada en justicia, que rodaron por las mejillas de Donissoff.

Todos recuerdan los cinco tiros asestados en pleno pecho al príncipe Dolgorouky, el 11 de enero de 1903, a la salida del Supremo Tribunal. Donissoff pasó en su cuarto todo el día del atentado, sin querer ver a nadie. Fue inmediatamente arrestado, y no quiso responder una palabra, decidido a hundirse para toda su vida en Siberia. Pero sus compañeros

lo obligaron a evadirse, basándose para ello en las mismas razones por las cuales él mismo había hecho el sacrificio de su más grande afecto en este mundo.

Donissoff vivió un año en Viena entregado con toda su alma a sus experimentos científicos. De Viena pasó a París, permaneciendo en esa capital tres años.

Seguramente su alma no estaba suficientemente templada para el sacrificio que le había impuesto. Si hubiera tenido más edad, acaso una nueva explosión de amor a los que sufren hubiera apagado el dolor de aquella herida. Pero a los 23 años falta en las fibras del corazón espesor suficiente para resistir vibraciones de esa especie, y de ese modo Donissoff quedó herido para siempre. Recobró, sí, su voluntad, su indomable energía: pero no para ser aplicada a *aquello,* allá en Rusia. Luego, su genio, maduro ya, absorbía o por lo menos dirigía sus demás facultades. Estudió aún un año en Londres, y a fines de 1905 llegaba a Buenos Aires.

3

Stefano* Marco Sivel era italiano, de una familia pobrísima. Su padre, ex bandido calabrés, y que había abandonado su profesión a causa de un brazo roto, ejercía con su hijo los mismos hábitos disciplinarios que tuvo con sus satélites. El pequeño Marco sufrió las más horrendas palizas que es posible recibir sin morir acto continuo, y conoció lo que es el hambre, encerrado en un sótano negro como la noche, empapado de agua y acribillado de ratas. Todo esto, porque era escaso lo que el pequeño obtenía pidiendo limosna en pleno invierno y con sólo una camisa para excitar más la compasión.

Más tarde, cuando su edad fue sobrado grande para despertar una lástima lucrativa, su padre hízolo instruir por un viejo bandido como él en la ciencia del cicerone. El pequeño Marco aprendió en dos o tres horas cuanto sobre ruinas e historia romana sabía el salteador, y muchísimo más por su propia cuenta. Pero lo que el minúsculo cicerone no aprendió tan bien fue a ejercer su profesión. No pedía jamás un

centavo de retribución, y se creía el más feliz de los mortales si algún viajero le regalaba una lira. En estas ocasiones como en todas, su padre se apoderaba del dinero. Pero, cuando la ganancia era nula, el viejo bandido entraba en sombrío furor, y los golpes a puño cerrado llovían sobre la boca de la criatura.

Como su hijo jamás se quejaba, el padre creyó que no sentía los golpes y en consecuencia tomó el partido eficaz de mandarle buscar un alambre y colgándolo del techo, cruzábale el cuerpo con aquel horrible látigo.

—¿Cuánto? — preguntaba el viejo.

—Una lira.

—Dame — extendía la mano.

Al día siguiente:

—¿Cuánto?

—Nada.

—Está bien: anda a buscar el alambre.

Siempre era un alambre nuevo que la criatura debía ir a recoger en el arroyo. Volvía al rato con el instrumento de tortura, y comenzaba a quitarse la ropa sin un suspiro ni una mirada a su padre.

Pasó así el tiempo, y Marco llegó a tener doce años. Una tarde recomenzó el diálogo de siempre:

—¿Cuánto?

—Nada.

—Está bien: anda a buscar el alambre.

—No — repuso el niño.

Su padre se volvió súbitamente como si le hubieran dado una bofetada.

—¿Qué dijiste?

—Nada: que no voy a buscar el alambre.

Lentamente el viejo se levantó. Su rostro se puso lívido, mientras un rayo lúgubre cruzaba por sus ojos de viejo salteador. Acercándose paso a paso, se aproximó a su hijo hasta tocarle casi el rostro.

—¿Dices que no vas a buscar el alambre?

—No — repuso Marco sin moverse, y tan pálido como su padre. El viejo lo contempló un rato sin mover un solo

músculo. Ya no era un rayo lo que cruzaba por sus ojos, sino un relámpago siniestro que iba en aumento.

—¡Anda a buscar el alambre! — rugió cárdeno ahora de furor.

—No —volvió a responder la criatura. Y cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, su padre, espantosamente lívido, había ido a descolgar su gorra.

—Está bien —silbó—; quédate: iré yo.

Y salió.

Cuando volvió, la criatura estaba sentada a la mesa, la cabeza echada sobre los brazos. Su padre lo tocó ligeramente en el hombro.

—¡Desnúdate!

—¡No, padre! — repuso Marco sin levantar la cabeza.

—*¡Madonna!* ¡Ligero, ligero! ¡Desnúdate! — explotó al fin el viejo, haciendo saltar la mesa de un puñetazo.

—No —contestó aún el niño. Y bajo sus brazos cruzados, cerró los ojos como* en el momento de morir, y pensó en su madre: "Mamá... mamá querida...".

Pasó un momento, otro más. No se sentía el menor ruido. Temblando, Marco levantó la cabeza y vio a su padre de pie siempre, que lo miraba fijamente. La mano del viejo bandido cayó con lentitud sobre el hombro del niño.

—Está bien — le dijo con voz ronca, reseca por la profunda tempestad que bullía en aquel pecho. —Está bien, eres mi hijo, reconozco mi sangre. Eres digno hijo mío. Pero —añadió poniéndose aún más lívido— vete de aquí para siempre, porque te aplastaría la cabeza contra la pared. Nadie en el mundo ha hecho delante de mí lo que acabas de hacer tú. Eres mi hijo, te reconozco. ¡Pero vete enseguida, enseguida! ¡Jamás vuelvas a poner los pies aquí!

Y lo arrojó a la calle.

4

En pos de los primeros meses de libertad —libertad de criatura hambrienta, sin casa y sin cariño de ninguna especie— Sivel tuvo la dicha de que un carpintero lo tomara de aprendiz, y entre golpe de cepillo y vuelta de taladro fortificó su ansia de estudio. Estudió de noche, mientras comía, aún en el taller. Su contracción despertó el cariño del maestro y pudo así seguir un curso regular. Más tarde, ya con otro empleo, hizo su bachillerato, ingresando con altísimas calificaciones en la Facultad de Medicina.

Al cabo de quince años, nadie nombraba a una celebridad médica sin que el nombre de Sivel surgiera con todo el brillo de su gran aureola. En esta época su corazón, hasta entonces dormido, encendióse en vibrante amor por una joven que a su vez le había entregado su alma entera. Su noviazgo corría en la más grande felicidad, cuando una mañana llegó a su clínica en el hospital una joven a quien una intensa hemorragia había privado de casi toda la sangre. De noche contó el caso a su novia.

—Es una pobre muchacha que necesita sangre a oleadas. Si mañana no ha reaccionado será menester operar una transfusión...

Su novia, conociéndole, le hizo jurar entre un mar de lágrimas, que no le entregaría a la muchacha una sola gota de su sangre.

—¡No te querré más, te juro! —sollozaba—. ¡Te juro que si haces eso no te querré más!

Sivel la adoraba y era ese amor querido la recompensa y la consagración de sus sufrimientos y su gloria.

Pero a la mañana siguiente Sivel entregaba a las venas de la agónica, oleadas de su propia sangre. Hubo lamentable descuido en la operación, y Sivel cayó en su lecho, presa de una terrible infección general.

Esa tarde, su novia, ignorante aún del hecho, le escribía diciéndole que si le faltaba una sola gota de sangre le olvidaría para siempre. Sivel le respondió: "Hazlo. Además, me estoy muriendo".

Su novia rompió. Sivel estuvo dos meses entre la vida

y la muerte, y cuando se levantó convertido en un espectro, horriblemente desfigurado por los tumores que le habían devorado el rostro, una joven vencida por los sollozos cayó de rodillas ante él. Era la joven del hospital, y siendo un alma romántica y llena de ternuras, sintió al saberlo todo, un inmenso agradecimiento hacia el pobre gran hombre que había sacrificado su felicidad por dar vida a una desconocida. Su agradecimiento había llegado muy pronto al más extremado amor.

La joven en una convulsión entera de su cuerpo, oprimió contra su boca la mano de Sivel. Pero éste la retiró vivamente.

—¡No, no! ¡Levántese! — le dijo, mientras allá en el fondo de su corazón la gran herida de su amor se reabría ante aquella presencia amargamente evocadora...

—¡Perdón! ¡Perdón!... — sollozaba la joven, de rodillas siempre.

—Si no tengo nada que perdonarle —tuvo fuerza Sivel para sonreirse—. Pero levántese.

—No, no... Yo tengo la culpa...

Sivel tuvo entonces la sensación de que una mano indiferente, una mano cualquiera, estaba arañando su corazón. Su dolor era suyo y no de aquella extraña.

—¡Perdón!... ¡Yo tuve la culpa!... Fue por mí...

—¡Ah, no! Le pido perdón a mi vez —exclamó Sivel—. No lo hice *por usted.*

Los ojos de la joven se alzaron lentamente hasta Sivel.

—Sí; no lo hice por usted; me compadecí de su ser, de una existencia condenada a morir, como la suya, de su vida, en fin... pero *no de usted.* ¡Oh, no!

Cuando una esperanza de amor, lógica o no, se quiebra: cuando caemos de lo alto de un sueño de grandeza, como el que consiste en habernos creído inspiradores de un gran sacrificio, la caída es siempre terrible.

La joven, fijos los ojos desmesurados en aquel espectro, también de su amor, se levantó. Retrocedió hasta la puerta y antes de que Sivel pudiera darse plena cuenta de la desesperación que anegaba aquel alma exaltada, la joven desapa-

reció. Media hora después se hacía destrozar bajo un automóvil.

Sacudido así en las más hondas fibras de su ser, Sivel consideró su vida rota para siempre. Pasó quince días encerrado en su laboratorio, vagando en la semioscuridad de un lado para otro.

Decidido al fin a arrancarse a aquello, su pasión por la ciencia lo cogió de nuevo, esta vez con inmenso ardor. Parecía que todas sus facultades hubieran renacido violentamente orientadas hacia los estudios anatómicos. Mas como a pesar de todo, su rostro desfigurado tornábale odiosa su permanencia en Roma, abandonó la ciudad eterna, llegando a Buenos Aires en 1904.

5

Ricardo Ortiz era argentino, y había nacido en la capital federal. Su familia, de cuantiosa fortuna, dedicóle a la ingeniería eléctrica, para lo cual Ortiz mostraba desde muy pequeño fuerte inclinación. Hizo sus estudios en Buffalo,* con brillante éxito. Volvió a Buenos Aires, y en vez de ejercer su profesión, dedicóse al estudio de pilas eléctricas; creía estar en la pista de un nuevo elemento de intensidad y constancia asombrosas. Como no frecuentaba el mundo, y sus manos solían estar poco menos que imposibles, su familia consideró que muy poca carrera haría, malgrado su ciencia. En consecuencia el padre le comunicó que, o dejaba sus ácidos o le privaba de su mensualidad. Ortiz optó por sus ácidos y súbitamente se encontró en la calle. Como no era en absoluto hombre de negocios, ofrecióse desde el día siguiente como profesor de inglés y matemáticas. Su familia halló mal esto, y el padre fue a verlo.

—¿Qué vas a hacer con eso? ¡Es una vergüenza para un ingeniero como tú!

—Tal vez —repuso tranquilamente Ortiz—. Seguiré trabajando.

—¿En *eso*? — señaló desdeñosamente el taller.

—Sí, en eso.

—¡Vamos a ver! Si te propongo...

—No me propongas nada, no aceptaré.

—¿Y vas a hacer eso toda la vida?

—Toda la vida.

—Inventando, ¿eh?

—Sí.

—¡Pero es que nos vas a deshonrar a todos con estas porquerías! — exclamó el padre indignado.

—Oye: —lo miró fijamente Ortiz— para decirme estas cosas, podrías no haber venido.

—¡Es que me da vergüenza!

—A mí también, pero no de esto...

—¿De qué?

—¡De la vergüenza de ustedes! ¡Se acabó! No les pido un centavo, y quiero que me dejen en paz.

Su padre, entonces, profundamente irritado, le lanzó señalando el taller:

—Para tener tanto orgullo, podrías abandonar también esto, que no compraste con *tu dinero.*

—Perfectamente —repuso Ortiz levantándose—, hiciste bien en recordármelo. Mañana me voy de aquí.

—Muy bien: es lo que debías haber hecho hace tiempo —contestó el padre, cada vez más irritado—; ¡Pero que no se te ocurra!...

—¿Quieres irte, por favor? — saltó Ortiz lívido.

A la mañana siguiente Ortiz enviaba a su padre, junto con las llaves el inventario de todo el taller.

Una semana más tarde, un primo de Ortiz hallaba por fin el nuevo domicilio de éste.

—¡Por fin te encuentro! Ya no tienes el taller, ¿es cierto?

—Sí.

—¿Y qué vas a hacer?

—No sé todavía

—¿Sabes lo que haría yo? Hablaría a tu padre...

Ortiz, que desde el primer momento había conocido que el primo venía enviado por el padre, lo detuvo, poniéndole la mano en el hombro:

—Mira: si fueras otro, te habría echado ya. ¡No quiero cuentos de ninguna especie!

El primo se irguió altivamente.

—¿Eh, qué?...

—Esto: si no fueras también un idiota, te echaría a bofetadas de aquí. ¡Fuera!

Un año después el padre de Ortiz moría, y el hijo renunció a todos sus derechos — medio millón de pesos.

6

Así estos tres hombres de carácter habían unido sus energías, asociándolas para prestarse su mutua fuerza y en esta circunstancia realizaron la más alta obra de genio que cabe en la humanidad: *hacer* un ser organizado.

Para el laboratorio, montado con los tipos más perfectos de máquinas e instrumentos que encargaron expresamente a Estados Unidos, Sivel había entregado su fortuna entera; Ortiz cooperó en la obra común con sus conocimientos de química; Sivel con los suyos de anatomía y Donissoff, con su profunda ciencia enciclopédica, y sobre todo bacteriológica.

A pesar del magnífico laboratorio y el talento de los tres asociados la empresa había sido profundamente desalentadora por su dificultad, y más de una vez Donissoff, Sivel y Ortiz habían caído por semanas enteras en el más hondo desaliento.

—¡No se puede, Donissoff, es imposible! — clamaba Ortiz, tirando sobre la mesa sus probetas y análisis.

—Trabajemos, Ortiz — contestaba aquel sin levantar la cabeza.

—¡Es que estamos tentando a Dios o al diablo, con esto! No vamos a conseguir nada.

—Si fuera a Dios, nada más, no sería mayor trastorno —explicaba Sivel—. Lo malo sería tentar al diablo.

Ortiz volvía de nuevo a la tarea. Pero otras veces le tocaba a él dar ánimo a alguno de sus compañeros, y así se sostenían mutuamente, hasta que los tres ante nuevas y al

parecer insuperables dificultades tiraban todo cerrando el laboratorio.

Su obra duró tres años. Carbono, hidrógeno, oxígeno, todos los elementos primordiales y constitutivos de la célula pasaron sucesivamente por la electrolisis de Ortiz, las disecciones de Sivel y los reactivos de Donissoff. A veces la conquista de tres o cuatro elementos fundamentales realizábanla en semanas. Otras, un solo paso adelante les llevaba hasta un año. De este modo pudieron obtener la sangre y sus glóbulos en lo que media de mayo a setiembre, necesitando en cambio para la conquista del bulbo piloso, diez y ocho meses. Y por este estilo, facilidades increíbles donde no se hubieran sospechado, y fracasos abrumadores en cosas aparentemente nimias. Hasta que el 23 de agosto de 1909, a los tres años menos doce días de haber empezado la rata, ésta surgía a la vida bajo la inyección de Donissoff.

Y ahora volvamos al comedor, donde los tres asociados, muertos de satisfacción y fatiga, descansaban.

7

—Por fin, ya era tiempo —gimió Ortiz, echándose cuan largo era en un diván—. Si esto demoraba diez días más, me moría, sencillamente.

—Sí; yo también estaba cansado; mucho más de lo que daba a conocer — apoyó Donissoff, sirviendo a sus compañeros el té que él en su carácter de ruso, preparara con gran prolijidad.

—Sí, pero hicimos la rata — concluyó Sivel.

—Y ahora que recuerdo: —exclamó Ortiz incorporándose en un codo— ¿por qué se me ocurrió una rata? Podíamos haber hecho otra cosa cualquiera.

—Esas son cosas de Sivel — dijo Donissoff.

—Sí, —afirmó Sivel, paladeando su té— se me ocurrió por la gran analogía de la sangre humana con la de rata. Esto lo vi por casualidad, hace ya muchos años en un análisis.

—¿De veras, Sivel? —levantó su cabeza Ortiz—. ¿Y por qué no igual a la del mosquito?

—Esa es pregunta para ser hecha a un mosquito, sabio electricista. Y usted que cree que la leche de burra es la más parecida a la de la mujer, ¿por qué duda de la sangre de la rata?

—No dudo, profesor; me asombro y me humillo

—¿Está seguro, Sivel, de su análisis? — interrumpió Donissoff, que desde un momento atrás miraba pensativo los vidrios de la puerta.

—Completamente; ¿por qué?

—Porque se me está ocurriendo, —respondió sin apartar la vista de los vidrios—, que podríamos hacer un hombre.

Ortiz se incorporó bruscamente, fijando sus ojos dilatados en Donissoff. Se rascó largo rato una uña.

—Nos daría más trabajo, —prosiguió Donissoff, siempre con la voz perdida—, pero lo haríamos. No veo por qué se admira Ortiz.

—¡No, por todos los voltios de mis dínamos! Si de lo que me admiro es del hombre ese que haremos... ¿Hombre o mujer, Donissoff?

—Hombre, Ortiz. Si usted no fuera tan inteligente, parecería una criatura a veces.

Sivel levantó al fin los ojos, y su mirada dio un fulgor de sombría severidad a aquel rostro deforme, y que antes brillara de belleza varonil.

—Creo que va a ser difícil — murmuró.

—¿Por qué, si se puede?... — le preguntó Ortiz, sentándose correctamente esta vez.

—No sé... pero se nos va a quebrar la obra. Yo había pensado ya en eso, cuando empezamos a hacer la rata. No les dije nada, por el mismo temor que tengo ahora; no vamos a concluir la obra. Respirará, digerirá, verá, se moverá, pero nada más. Y usted comprende que hacer eso, únicamente, sería una eterna vergüenza para nosotros.

—Y pensará — replicó Ortiz.

—No, eso no. Dele usted todos los sentidos que quiera, buena trasmisión de nervios, buen cerebro transformador: y por más sensaciones que tenga, no tendrá una sola percepción.

—¿Cuestión de alma, entonces? — profirió socarronamente Ortiz.

—No, electricista; no es cuestión de alma, sino de herencia. Por vivas que sean las sensaciones, le faltará *hábito* al cerebro para percibir, primero, y para no confundir las sensaciones, después. Con sus acumuladores pasa lo mismo, creo. Cuando están recién hechos, acumulan muy escasa electricidad, y no devuelven nada. Toda la corriente se emplea en *hacer* el acumulador, en afinarlo. Las cargas y descargas sucesivas lo van modificando, hasta que llega a almacenar electricidad y devolverla normalmente. Esto pasará con el hombre que hagamos.

—Pero si forzamos la carga...

—Tardaríamos mil años. Fíjese en el proceso de afinación de nuestro cerebro; tiene millones de años, toda la edad de la humanidad. Nuestro hombre se encontraría, en cuanto a inteligencia —o percepción, como se la llame— en el mismo estado que un recién nacido.

Donissoff, que no había apartado sus ojos de los vidrios, se volvió bruscamente a Sivel:

—Todo esto es perfectamente cierto; y mientras usted hablaba, iba yo haciendo iguales consideraciones. Pero, por lógico que sea su razonamiento, no es más que una conjetura. Creo que ésta es justamente la falla de su razonamiento: estamos juzgando como seres *creados* y no como *creadores*. ¿Quién puede decir qué facultades tendrá un sistema nervioso hecho en todos sus elementos con idéntica constitución a la de un hombre en plena edad viril? Su mismo argumento de los acumuladores eléctricos puede apoyar lo que digo: los fabricantes, desesperados del tiempo que empleaban las láminas de plomo en *hacerse*, cubrieron las láminas con una capa de óxidos, los mismos que se forman naturalmente en los acumuladores, con el transcurso del tiempo. Es decir: dan a las láminas *recién nacidas* el *sistema nervioso* de un adulto. ¿Por qué nuestro hombre no se hallaría en las mismas condiciones, Sivel?

—Tal vez, pero creo que no.

En ese momento Donissoff se levantó, y colocó los dos puños sobre la mesa, mirando fijamente a sus asociados. Esta

actitud de conferenciante, que en otra persona cualquiera hubiera chocado, estuvo lejos de provocar esa impresión, tratándose de Donissoff. Subía a su límpida mirada el temple de diamante de aquel alma. Su belleza angelical cobraba un tono, no de dureza, mas sí de firmeza de mármol, en que la voluntad trascendía hasta en la más leve línea de su rostro, algo en fin de la belleza sombría de un arcángel rebelde.

—Óiganme —les dijo con acentuación clara y cortante—. Vamos a hacer un hombre. La tentación es demasiado grande para que no la abordemos. Pero pongo una condición, sin la cual no me comprometo a nada: que me dejen dirigir el proceso de *afinación*, como dice Sivel. No sé aún qué haré, ni mucho menos cómo: ¿consienten?

—¡Sí Donissoff, consentimos! — respondieron a un tiempo Sivel y Ortiz, levantándose. El ardor de un nuevo triunfo había disipado por completo su cansancio, y se hallaban de nuevo prontos a luchar con las sombras de la nada.

—¡Un momento! —los detuvo aún Donissoff—. ¿Confían en mi?

Entonces Sivel que sentía por el arcángel profunda ternura y adoración, le puso la mano en el hombro:

—¡Niño sublime! — le dijo sonriendo aunque sin poder ocultar su emoción. Donissoff levantó su bella cabeza:

—¡Bien! Ahora vamos a ver nuestra obra.

Se levantaron frescos y descansados ya, y con sus potentes cerebros vibrando otra vez ante la perspectiva de una nueva lucha.

8

En medio del laboratorio, sobre la mesa de mármol, y enfocada por la viva luz de las ocho lámparas eléctricas con pantalla verde, la rata continuaba tendida de espaldas. Ortiz fue el primero en inclinarse sobre ella, y después de un momento de hondo examen se incorporó pálido:

—¡Este animal se está muriendo! — dijo a Donissoff mirándole en los ojos.

Donissoff y Sivel se doblaron bruscamente sobre la rata,

y observaron a la negra bestia, con sus ojos clavados en el corazón del animal, cuyos latidos de rapidez vertiginosa hacían vibrar la piel con una precipitación de timbre eléctrico.

La emoción de los tres asociados era demasiado grande para permitirles hablar. Allí, ante sus ojos, se iba, volvía a la nada de que había salido, llevándose consigo el inmenso orgullo de sus creadores, la rata artificial.

Diez largos minutos pasaron así, hasta que la voz de Donissoff sonó, clara y helada, en aquel silencio de angustia:

—Este animal se muere envenenado, Sivel, ¿está usted seguro de sus fórmulas?

—¿La de la sangre, Donissoff?

—Sí.

—Completamente seguro. En el ensayo de prueba no noté la más ligera disociación de elementos. Recuerdo que duró dos meses el ensayo.

—Con todo, ¿quiere traer su inventario?

Ortiz había dado el nombre de "Inventario" al cuaderno de fórmulas que rigieran la creación de la rata. Todas estaban allí y cuando Sivel volvió, Donissoff hojeó febrilmente el cuaderno y se detuvo en las ecuaciones de la sangre.

—Sí... está bien; no eso no.... —murmuró—. Pero esa sangre está envenenada sin embargo.

Mientras Sivel y Ortiz analizaban el aire expelido por los pulmones de la rata, Donissoff extrajo de las venas del animal unas gotas de sangre y se hundió en su análisis. Durante largo rato no se oyó en el laboratorio más que el golpe de los tubos de vidrio sobre el mármol. Al fin sonó la voz de Donissoff:

—¿Hay algo ahí?

—Nada —repuso Ortiz—. El aire está normal. ¿Y ahí?

—Aquí, sí. La sangre está enormemente fosfatada.

Durante meses y meses los tres asociados habían luchado en la formación del tejido óseo. A pesar del éxito de prueba obtenido, siempre habían temido que los fosfatos no estuviesen bien fijados. Más tarde, nuevos triunfos en nuevos elementos habíanles hecho olvidar aquella preocupación. Pero ahora, ante la confirmación de sus dudas, la luz surgía clara:

los huesos se disolvían; los fosfatos, arrastrados en el torrente circulatorio, estaban matando a la rata.

Lentamente los tres hombres rodearon de nuevo al animal. Tres años, mil noventa y cinco días de lucha como nunca la habían tenido, de energía como nunca la habían hallado, de pasión como nunca la habían sentido, todos esos días de ardiente esperanza, se desmoronaban en trágico silencio, arrastrando con ellos el orgullo, también en pedazos, de aquellos hombres de genio. Minuto tras minuto los huesos se disolvían envenenando la sangre. Y cuando a las nueve y media de la noche, la rata quedó por fin inmóvil, reintegrada después de dos horas de prodigiosa vida con la nada de que había salido a fuerza de genio humano, los tres asociados no tuvieron ni una sola palabra. Sin mirarse, sin hacer un gesto, quebrantados, abrumados de cansancio y fatiga intelectual, se acostaron.

Sería de creer que en el estado de fatiga en que se hallaban, apenas recostaron la cabeza, el sueño los rindió. Pero a altas horas de la noche, posiblemente las tres de la mañana, sonó vibrante la voz de Donissoff:

—¡Sivel! ¡Dos atomicidades más de carbón!...

—¡Una sola alcanzaría, Donissoff! —respondió instantáneamente la voz de Sivel—. Pero disminuyendo el...

—¡Nitrógeno! ¡Sí, había demasiado! — continuó Ortiz.

Los tres asociados, en vez de dormir, habían pasado la noche resolviendo la fórmula del tejido óseo.

Se durmieron en seguida. El hombre estaba ya hecho: los huesos no se disolverían más.

9

Y así, recomenzando las ecuaciones, análisis y ensayos, que fueron casi su única vida durante tres años, los tres asociados hicieron un hombre. Elemento por elemento, miligramo por miligramo, todo había sido prolijamente dosificado, probado y ejecutado. De modo que en la madrugada del 11 de junio de 1909, cuando Donissoff dio su golpe final de ém-

bolo en las venas del prodigioso engendro, el pecho de los asociados se abrió en un profundo suspiro, como un gran efluvio de esperanza que esta vez —¡no!— no se frustraría.

Y no se frustró. La misma decoración que diez meses atrás había encuadrado la vivificación de la rata, presidía ahora la del maravilloso ser creado. El laboratorio en silencio y a media luz: la mesa central —mas ahora con gruesas mantas— vivamente iluminada por las ocho lámparas de pantalla verde, el vaho asfixiante de la vez anterior: los tres asociados rodeando el cuerpo en igual tensión de espíritu.

Donissoff, con el oído sobre el corazón del hombre, parecía una estatua. Sivel tenía los ojos clavados en el termómetro, introducido en la boca de aquél. Ortiz oprimía entre sus manos los pies del hombre, observando la temperatura.

Durante dos eternos minutos ninguno se movió. Al fin Donissoff se incorporó, apartando de la frente su cabello rubio.

—Ya está —dijo sencillamente—. Retire el termómetro, Sivel: no hace falta. Lo mismo, Ortiz... corte la corriente... Veinticinco grados es suficiente.

Tal increíble perfección habían puesto en los más insignificantes detalles de su obra; tal mutua fe tenían en el genio inventivo de Donissoff, escudriñador de Sivel y aplicador de Ortiz, que los tres asociados no sintieron ni remotamente, el loco entusiasmo de la otra vez, cuando vivió la rata. El alma les vibraba de gloria, sin duda, pero demasiado alta esa gloria para que se manifestara en turbulencia física. Sentáronse en la mesa próxima, las piernas colgantes, mirando en silencio su obra.

El ser que yacía de espaldas frente a ellos era un hombre de mediana estatura, de maravillosa proporción. Representaba veinticinco años. Las facciones tenían una serenidad sorprendente. Los ojos estaban cerrados y el pecho subía y bajaba rítmicamente.

Esto era lo que habían hecho Donissof, Sivel y Ortiz, pasando de aquella rata que se había devorado a sí misma a las dos horas de existencia, a ese maravilloso ser que yacía desnudo, respirando armoniosamente.

Además tenía nombre. Como desde los primeros momentos en que se pusieron a la obra, habían sentido la necesidad

de llamar de algún modo a su hombre en formación, Ortiz había propuesto llamarle Biógeno, esto es: *Engendro vida*. En verdad, quienes la engendraron eran ellos; pero el nombre había pasado.

Después de un largo rato de muda contemplación de su obra, que condensaba un millón de torturas cerebrales, Sivel levantó la voz en aquel silencio:

—Ya hemos concluído nosotros, Donissoff; ahora le toca a usted. Si lo despertamos abrirá los ojos y mirará, y si lo bajamos quedará de pie donde lo dejemos, porque no se le ocurrirá caminar, y si lo hacemos caminar chocará con todo, porque no tiene noción de los obstáculos.

—¿Usted no pretenderá que veamos esto, no? Más valdría en este caso habernos pegado un tiro nosotros.

Donissoff, la vista fija en la mesa, parecía no haber oído. Su expresión tenía aquel sello de implacable voluntad de las ocasiones decisivas.

—¡No! —respondió al fin—. No hemos hecho eso para deshonra nuestra... ¿Se acuerdan ustedes de la promesa que me hicieron cuando decidimos los trabajos?... ¡Sivel, Ortiz! Necesito que me den plenos poderes para animar eso.

—¡Entendido, Donissoff! No necesitaba decírnoslo.

—Sí, necesitaba, porque....

—¿Por qué, Donissoff?

El rostro de éste se contrajo, y un rayo acerado cruzó por su mirada de arcángel.

—¡Un momento! ¡Nada más que un momento!

Y atravesando el laboratorio salió.

10

Un rato después Donissoff entraba, acompañado de un hombre pobremente vestido, muy flaco y de semblante amarillento. Usaba anteojos oscuros. El sujeto, evidentemente tímido, miraba con gran sorpresa a los tres hombres, hasta que su vista se fijó en las lámparas eléctricas, la mesa refulgente y el hombre tendido sobre ella. Entonces su rostro se demudó

—Ya le dije —se dirigió Donissoff a él— que se trata de una operación. Ese hombre está cloroformizado. Necesitamos su ayuda para.... ¡permítame un segundo!

Y volviéndose a Sivel y Ortiz les dijo rápidamente en inglés:

—Hay que sujetar en seguida a ese hombre. No perdamos un minuto porque va a desconfiar.

Tan brusca fue la revelación para los dos asociados que a pesar del dominio que sobre sí tenían, se quedaron con los ojos profundamente abiertos.

—¡Vamos! No se olviden de lo prometido... ¡En seguida! — repitió Donissoff con la voz ya casi angustiosa a fuerza de ser imperativa.

—¡Donissoff! — murmuró Ortiz.

—¡Ortiz! — chirrió aquél entre dientes, abrasándolo con la mirada. Y se volvió al hombre.

Éste, los ojos desmesurados de estupor y de desconfianza, retrocedió un paso. Pero el otro le puso la mano en el hombro:

—¡Ortiz!... ¡Sivel!... — llamó a éstos con su voz clara y cortante. Y en un segundo el sujeto estuvo ceñido entre los brazos, atado y sentado en una silla. Los anteojos se le habían caído en la lucha; estaba lívido, el pelo revuelto, y el rostro traspasado de terror. Los tres asociados, jadeantes, no se tomaron la molestia de alejarse para hablar.

—¿Y bien?... — preguntaban las miradas de Sivel y Ortiz, fijas en la de Donissoff.

—¡Y bien! —repuso éste—. Es el elemento definitivo; ya está hecho.

—Hable en inglés, Donissoff —repuso Sivel. Y agregó: ¿Qué está hecho? ¿Ese hombre?...

—Sí.

—¿Y vamos a hacer?...

—Torturarlo.

Sivel, que iba a agregar algo, se detuvo y clavó su mirada profunda en Donissoff. Él lo miraba tranquilo, pero muy pálido.

—¡Nosotros, Donissoff!

—Sí... Nos es indispensable una intensa producción de dolor, una sobreaguda corriente de dolor, para provocar en su

sistema nervioso una sensibilidad que sólo los años darían. Acuérdense de la discusión que tuvimos al principio, comparando nuestra obra a un acumulador... Ha sido fabricado como un acumulador; pero ahora será una bobina, un carrete... la corriente obrará por influencia.

Esto exige alguna explicación, que fue la proporcionada por Ortiz varios días después, en la instrucción del proceso.

Si se arrolla un alambre aislado en un cilindro de hierro, y se hace pasar por el alambre una corriente eléctrica, el hierro se imanta. Si ese cilindro así dispuesto se introduce en el hueco de un carretel, sobre el cual se ha arrollado también otro alambre perfectamente *aislado,* sin comunicación alguna con el cilindro, la corriente eléctrica del cilindro pasa por *influencia* a la del carretel, pero *centuplicada* en energía. Esto es lo que se llama carrete o bobina de Rumkhorff. Y a este fenómeno de corriente o *sensibilidad,* centuplicada sin contacto, es al que aludía Donissoff.

Esta explicación, necesaria para el juez de instrucción, no lo fue para Sivel y Ortiz. Vieron en seguida, con un estremecimiento, a dónde iba Donissoff.

En sus rostros se reflejó la admiración que les causaba ese audaz golpe de genio o locura. ¡Mas torturar a un hombre! Horrible era sin duda; pero para aquellos tres hombres que habían sacrificado a su ideal, uno su cariño de hijo, otro su amor, otro su fortuna, el tormento aplicado a un pobre ser inocente no podía ser obstáculo al triunfo de su ideal científico. Nada había más puro y sencillo que el corazón de aquellos tres hombres, y por eso, a pesar de todo, aunque su inteligencia decidía inexorablemente el martirio necesario, sus almas allá adentro, lloraban de compasión. En Donissoff sobre todo, hacía estremecer el profundo contraste entre su rostro de arcángel y la terrible voluntad que se sobreponía a sus sufrimientos, como una sombría bandera de combate clavada vigorosamente en su propio corazón. Y por esto mismo los ojos del pobre diablo —lívido de terror— se abrieron espantosamente al ver a Donissoff que hablaba, sin darse cuenta, en francés.

—¡Decidámonos, Sivel! Cuanto más tiempo ganemos, mejor. Ortiz: abra un poco la corriente.

—¿Para la tortura?...

Pero no pudo concluir. Un grito de horror, un alarido desgarrante, había partido de la garganta del pobre diablo al oír *tortura*. Atemorizado ya al infinito con el lazo que le habían tendido, aquel laboratorio con su aspecto de infierno, y los tres demonios devoradores de hombres, su ser todo se había roto en un alarido al ver lo que le esperaba.

Hizo un esfuerzo terrible para romper las ligaduras, y rodó por el suelo con una convulsión. Lo levantaron, sentáronle de nuevo, y Donissoff, poniéndole la mano en el brazo, le dijo fríamente:

—Es inútil que grite: no se oye absolutamente nada desde la calle. Ahora, si la seguridad de que nosotros sufrimos más que usted con su propio dolor, puede servirle de algo, téngala en un todo.

El pobre diablo, los ojos desmesuradamente abiertos, y con el rostro surcado por heladas gotas de sudor, quedó inmóvil siguiendo a Donissoff con la vista. Desde ese momento no tuvo un gesto, ni se movió, presa de profundo estupor.

Entonces unieron una mesa con aquella en que yacía Biógeno y acostaron en ella a la víctima desnuda. Sujetáronle con los pies y las muñecas a la mesa; y mientras Ortiz abría más la corriente de su dínamo para levantar la temperatura del laboratorio, Donissoff fue a buscar al taller mecánico una pequeña herramienta: un alicate.

El hombre inmovilizado sintió la aproximación de Donissoff y el contacto de su fina mano en una de las suyas. Durante cinco segundos el corazón del pobre ser latió desordenadamente, muerto de angustiosa expectativa. Y de pronto lanzó un grito terrible. Una de sus uñas, cogida por el borde con el alicate, acababa de ser arrancada hacia atrás.

Fue un solo grito, pero que llevaba consigo un delirante paroxismo de dolor. El laboratorio cayó de nuevo en profundo silencio. Los tres asociados, pálidos como la muerte y con los ojos fijos en Biógeno, concluían de notar un ligero estremecimiento en sus párpados.

—Ha sentido... — murmuró Ortiz.

Ninguno respondió. Sí, la corriente había pasado; el ser recién creado, virginalmente puro de sensaciones, acababa de

sentir en su sistema nervioso el primer choque del dolor llevado a su culminación.

Un momento después, otro alarido resonaba, más desgarrador aún que el primero; otra uña echada atrás con el alicate, había desaparecido del dedo.

Y con largos intervalos, los alaridos se sucedieron, pero prolongándose cada vez más en un estertor lamentable.

Los tres asociados, fijos los ojos en Biógeno, constataban el creciente temblor de sus párpados, mientras la expresión de serenidad estatuaria comenzaba a desvanecerse. Iba adquiriendo ese algo cansado, doloroso, serio, que caracteriza la expresión del adulto que ha sentido y sufrido, expresión visible aún cuando duerme. El acumulador se iba cargando.

Pero entre tanto a cada nuevo alarido del pobre ser torturado, la palidez de los operadores aumentaba. Cuando la sexta uña hubo sido echada hacia atrás, Ortiz puso la mano en el brazo a Donissoff y le miró con profunda angustia:

—No puedo más, Donissoff... Me voy.

Donissoff evitó su mirada y sacudió las ondas de sus cabellos sin responderle.

—Sufro demasiado... — continuó Ortiz en voz baja.

—Yo también —repuso Donissoff, con su rostro blanco y contraído—. Pero quiero llegar hasta el fin.

Ortiz se retiró. Al octavo alarido Sivel estrelló contra el suelo una pinza de operaciones que conservaba aún y se echó de brazos sobre una mesa. Donissoff lo contempló un rato y yendo hacia él le pasó suavemente la mano sobre la cabeza.

—¡Váyase, Sivel! Yo operaré solo.

Sivel levantó su rostro desfigurado, más blanco que el mármol, y clavó sus ojos en los de Donissoff. Durante largos segundos se observaron aquellos dos hombres de temple formidable, y durante esos segundos ambos volvieron al pasado lleno de sangre de sus propias almas. Pero esta vez el acero de la voluntad de Sivel se había quebrado, no podía resistir más.

—Váyase, Sivel — repitió con dulzura Donissoff. Sivel se fue, y hundido con Ortiz en los divanes del comedor, continuaron oyendo los lamentos desgarradores del torturado.

11

Pasó así media hora. Ortiz, con las manos cruzadas detrás de la nuca, tenía la vista fija en el techo. Sivel, inmóvil también, fumaba. Pero el cigarro le duraba apenas unos minutos. Y acabado de tirar el décimo, los alaridos cesaron.

Un momento después entraba Donissoff, pálido como la muerte.

—¡Me muero de sed! —exclamó con la voz ronca—. ¿Quiere hacer té, Ortiz? Estoy un poco cansado.

Se dejó a su vez caer en el diván, junto a Ortiz, echando la cabeza atrás, con los ojos cerrados.

Durante un largo rato no dijeron una palabra. El silencio parecía ahora mucho más profundo.

—¿Concluyó? — preguntóle Sivel al fin, sin mirarle.

—Sí, pero no sé... Me moría de sed.

—¿Y ese desgraciado? — le dijo Ortiz.

—¡Un momento, Ortiz! ¡Déjeme descansar un momento!... Está desmayado ahora.

Cuando hubieron tomado el té, se levantaron y fueron al laboratorio. Sobre las mesas vivamente iluminadas, yacían los dos cuerpos, uno al lado del otro. El pobre ser torturado parecía ahora de una flacura cadavérica. Tenía el vientre horriblemente hundido y las costillas salientes, proyectadas hacia arriba por contraste, parecían romper la piel. Tenía el rostro lívido y los ojos hundidos en el fondo de las órbitas. De sus fosas nasales caían dos hilos de sangre que cortaban paralelamente los labios y se perdían en la barba. No conservaba una sola uña en sus dedos.

Los tres asociados, después de pulsarlo y auscultarlo, se inclinaron sobre Biógeno. El temblor de los párpados había cesado: pero su expresión era otra: la expresión de un hombre que ha vivido, amado, sufrido. ¡Sí, aquella boca cerrada había gritado; aquellos ojos habían visto, aquella frente ya no tersa había pensado!

A pesar de las emociones de ese día, y de los terribles choques que acababan de sufrir, los tres experimentadores sintieron sus almas refrescadas de glorioso orgullo. El corazón de Biógeno trabajaba con absoluta precisión; los pulmones

quemaban su oxígeno hasta el último átomo, y el cerebro, ahora, *vivía*. No era ya su sistema nervioso el de un recién nacido: su cerebro había vivido una existencia entera de sensaciones. Pero para ello había devorado en dos horas todo cuanto cabe de dolor en un organismo humano.

La vista de sus creadores se apartó al fin de él, fijándose en la víctima.

—Ha sufrido horriblemente — murmuró Ortiz, bajándole el párpado inferior. Urgía levantar su depresión; desprendieron las ligaduras con exquisito cuidado, y lo llevaron en brazos a la cama de Donissoff. Allí, gracias a una inyección de cafeína, y a los cuidados que le fueron prodigados, el pobre diablo volvió en sí. Los ojos dilatados de estupor recorrieron lentamente la pieza y se fijaron al fin en los tres rostros que lo observaban. De pronto su rostro se contrajo horriblemente. Lanzó un grito desesperado en que iba toda la defensa que quedaba al pobre ser ante un nuevo martirio: acababa de reconocer a Donissoff.

—¡Retírese! —dijo Sivel a éste al oído—. Su presencia acabaría de enloquecerlo.

Donissoff salió; y entonces Sivel y Ortiz tuvieron el arduo trabajo de tranquilizar al mísero torturado, lográndolo al cabo de media hora larga. Dejáronlo* solo luego, pero cerrando tras de sí la puerta con llave.

Los tres asociados encontráronse por fin solos ante su obra.

—Era tiempo de que concluyéramos —exclamó Ortiz, pasándose la mano por la frente—. Tengo la sensación de que hemos vivido mil años en este día.

—¡Sí, hemos concluído! — objetó Sivel.

—¿Por qué no? Fíjese en esa expresión. Ese hombre tiene ya cuarenta años de vida cerebral.

—¿Duda, Sivel? — se volvió a él Donissoff, mientras recogía de la mesa próxima su jeringuilla Pravatz.

—No sé... —contestó Sivel, sacudiendo la cabeza—. Temo mucho, al menos... Pero temo otra cosa.

—¿Qué?

—No sé bien... Inyecte, Donissoff.

Donissoff inyectó su suero excitante en el vientre de Biógeno, y un momento después éste abría los ojos. Fácil es dar-

se cuenta de la profunda ansiedad con que los tres experimentadores observaron aquella primera manifestación de vida real. La mirada de Biógeno, clara, límpida, pero desprovista en un todo de expresión, se fijó directamente en el techo.

Pasó un minuto así, en profundo silencio, Donissoff, Sivel y Ortiz observando aquella mirada, y la mirada aquella fija en el techo, sin pestañar. Al fin se oyó un murmullo.

—No sé — había susurrado Ortiz.

Instantáneamente, la cabeza de Biógeno se volvió hacia donde había sonado la voz, y sus ojos, con expresión de profunda inquietud, miraron a los tres hombres. Los tres sintieron, al examinar esos ojos, un hondo estremecimiento.

—¡Donissoff!... ¡Esa mirada! — murmuró Ortiz.

—Sí, —repuso Donissoff, pálido—. Yo también la conozco.

—Eso es lo que... —iba a agregar Sivel. Pero las palabras se cortaron en su boca: Biógeno, con expresión de agudo sufrimiento, acaba de recoger las manos, *tocándose las uñas*.

—¡Eso es lo que temía! —reanudó Sivel, con el ceño contraído—. ¡Ha absorbido todas las torturas del otro! ¡Hemos hecho un monstruo de dolor, Donissoff!

—¡No! —repuso éste, con su pálido rostro de arcángel—. El dolor está aún a flor de nervio... Se reabsorberá en seguida.

Entonces se oyó una voz que no era de ninguno de los tres experimentadores.

—¡Ay! ¡Las uñas!

El primer movimiento de Donissoff, Sivel y Ortiz fue volverse vivamente hacia la puerta del cuarto en que yacía el pobre torturado: habían oído *su* voz. Era su voz; y sin embargo había salido de encima de la mesa: era *él* quien hablaba.

Los tres hombres se estremecieron violentamente. Esa sencilla frase probaba ya sensación, percepción, todo cuanto hace del adulto un ser superior. ¡Pero la mirada era del otro! ¡La voz era del otro!

—¡Hemos hecho un horror, Donissoff! —clamó de nuevo Sivel, pasándose la mano por su frente angustiada—. Ese hombre no tiene vida propia. Es un maniquí; le hemos trasmitido el alma del otro.

Donissoff se irguió; y mientras su mirada tornaba a acerarse, como en todos los casos en que irrumpía de su alma una explosión de voluntad o de genio puso la mano en el hombro de Sivel.

—¡Sivel! Jamás le he asegurado yo de antemano una cosa de la cual no estuviera completamente seguro. Ese ser tiene vida propia, o la tendrá. La influencia del alma del otro persiste aún, y sería imposible que así no fuera. Pero se disipará en cuanto vuelva a despertarse. Y entonces...

—*¿Entonces qué,* Donissoff?

—Entonces —prosiguió Donissoff con un poco de lentitud, y mirando a otra parte—. Entonces es posible que sufra mucho aún. Cuando usted temía esta especie de avatar momentáneo, yo temía...

Pero no pudo concluir. Biógeno, que en pos de su frase de sufrimiento había caído en un profundo sopor, acababa de abrir los ojos y lanzar un grito delirante.

—¡Eso es lo que temía! —exclamó Donissoff, lívido—. ¡Ya empieza!

Otro nuevo grito sonó, y Biógeno se incorporó violentamente. Los tres asociados se lanzaron sobre él y apenas el ser aquel sintió en el cuerpo el contacto de las manos de sus creadores, prorrumpió en alaridos de espantoso dolor.

Ortiz levantó la cabeza y miró fijamente a Donissoff.

—*¿Y para comer,* Donissoff?...

Se hizo un mortal silencio. Evidentemente el sentido del gusto debía tener la misma espantosa irritabilidad del de la vista, del oído, del tacto..

—¡Eso es! —dijo Sivel—. No podrá comer. Preferirá la muerte, antes que los terribles dolores que le ocasionaría un simple trago de agua... ¡Donissoff! —exclamó después de un rato de silencio, levantándose—. ¡Donissoff! —repitió mirándolo fijamente—: ¡Matemos *eso*!

Ortiz, que a horcajadas en la silla tenía la cabeza apoyada sobre los brazos cruzados en el respaldo, levantó lentamente su rostro pálido. No se oía sino la respiración de Biógeno.

—¡Hemos hecho un monstruo, Donissoff! —repitió Sivel con la voz ronca—. ¡Matemos *eso*! Es más misericordioso.

Donissoff, que hasta ese momento no había hecho un solo gesto, se levantó. Fue a la cama, pulsó aquellas arterias, auscutó aquellos pulmones, y se volvió al fin con los ojos húmedos.

—¡Compañeros! Ustedes saben con cuánto cariño y energía hemos trabajado juntos cuatro años. ¡Cuatro años trabajando juntos...! ¡Les pido un día, nada más que un día de tiempo! Si mañana a esta hora su sistema nervioso no está aplacado, destruiremos nuestra obra... ¡Pero un día, por favor, Sivel!

Y sentándose al pie de la cama, dejó caer la cabeza en el respaldo.

Ahora bien; para Sivel y Ortiz que conocían hasta el fondo el temple de aquel alma, esa exclamación de un héroe de la voluntad era más temible que cualquier honda protesta de desaliento. ¡Qué agudas y profundas debían de haber sido las emociones de ese día, para quebrantar como un diamante, los nervios de aquel arcángel! La obra era común, sin duda, y a ella habían aportado la sustancia íntima de sus almas, transformada en talento y energía. Pero ni Sivel ni Ortiz ignoraban que aquello era obra de Donissoff. Las angustias habían sido por lo tanto triple que las de sus compañeros, y de ahí ese derrumbe de su energía que, como el de una montaña, arrastra junto con lo que halla a su paso, a la montaña misma.

Ortiz quiso ir hacia Donissoff, pero Sivel lo contuvo con un gesto. Quedaron inmóviles. Un momento después Donissoff se levantaba. No quedaba la más leve huella del desaliento sufrido. Su frente, sus ojos, su expresión entera, tenían la limpidez acostumbrada.

—Creo que podríamos acostarnos — dijo sencillamente.

Sivel y Ortiz asintieron de muy buena gana. Cerraron antes herméticamente ventanas y puertas del cuarto a fin de evitar en lo posible impresiones a los sentidos de Biógeno, y salieron. Sivel y Donissoff durmieron en el laboratorio sobre una simple manta.

12

Al día siguiente los tres asociados levantáronse muy temprano. Sentíanse molidos, quebrantados por las emociones de las últimas veinticuatro horas en que habían visto la realización, el fracaso y el resurgimiento de su sueño de tres años. Fueron al comedor, pero como no tenían hambre alguna, desayunáronse con naranjas. El ácido jugo fue un gran calmante para sus gargantas resecas; y luego, un poco más reconfortados ya, pasaron al cuarto de Sivel, donde el torturado, con las dos manos vendadas, dormía aún.

Despertóse sólo cuando los tres experimentadores estuvieron a su lado. Sus ojos dilatados en un profundo círculo negro, ojeras de sufrimiento y de terror pasados, vagaron apagados por el techo.

—Buen día —le dijo Sivel poniéndole la mano en la cabeza—. ¿Cómo se encuentra?

La mirada del mísero, que iba pesadamente de uno a otro, concluyó por fijarse en la de Sivel. Y lentamente, como una lámpara eléctrica que comienza a encenderse poco a poco, aquélla revivió.

—Bien... bien... — repuso al rato, con una voz que surgía rota del fondo de su naturaleza, trémula todavía por el sufrimiento pasado.

—¿Mucho dolor, ahí? — prosiguió Sivel.

—No... nada... no me duele...

—¡Cómo!... Pero fíjese bien: *¿dolor,* no? ¿No le duele nada, nada?

El otro cerró los ojos y sus labios temblaron un rato.

—No, nada...

Sivel y Ortiz se miraron intensamente. Donissoff con la vista fija en los muñones vendados, no movió un solo músculo. Entonces Sivel salió, volviendo en seguida con una aguja de coser heridas. Inclinóse sobre él, y oprimiéndole fuertemente la muñeca, le preguntó:

—¿Siente?

—No.

Entonces Sivel hundió la aguja entera en el antebrazo.

—¿Siente?

—No.

Sivel, pálido, se incorporó. Volvió a cubrir al desvalido y seguido de sus compañeros abandonó la pieza.

—Este hombre se muere — dijo sencillamente, cuando estuvieron solos en el laboratorio. Donissoff no respondió en los primeros momentos.

—Sí —contestó—. Lo hemos muerto. Sus nervios están quebrados para siempre. Son incapaces ya de la menor reacción sensitiva. Mañana no verá más, pasado no oirá, y luego no respirará.

—Hemos descargado demasiado la pila — observó sordamente Ortiz.

—Y el acumulador, en cambio, se ha sobrecargado — apoyó Sivel, quedando un momento con la vista perdida. Cuando la alzó, ya no estaba allí Donissoff.

—¿Y Doni...? — iba a preguntar. Y un grito terrible, un verdadero aullido de dolor llevado a su paroxismo, le heló las palabras. Lanzáronse de un salto al cuarto de aquél, pero Donissoff cerraba en ese instante la puerta por fuera.

—¿Qué, Donissoff? ¿Qué hay? — exclamó Ortiz.

—Nada —repuso aquél—. Entré y estaba en medio del cuarto...

—¿Y ese grito?

—En cuanto vio la luz... ¡Todavía!

Otro grito de dolor, efectivamente, acababa de oírse. Era Biógeno, a cuyo vibrante sistema nervioso, la menor sensación arrancaba gritos de agudo dolor. Un pequeño rayo de luz hacíale el efecto de un deslumbrante fulgor en plena pupila. Si tocaba un objeto recibía una violenta quemadura. Y el gusto, el oído, el olfato, todos los órganos de la sensación, puestos en un grado de terrible excitabilidad por sus creadores, mantenían a aquel desgraciado en medio de la pieza, tembloroso, angustiado, empapado en frío sudor de tormento.

¡Sí! Había robado, absorbiendo hasta la última vibración, toda la potencia nerviosa que surge de una persona a la que se tortura. La absorción había sido completa, decisiva y fatal: mientras el uno sentía demasiado, hasta aullar de dolor por la impresión de un leve rayo de luz, el otro, con

los nervios vaciados y muertos, iba a perder la vida, por no sentir nada...

Los tres hombres habían quedado inmóviles ante la puerta cerrada. Al segundo grito había seguido un tercero y luego de nuevo el silencio.

—¡Quién sabe! —murmuró Sivel—. Tal vez cuando pierda un poco de excitabilidad... Entremos de nuevo, Donissoff.

Pero apenas hubieron hecho girar la llave, un angustioso grito les probó que el ligero ruido de la llave había torturado el tímpano de aquél. Retrocedieron, en la fe de tres esperanzas hechas pedazos, mientras en el cuarto los gritos continuaban: esta vez de mucha más intensidad y duración que la vez primera.

Así, durante dos días enteros, los tres asociados vinieron sintiendo sin la menor tregua el grito aquel que surgía del cuarto cerrado. Ya no era menester el chirriar de una puerta, la luz que entrara por ella: los ruidos apagados de la calle, las casi invisibles filtraciones de luz, el solo contacto de los pies en el suelo, eran para aquella naturaleza que había cobrado vida por medio de alaridos de dolor, un manantial inagotable de tormentos. No habían pretendido los experimentadores someterlo ni por un instante a la tortura de la alimentación. Aparte del dolor irresistible que le hubiera ocasionado un simple trago de agua, habría sido menester poner sus manos encima de él, violentarlo, exponiéndolo por consiguiente a que el sufrimiento paroxístico rompiera de una vez sus nervios, ya tirantes hasta lo indecible.

El otro, entre tanto, el mísero torturado, se iba extinguiendo en la vaciedad total de su organismo. Ya no veía, ni oía, ni sentía nada. Yacía tendido de espaldas, inmóvil, muerto en vida. El corazón latía cada vez más débilmente. Su respiración se apagaba, y aquel cuerpo joven, lleno de vida dos días antes, era apenas un organismo vegetal, insensible máquina que se había vaciado hasta la última gota en explosivas cargas de dolor.

Y en el cuarto de Donissoff los gritos de tortura continuaban, agudos, incesantes, hasta que concluído el tercer día cesaron de golpe. Los tres asociados entraron hallando a Biógeno desmayado en el suelo. La respiración y el pulso eran

completamente normales. Acostáronlo, y ellos de pie, a su lado, se hundieron en tumultuosas reflexiones.

Dos días hacía que no lo veían, que no habían visto a aquel ser humano pensado, planeado y ejecutado por ellos. ¡Y cuántas esperanzas perdidas! ¡Qué desastre y qué triunfo al mismo tiempo, con aquellos nervios que sangraban vivos por exceso de sensación! Pero no es eso lo que ellos habían pretendido. Allí estaba desmayado de extenuación nerviosa, por fin, después de dos días de tortura. Mas pronto volvería en sí.

—¿Qué le parece, Donissoff? —preguntó Sivel—. ¿Una gruesa inyección de morfina? La resistiría bien.

—Sí —repuso Donissoff, con la voz perdida—. La resistiría bien, pero mataríamos el alma. Y lo que precisamos es disminuir la sensibilidad exterior, nada más. Tal vez hubiera algo mejor...

—¿Qué?

—Descargar el acumulador.

—Es lo que está pasando desde anteayer...

—Sí, pero en corto circuito, como dice Ortiz. La descarga sobre sí mismo... Y hace falta una máquina receptora.

Sivel lo miró intensamente, y su rostro deforme palideció.

—¡No quiero más torturas, Donissoff! — repuso con la voz ronca.

—No torturaremos a nadie, Sivel —objetó aquél—. Pero podríamos hipnotizar a alguien. En este estado es fácil recibir el exceso de carga de Biógeno.

—¿Pero a quién?

—A mí.

Sivel y Ortiz se volvieron bruscamente a Donissoff. Su belleza de arcángel centelleaba bajo el influjo de su genio y su voluntad. Sivel, que había vuelto a bajar la vista sobre Biógeno, la alzó esta vez completamente contraído:

—¡Donissoff! ¡Por lo que más quiera en este mundo, no haga eso!

—Por lo que más quiera... — murmuró Donissoff, mientras una sonrisa amarga se dibujaba en sus labios. Y su mirada, perdida en el vacío, reconstruyó otra escena de comité

secreto, allá muy lejos en que había sacrificado algo más que su propia vida. Sacudió la cabeza.

—¡Es menester! Allá en Rusia hice algunos experimentos de hipnotismo... Necesitábamos todos conservar nuestra potencia activa y pasiva en sugestiones. Como ustedes comprenden, en este estado me será fácil transformarme a mi vez en acumulador... pero será preciso torturar a Biógeno.

—¡No, no, Donissoff! —exclamó Ortiz—. ¡No podría oír ni un solo grito de esos!

—Ni yo; por eso quiero cambiar este insostenible estado de cosas. Hemos puesto en esta miserable máquina de sufrimientos todo cuanto nos une aún a la vida. Por lo menos a Sivel y a mí... Ortiz no ha sufrido aún. Los dolores que pueda sentir no son nada en relación a la tortura incesante de este pobre ser. Además, Sivel, dos o tres sacudidas bastan. Mis nervios recogerán la corriente, para devolverla apenas cese el estado hipnótico... fíjese en esto.

Y era evidente; el problema hallaba así prodigiosa y elemental solución. El pecho de Sivel y Ortiz se abrió a una nueva oleada de esperanza, que esta vez los llevaría al triunfo, ¡ya demasiado lleno de dolores!

Entonces, viva, febrilmente, dispúsose todo. Transportaron a Biógeno al laboratorio, y le tendieron fuertemente ligado, sobre la mesa donde naciera a su miserable vida. Al lado suyo se tendió Donissoff, oprimiendo fuertemente la mano de Biógeno. La sala de tortura volvía a tener el mismo aspecto de la vez primera: el laboratorio oscuro en los rincones; las mesas de mármol vivamente iluminadas por las lámparas eléctricas con pantallas verdes; los experimentadores mudos, y la atmósfera quieta del recinto que parecía esperar angustiada nuevos gritos de tortura.

Sivel se inclinó sobre Donissof y fijó su mirada profunda en los ojos de aquél. Ortiz, inmóvil, pulsaba a Biógeno. No se sentía el menor ruido en el laboratorio.

La voluntad de Sivel para que Donissoff durmiera sólo era igualada por la del propio Donissoff para querer dormirse. ¿Qué no hubieran podido obtener aquellas dos energías de acero, puesto todo su esfuerzo en un solo pensamiento?

Al rato los ojos de Donissoff se cerraron. Sivel colocó

el índice y el pulgar de su mano sobre los párpados de aquél, oprimiéndole los ojos suavemente.

—¿Duerme, Donissoff?

—Todavía no.

Pasó un largo rato. Hubiérase podido seguir por todo el laboratorio, el zumbido de una mosca.

—¿Duerme, Donissoff?

Esta vez la respuesta demoró.

—Sí, estoy dormido.

Sivel se volvió entonces a Ortiz.

—¿Y *eso*? — preguntóle en voz baja.

—Ya comienza a estremecerse... ¡Empecemos en seguida!

No había momento que perder. Sivel se inclinó de nuevo sobre Donissoff.

—¡Donissoff! — le dijo con voz lenta, para insinuar más firmemente la sugestión—. Usted tiene una gran debilidad nerviosa y necesita una fuerte excitación... ¿Me oye?

—Sí.

—Cuando la impresión que sienta llegue a ser dolorosa, ¿oye bien?, cuando *sienta dolor,* se despertará en seguida.

—Sí.

—¡Apenas sienta *dolor,* Donissoff!

—Sí.

Sivel se reincorporó entonces, tranquilo. Con esa sugestión perentoria, nada había que temer; sería imposible el menor trastorno.

Lo que pasó entonces fue tan terrible que ni Sivel ni Ortiz han podido después reconsiderar el tiempo justo que tardó en efectuarse la terrible catástrofe. Sivel había concluído apenas de enderezarse, cuando Biógeno se agitó violentamente. Era menester a toda costa evitar que se despertara *normalmente.*

—¡Ligero, Ortiz! —exclamó Sivel—. ¡Tortúrelo!

Ortiz se doblegó sobre el desgraciado con su instrumento de horror y un segundo después un alarido horrible, sobrehumano, como nunca lo hubieran oído, una verdadera expresión de dolor llevado a su paroxismo, resonó en el lúgubre laboratorio. Y tras él otro grito, pero ronco, de corazón que estalla, enloqueció a los operadores.

Donissoff acababa de incorporarse violentamente, con los ojos fuera de las órbitas y la boca espantosamente abierta.

—¡Donissoff! — gritaron a un tiempo Ortiz y Sivel precipitándose sobre él. Pero Donissoff había vuelto a caer hacia atrás, con un ronco suspiro, muerto, destrozado por aquella abominable máquina de dolor que había creado con su genio y que concluía de descargar de golpe todos sus sufrimientos acumulados: había estallado, matando a Donissoff.

Ortiz y Sivel, mudos de horror, quedaron anonadados. ¡Su compañero, el más grande y noble de todos los hombres, aquella criatura de genio y sacrificio, fulminado para siempre! ¡Estaba allí muerto, aquel arcángel de genio que había creado lo más grande que es posible crear en este mundo! ¡Y perdido para siempre!

Sivel, con un ronco y profundo sollozo, cayó sobre el pecho del héroe.

—¡Donissoff, niño querido! —exclamó—. ¿Qué hemos hecho de ti?

Ortiz no tenía fuerzas para secarse las gruesas lágrimas que rodaban por sus mejillas. ¡Todo estaba concluído! ¡Jamás, jamás volverían a aspirar a nada! ¡Nunca más entrarían en el laboratorio! Su porvenir entero estaba muerto ya, como había muerto el hombre de las manos vendadas; como había muerto su creación abominable; como allí —criatura sublime, arcángel de genio, voluntad y belleza—, estaba muerto Donissoff.

NOTAS

En la compilación de los textos que integran esta primer serie de obras de Horacio Quiroga, hemos utilizado el *Proyecto para obras completas de Horacio Quiroga,* de Annie Boule-Christauflour, publicado en Bulletin Hispanique, Tome LXVII, Nos. 1-2, Janvier-Juin 1965, pp. 91-128 (Separata), hasta el presente la bibliografía más completa de lo escrito por Quiroga.

Consultamos además los trabajos: Emma Susana Speratti Piñero: *Hacia la cronología de Horacio Quiroga,* aparecido en la Nueva Revista de Filología Hispánica, Año IX, Nº 4, México D.F., El Colegio de México, octubre-diciembre 1955, pp. 367-382; Emir Rodríguez Monegal: *Horacio Quiroga en el Uruguay: una contribución bibliográfica,* Nueva Revista de Filología Hispánica, Año XI, Nos. 3-4, México D.F., El Colegio de México, julio-diciembre 1957, pp. 392-394; Walter Rela: *Horacio Quiroga. Guía bibliográfica,* Montevideo, Editorial Ulises, 1967, 138 pp.

Indicamos algunas rectificaciones de data en nota correspondiente. De igual modo quedan señalados los textos incluídos en la presente edición, que no mencionan ninguna de estas bibliografías.

NOVELAS CORTAS

Quiroga nunca recogió en libro sus novelas cortas, siendo muy dudable que pensara hacerlo. Cinco años después de su muerte los seis novelines fueron reunidos en dos volúmenes: *Cuentos* Tomo IX (El remate del Imperio Romano; Una cacería humana en Africa), 1942, 127 pp. y *Cuentos* Tomo X (El mono que asesinaba; El devorador de hombres; El hombre artificial; Las fieras cómplices), 1943, 207 pp., ambos editados por Claudio García & Cía., Montevideo, en cuyo texto muestran graves modificaciones y amputaciones, no atribuíbles al autor.

Nuestro criterio en este caso, así como para todos los textos de Quiroga que publicamos, ha sido el de reproducir la primer publicación, —que en la mayoría absoluta de los mismos es la única hecha en vida del autor—, haciendo sobre ella correcciones de acentos, de algunos

errores de puntuación y erratas evidentes, señalando en nota los problemas mayores de texto.

LAS FIERAS COMPLICES

Publicado como "Folletines de *Caras y Caretas*", Año XI, Nos. 514 a 518, Buenos Aires, 8 de agosto a 5 de setiembre de 1908, en cinco entregas, y con el seudónimo S. Fragoso Lima. A este seudónimo se refieren Delgado y Brignole en su libro *Vida y obra de Horacio Quiroga* (Montevideo, Claudio García, 1939, p. 350). Quiroga hace referencia a sus novelines en su correspondencia a José María Fernández Saldaña (16 de marzo de 1911; cfr. Prólogo de Noé Jitrik a esta edición) entre sus cartas éditas, y a Luis Pardo, entre las inéditas (s/f, Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional).

La división de la novela en partes no se corresponde con la separación de las entregas. Como las separaciones menores, se deben probablemente al mismo Quiroga.

P. 30

* El término no se halla en el original impreso.

P. 31

* La imagen de las uñas del tigre como "cinco puñales" fue empleada por Quiroga en otras oportunidades: "Para los niños" (ven Apéndice a *De la vida de nuestros animales*); "Caza del tigre" (de "El hombre frente a las fieras"); *El devorador de hombres* (Cfr. Nota a P. 17 en Tomo II, *Novelas cortas*).

P. 34

* Ñacaniná. Quiroga utiliza las leyendas tejidas en torno a esta víbora, sin cuestionar su verosimilitud. En "La ñacaniná" (18 de abril de 1925) alude sin embargo a estas "hazañas" como "repertorio fantástico" (vide *De la vida de nuestros animales*).

P. 44

* El orig. dice: "¿Qué suplicio reservaba Alves a sus dos víctimas para *llevar de tener* a peones acostumbrados a sus venganzas?". Sustituímos los términos en bastardilla por: "llegar a detener".

** En el orig.: "titubeación".

EL MONO QUE ASESINO

Publicado en *Caras y Caretas*, Año XII, Nos. 552 a 557, Buenos Aires, 1 de mayo a 5 de junio de 1909, en cinco entregas, con la anotación: "Novela original, por S. Fragoso Lima". En la recopilación de textos realizada en la edición de Claudio García, el título aparece modificado: *El mono que asesinaba*.

P. 63

* Se refiere a Alfred Edmund Brehm (1829-1884), naturalista alemán,

conocido especialmente por su obra *Das Tierleben (La vida de los animales)* que empezó a aparecer en 1864 con la colaboración de Ernst Taschenberg y Oskar Schmidt.

P. 75

* En esta novela Quiroga funde el mito de las trasmigraciones de Brahma (v. P. 89) con los "descubrimientos" de la parapsicología. En otros lugares de su obra Quiroga alude al mismo tema: la sensación del recuerdo remoto, que en definitiva se refiere a la repetición cíclica del tiempo, en "Los perseguidos" (1905): "Tenía la sensación vertiginosa de que antes, millones de años antes, yo había hecho ya eso: encontrar a Díaz Vélez en la calle, seguirlo, alcanzarlo", etc. Pero todavía, como un aspecto fundamental del relato, es posible encontrarlo en "Juan Darién" (La Nación, 25 de abril de 1920), en su libro *El desierto:* "Pero así como hay hombres que en estados especiales recuerdan cosas que les han pasado a sus abuelos, así era también posible que, bajo una sugestión hipnótica, Juan Darién recordara su vida de bestia salvaje'. También en una breve página, "La corrección" (vide Tomo III *De la vida de nuestros animales*), habla de "un recuerdo lejano e impersonal, como de horrores sufridos por otro durante miles de años, y que pasaron también hace siglos".

P. 90

* En el orig.: "va a encarnar ahora".

EL HOMBRE ARTIFICIAL

Se publicó en *Caras y Caretas*, Año XIII, Nos 588 a 593, Buenos Aires, 8 de enero a 12 de febrero de 1910 en seis entregas, y con el seudónimo S. Fragoso Lima.

P. 99

* Pëtr Alekseevich Kropotkin (1842-1921), geógrafo, teórico del anarquismo ruso.

P. 101

**Stefano* Marco Sivel. En p. 98 lo llama *Luigi* Marco Sivel.

P. 103

* No se halla el término en el original.

P. 106

* En el orig.: "Búfalo".

P. 122

* En el orig.: "Dejándolo".

7 Prólogo

23 Las fieras cómplices

59 El mono que asesinó

95 El hombre artificial

133 Notas

Este volumen de la Colección NARRADORES DE ARCA, se terminó de imprimir en forma cooperativa en los Talleres Gráficos de la COMUNIDAD DEL SUR, Canelones 1484, Montevideo, en el mes de noviembre de 1967. Comisión del Papel. Edición amparada en el artículo 79, ley 13.349.

OBRAS INEDITAS Y DESCONOCIDAS DE

Horacio Quiroga

1 NOVELAS CORTAS (1908-1910)
2 NOVELAS CORTAS (1911-1913)
3 DE LA VIDA DE NUESTROS ANIMALES
4 CUENTOS (1905-1910)

5 CUENTOS (1910-1935)
6 LA VIDA EN MISIONES
7 SOBRE LITERATURA
8 EPOCA MODERNISTA